

**DOSSIER ESPECIAL:
ULTRADERECHAS Y
NEOFASCISMOS**



- **CRISIS DE RÉGIMEN Y PROCESO CONSTITUYENTE**
- **TECNOCAPITALISMO Y NUEVO DESORDEN MUNDIAL**
- **PACTO MAFIOSO Y MODELO CORRUPTO**
- **CRIMINALIDAD Y NEOLIBERALISMO EN EL PERÚ**

NUESTRO SUR

Revista crítica de pensamiento y actualidad

Número 1 | Año 1 | Junio de 2025

Publicación independiente, colectiva y autogestionada

Consejo editorial:

Jorge Millones, Catherine Eyzaguirre, Álvaro Campana, Yuri Gómez, Guillermo Valdizán, Verónica Mendoza, Eduardo Cáceres.

Diseño visual, arte y herramientas:

Equipo gráfico Nuestro Sur revista.

La edición visual y composición de esta revista se realizaron con apoyo de herramientas digitales y plataformas de diseño asistido como Canva, y sistemas de generación visual por inteligencia artificial (como OpenAI DALL-E, Leonardo). Todas las decisiones creativas fueron curadas y supervisadas por el equipo humano editorial.

Ilustraciones y fotografías:

Obras originales, composiciones digitales y visuales generadas con IA adaptadas a la estética editorial. Las imágenes no pretenden suplantar el trabajo artístico humano sino ampliar recursos expresivos en una publicación experimental y crítica.

Contacto y colaboraciones:

✉ revistanuestrosur@nuestrosur.pe

🌐 <https://nuestrosur.pe/>

Las opiniones vertidas en los artículos publicados son de exclusiva responsabilidad de sus autores y autoras, y no comprometen necesariamente la línea editorial de Nuestro Sur. La revista promueve la libertad de pensamiento y expresión, y acoge colaboraciones que, desde una perspectiva crítica, contribuyan al debate democrático, plural y comprometido con la transformación social.

ÍNDICE

Nuestro Sur. Revista.
Año I – Número I / 2025

EDITORIAL

Esta democracia ya no es democraciap. 5

DOSSIER

La ofensiva reaccionaria: neofascismo y ultraderechas.....p.10

La ofensiva ultraderechista

(Conversación con **Ariel Goldstein**)p. 15

La batalla cultural: una trampa de la extrema derecha en América Latina

Yuri Gómez p. 24

La encrucijada alemana: ascenso de la AfD, irrupción de Die Linke
y crisis de la socialdemocracia

Manuel Benza, Daniela Zambrano, Armando Navarro, Edson

Ticona.....p. 38

Sobre el final como estrategia o sobre el fin de lo estratégico

Alberto Pachecop. 49

¿Neofascismo en Arequipa?

Patricia Salas, Fernando Pacheco, Diego Lazo..... p. 67

Apuntes sobre lo “terruco” y lo “caviar”

María Sosa..... p.77

El año del César: Trump y la internacional del odio

Carlos Reyna p. 93

Cine bajo amenaza: industrias culturales y ultraderecha en el Perú

Zoraida Rengifo p. 105

LA ESCENA MUNDIAL

Ucrania, ¿antesala de algo peor?

Editores p. 112

El nuevo desorden económico internacional

José De Echave p. 116

La inteligencia artificial como campo de batalla geopolítico

Jorge Millones p. 121

Ideología vs. algoritmo: impacto digital en la comunicación política

Ingrid Ramírez p. 130

Trump y las contradicciones de la democracia colonial

Tony Lucero p. 141

Guerra en medio oriente

Editores p. 158

NUESTRO PERÚ

La extorsión neoliberal: trabajo, criminalidad y la promesa rota del
“emprendedurismo”

Catherine Eyzaguirre p. 164

Crimen y mercado: neoliberalismo y criminalidad en el Perú

Pier Paolo Marzo p. 174

¿Asamblea Constituyente ciudadana o plurinacional?

Nicolás Lynch p. 190

Vargas Llosa: entre el pero y el sin embargo

Grace Gálvez p. 205

RESEÑAS Y RECOMENDACIONES p. 212

POESÍA

HALT!

Luis Rogelio Noguerras p. 227

Tres poemas para Ana

Antonieta Ocampo p. 228

ESTA DEMOCRACIA YA NO ES DEMOCRACIA

Más allá del pacto mafioso y usurpador que somete al Perú

“Nuestro Sur aparece en una hora crítica, no solo para el Perú sino para los pueblos de Nuestra América. Surge como gesto de afirmación, como respuesta a un tiempo marcado por el desencanto, la violencia estatal, la fragmentación política y la colonización cultural. Por tanto, no es una revista de observación distante. Es una herramienta política, una invitación a pensar desde el sur, desde sus pueblos, desde su historia largamente negada, aún sabiendo que cada norte tiene su sur y viceversa.

Vivimos bajo un régimen de excepción permanente, sostenido por la violencia estructural, la mentira mediática y el cinismo de una clase política que ha renunciado a toda forma de ética pública. Lo que desde Lima se presenta como continuidad institucional es, en verdad, la prolongación de un golpe encubierto, administrado por una coalición de poderes fácticos: los grupos empresariales, el Congreso más impopular de nuestra historia, los medios concentrados y los altos mandos de la represión. El Perú no vive una crisis; sobrevive en un estado de secuestro.

Las matanzas de Ayacucho, Juliaca, Andahuaylas, Cusco y Puno no fueron errores ni excesos. Fueron crímenes de Estado. Fueron actos deliberados de disciplinamiento del cuerpo popular. El mensaje fue claro: todo aquel que se levante contra este orden será declarado prescindible. Como para no olvidar que sí fuimos una colonia, el “enemigo” vuelve a tener rostro indígena, acento rural, origen plebeyo.

Y, sin embargo, es desde ese sur castigado desde donde emergen las preguntas fundamentales de nuestro tiempo: ¿quiénes somos como país?, ¿a quién sirve el Estado?, ¿qué significa, hoy, la palabra democracia?

En este primer número de Nuestro Sur, ofrecemos un dossier especial sobre el avance del neofascismo, no como fenómeno ajeno, europeo o pasado, sino como gramática política activa en nuestras realidades: en el lenguaje del orden, en el odio organizado desde las redes, en la misoginia, el racismo y la criminalización de la pobreza que se han vuelto discurso público. Examinamos su lógica comunicacional, sus efectos culturales, sus alianzas internacionales y su capacidad de mutar con el beneplácito de sectores que se dicen democráticos, pero actúan como cómplices.

Reflexionamos también sobre los límites históricos del neoliberalismo, un modelo que ha producido crecimiento sin redistribución, infraestructura sin ciudadanía, legalidad sin justicia. Mostramos cómo el actual régimen es expresión directa de la fusión entre corrupción estructural y modelo económico: no son desviaciones, son su normalidad. De allí que no baste con enmiendas menores ni con reformas de maquillaje. Lo que se impone es una refundación: un proceso constituyente popular y soberano que deje atrás la Constitución del 93 —escrita entre el chantaje, la represión y la traición— y abra paso a una democracia plurinacional, justa, redistributiva, verdaderamente representativa.



Dedicamos también secciones a la agenda ultraconservadora que busca reescribir la historia, capturar instituciones educativas y culturales, censurar memorias incómodas y retroceder décadas de conquistas sociales en derechos, género y memoria. Esa ofensiva no es improvisada: forma parte de una estrategia más amplia de restauración autoritaria, que recurre al miedo, al desprestigio y al uso violento del poder.

Nos detenemos, asimismo, en el rol de las tecnologías digitales en la reconfiguración de la subjetividad contemporánea: no como meros instrumentos, sino como dispositivos que transforman nuestras formas de vivir, vincularnos, pensar y luchar. Analizamos cómo las plataformas digitales han sido apropiadas por discursos autoritarios, pero también cómo pueden ser re-territorializadas por movimientos sociales y culturas populares. No hay neutralidad en los algoritmos.



En este primer número nos acompañan valientes productoras y productores de sentido: voces críticas que piensan y actúan desde los territorios, desde prácticas contraculturales y militancias diversas. Son referentes de luchas concretas que, con pensamiento situado, disputan el sentido común neoliberal y abren horizontes de transformación. Les estamos profundamente agradecidos por su apoyo y por compartir sus ideas y reflexiones con nosotros, tejiendo esta propuesta que ahora llega a nuestros lectores en diversos lugares.

La urgencia de estos tiempos nos impele a reflexionar sobre el fenómeno global de la radicalización de las derechas y las nuevas formas del fascismo, por ello, dedicamos un dossier especial al análisis de estos sucesos que vienen marcando nuestra época, en el mundo, en el continente y en el Perú en particular. Así mismo, planteamos una mirada crítica al nuevo orden geopolítico que viene acompañado de un pulseo en el que las nuevas tecnologías y la Inteligencia Artificial son claves. El nuevo protagonismo chino ad portas de liderar el nuevo orden geopolítico. Y es imposible no decir nada sobre el conflicto entre la OTAN y Rusia en suelo ucraniano, la intensificación del genocidio en Gaza por parte del Estado de Israel y la emergencia de nuevos liderazgos anticoloniales en África.

Se realiza también un acercamiento a la crisis de sistema que arrastra el Perú desde hace buen tiempo, de los límites del neoliberalismo y su complicidad con la corrupción y el crimen organizado, de la necesidad de construir colectivamente un proceso constituyente, un nuevo pacto social que le de viabilidad democrática a nuestro país.

Así mismo, avertimos y hacemos un repaso por la agenda de la oleada ultraconservadora que pretende copar todas las instituciones, reescribir la Historia y devolvernos a épocas premodernas. Al papel de la tecnología en las nuevas formas de la comunicación política y su impacto en la cultura. Y como la reflexión se hace desde diversos lenguajes, también el poético, incluimos una pequeña sección de poemas que atemperan acertadamente el panorama.

Y, porque la poesía también piensa, también lucha, también imagina, incluimos textos que exploran lo sensible y lo simbólico desde otra trinchera. No hay emancipación sin lenguaje. No hay transformación sin arte. La palabra poética, cuando se afina en el dolor colectivo y en la promesa de lo nuevo, no es adorno: es fuerza histórica.

Cerramos esta primera entrega con reseñas, recomendaciones, voces jóvenes y una invitación abierta: a pensar colectivamente, a escribir desde el territorio, a sostener con la palabra y el cuerpo este espacio común. Nuestro Sur no es una redacción centralizada ni un proyecto cerrado: es una convocatoria abierta a todas y todos los que no se resignan.

Agradecemos profundamente a quienes han confiado en esta primera edición con sus textos, su pensamiento, su tiempo y su esperanza. Sin esa entrega generosa, sin esa complicidad lúcida, este número no sería más que un deseo. Hoy es también un hecho.

Lo que está en juego no es solo el presente, sino el futuro mismo de nuestra sociedad. Disputamos incluso la posibilidad de pensar, de desarrollar el espíritu humano más allá de las jaulas digitales que fomentan odio y desinformación. El Perú está hoy en manos de bandas organizadas que han convertido el Estado en botín y la política en negocio. Esto ya no se discute: se sobrevive.

Sin embargo, afirmar la esperanza es una decisión personal y política. Ante este desafío ético, no basta con resistir. Hay que imaginar. Hay que decir. Hay que hacer. Y cuenta con este espacio para tal fin.





DOSSIER

LA OFENSIVA REACCIONARIA:

NEOFASCISMOS Y ULTRADERECHAS



DOSSIER

LA OFENSIVA REACCIONARIA: NEOFASCISMOS Y ULTRADERECHAS

El mundo atraviesa una ofensiva sistemática del capitalismo neoliberal que amenaza directamente los pilares más progresistas de la Modernidad. Este embate no sólo se manifiesta en lo económico, sino también en un preocupante resurgimiento de movimientos de ultraderecha y neofascistas que, lejos de ser residuos ideológicos del siglo XX, encarnan respuestas autoritarias y adaptadas a las nuevas condiciones del capital. Estos fenómenos buscan dismantelar conquistas históricas como los derechos humanos, la ciencia, la memoria histórica y la democracia misma, utilizando nuevas narrativas, herramientas digitales y estrategias de penetración social sofisticadas.

¿Neofascismo, Ultraderecha o un Fenómeno Nuevo?

Los estudios actuales oscilan entre dos conceptos para nombrar este fenómeno: neofascismo y ultraderecha. El primero, defendido por autores como Enzo Traverso, subraya las continuidades con el fascismo clásico: culto al líder, nacionalismo excluyente, y la normalización de la violencia política. No obstante, este término es cuestionado por quienes observan que estas nuevas derechas no buscan derrocar al capitalismo ni romper del todo con los marcos democráticos formales, aunque sí los vacían de contenido.



Por otro lado, el término ultraderecha, o incluso “extrema derecha 2.0” según Steven Forti, parece más adecuado para describir estos movimientos contemporáneos. En lugar de adoptar discursos abiertamente totalitarios, estas fuerzas combinan un neoliberalismo radical con autoritarismo moral, y utilizan los entornos digitales como herramientas de propaganda, viralización de odio, desinformación y teorías conspirativas. Su capacidad de mimetización es tal que muchas veces se presentan como defensoras de la “libertad de expresión” mientras atacan sistemáticamente a las minorías y los valores democráticos.

¿Un capitalismo autoritario o una ruptura?

Un ejemplo concreto que permite observar estas transformaciones es el caso del fujimorismo en Perú, estudiado y promovido por Nuestro Sur en el curso-taller “Tres fuentes, tres partes de las nuevas extremas derechas”, del Grupo NED. En los años 90, el fujimorismo se estructuraba como una derecha neoliberal clásica, autoritaria y tecnocrática. Sin embargo, en su forma actual, ha mutado hacia un híbrido ideológico que combina retórica religiosa, punitivismo estatal y un discurso de “eficiencia empresarial”, explotando el descontento popular y las crisis institucionales. Este fenómeno no es aislado: en varios países de América Latina, estas fuerzas articulan modelos similares donde el discurso antipolítico y proempresarial se impone sobre toda forma de organización colectiva o memoria crítica.

Fascismo cosplay: la banalización como arma política

Uno de los rasgos distintivos de las nuevas ultraderechas es su capacidad para enmascarar discursos extremos bajo formas aparentemente inofensivas o humorísticas, una táctica que el filósofo Luis Ignacio García ha llamado “fascismo cosplay”. Esta estrategia busca normalizar ideas racistas, sexistas o autoritarias disfrazándolas de memes, bromas o simples provocaciones. Así, se socavan los

consensos democráticos desde adentro, desplazando el debate público hacia un terreno emocional y polarizado donde la verdad se relativiza y el odio se viraliza.

El caso de Jair Bolsonaro en Brasil ilustra claramente esta técnica: su lenguaje coloquial, provocador y ofensivo logró conectar con grandes sectores de la población, convirtiendo su figura en un símbolo antiestablishment, mientras implementaba políticas regresivas, negacionistas y violentamente neoliberales.

¿Continuidad neoliberal o régimen posneoliberal?

El debate de fondo gira en torno a la naturaleza de este giro autoritario: ¿estamos ante una radicalización del neoliberalismo o ante un régimen posneoliberal? Algunos casos, como el de Rafael López Aliaga en Perú o Javier Milei en Argentina, muestran cómo el ultraliberalismo puede coexistir con discursos religiosos extremos, misoginia pública y represión estatal. En otros contextos, como Hungría bajo Orbán, el Estado se fortalece no como garante del mercado, sino como actor directo de la represión ideológica, judicial y mediática. Esta “weaponización” del Estado (uso del aparato público como arma) señala una mutación estratégica: el neoliberalismo ya no requiere disfrazarse de democracia liberal, sino que puede aliarse abiertamente con formas de gobierno autoritario.

Además, los enfoques comparativos del taller señalan que, mientras en América Latina predomina una ultraderecha empresarial y antipolítica, en Europa se impone un nacionalismo identitario y étnico. Esta diferencia exige un análisis interseccional: estos movimientos son reaccionarios en lo cultural, neoliberales en lo económico y autoritarios en lo político, pero su fuerza no proviene de la coherencia ideológica, sino de su capacidad para canalizar

malestares sociales hacia enemigos internos (migrantes, feministas, ambientalistas, pueblos originarios) y externos (ONGs, “globalismo”). El reto democrático: resistir sin caer en la trampa.

Frente a esta ofensiva, el desafío para las fuerzas progresistas y democráticas no se limita a desmontar los argumentos de estos grupos, sino que exige desarrollar respuestas profundas al malestar social. Como se remarcó en el taller, no basta con tildarlos de irracionales o delirantes: es necesario comprender su eficacia simbólica, su anclaje en crisis reales, y su capacidad de ofrecer relatos seductores en tiempos de desesperanza. Al mismo tiempo, se requiere construir una alternativa política que articule demandas populares sin sacrificar derechos ni principios democráticos.

La conclusión del dossier es clara: los nuevos movimientos reaccionarios no representan una simple desviación del orden neoliberal, sino su fase más agresiva, allí donde la política se reduce a espectáculo, la verdad a relato viral, y la democracia a un campo de batalla simbólico. Combatir esta realidad implica volver a politizar la esperanza, reconstruir los vínculos sociales y disputar los sentidos comunes que estas derechas han logrado capturar. Porque en juego no está sólo el futuro de la política, sino la supervivencia de la democracia misma.



LA OFENSIVA ULTRADERECHISTA

Conversación con Ariel Goldstein



LA OFENSIVA ULTRADERECHISTA **Conversación con Ariel Goldstein**

En tiempos de convulsión política global y crisis de representación, las derechas radicales han encontrado un terreno fértil para expandirse y reinventarse. Ariel Goldstein, politólogo argentino y autor de obras clave como *Bolsonaro: la democracia de Brasil en peligro*, *“Poder evangélico”* y *“La reconquista autoritaria”*, ha sido uno de los analistas más agudos en trazar las rutas contemporáneas de la ultraderecha. Su más reciente trabajo, *La cuarta ola*, configura una genealogía del postfascismo digital, donde convergen fundamentalismo de mercado, moralismo religioso y guerra cultural librada en plataformas digitales.

En sus investigaciones, Goldstein desentraña las alianzas transnacionales que han dado forma a una nueva internacional reaccionaria, con nodos en Vox, el trumpismo y Silicon Valley, así como su penetración estratégica en países como Perú, donde el ultraconservadurismo ha dejado de ser marginal para convertirse en fuerza hegemónica.

En esta entrevista exclusiva, Goldstein despliega con precisión crítica las coordenadas que explican el auge de liderazgos carismáticos como los de Trump, Bolsonaro y Milei, y los mecanismos simbólicos —resentimiento, victimización y la figura del outsider— que estos activan en el campo político. Además, analiza el rol central de los “microemprendedores políticos” y de las iglesias evangélicas como catalizadores del nuevo autoritarismo. Particularmente relevante es su mirada sobre el Perú, país en el que identifica una adhesión popular a discursos de extrema derecha articulados bajo formas de “rojipardismo” —una mezcla de retórica plebeya con autoritarismo reaccionario—, fenómeno que ejemplifica la complejidad de la batalla cultural en curso. Goldstein no se limita a la denuncia: también ofrece claves para una estrategia progresista capaz de disputar sentido común y reconstruir un horizonte democrático.

Nuestro Sur: En su obra *La cuarta ola*, usted traza una genealogía de las extremas derechas desde el fascismo clásico hasta el postfascismo digital. ¿Qué elementos permiten hablar hoy de una “nueva” ultraderecha, y en qué medida este fenómeno es una reinvención o una continuidad del autoritarismo tradicional latinoamericano?

Goldstein: En América Latina persisten lazos históricos entre las extremas derechas contemporáneas y los autoritarismos tradicionales, particularmente en torno a la colonialidad del poder: una matriz de dominación que naturaliza jerarquías raciales, sociales y culturales. Esta colonialidad se reactualiza hoy bajo nuevas formas, reforzando relaciones de dependencia geopolítica con Estados Unidos y, en especial, con el trumpismo, que se ha convertido en un nodo central de la internacional reaccionaria.

Sin embargo, el fenómeno actual también presenta rupturas significativas. A diferencia de los autoritarismos clásicos, la nueva ultraderecha despliega una ofensiva cultural intensa, librada en redes sociales y plataformas digitales, donde las "guerras culturales" ocupan un lugar central. La articulación transnacional de estos actores, en redes informales de influencia y propaganda, marca una diferencia importante respecto de los autoritarismos del siglo XX, más anclados en las instituciones estatales tradicionales.

Nuestro Sur: En sus obras destaca el papel de las redes sociales y la simbología digital como herramientas clave del ascenso ultraderechista. ¿Cómo evalúa el impacto de los llamados "microemprendedores políticos" en la configuración del discurso público y la fragmentación del sentido común democrático?

Goldstein: Estos microemprendedores políticos son centrales en el ecosistema extremista y operan incentivados por una combinación de motivos: ganancias económicas, oportunismo y afinidad ideológica.

Representan simbólicamente al líder y su cosmovisión, pero también amplifican su mensaje hacia audiencias más diversas. Además de difundir ideas extremistas, ejercen presión interna para profundizar la radicalización del movimiento, marcar agenda y ganar posiciones dentro del espacio de extrema derecha, como ha observado Stephanie Alenda en sus estudios recientes. Casos como Axel Kaiser o Agustín Laje ilustran este fenómeno, como analizo en La Cuarta Ola.

Nuestro Sur: Usted ha señalado el rol central del resentimiento en la construcción del liderazgo de figuras como Trump, Bolsonaro o Milei. ¿Qué papel cumple ese resentimiento social canalizado por el líder carismático en el debilitamiento de las democracias liberales?

Goldstein: El resentimiento social es un motor fundamental en la narrativa de los liderazgos de extrema derecha. Figuras como Trump, Bolsonaro o Milei han construido relatos personales que los presentan como “marginados” de las élites tradicionales, pese a pertenecer en mayor o menor medida a sectores privilegiados. Trump fue el “grasa” de la élite neoyorkina: un magnate inmobiliario sin prestigio cultural. Bolsonaro se sintió marginado por la elite académica y periodística brasileña, despreciado por medios como Folha de S. Paulo y las universidades públicas. Milei cultivó la imagen del “loco”, objeto de desprecio tanto en su familia como en los círculos de poder tradicional.

Esta narrativa del outsider canaliza resentimientos sociales más amplios: no sólo representa la frustración de los líderes, sino que conecta emocionalmente con sectores populares que se sienten ignorados, humillados o traicionados por las élites. En ese sentido, el resentimiento no es sólo un componente emocional; es un instrumento político que erosiona la legitimidad de los sistemas democráticos liberales, presenta a las instituciones como corruptas o decadentes, y habilita proyectos de restauración autoritaria. Como sostiene Cas Mudde, el trayecto de estos liderazgos va “de los márgenes al mainstream”, legitimando discursos que antes eran considerados inaceptables en la esfera pública.

Nuestro Sur: La articulación internacional de estas derechas radicales parece cada vez más sólida: Vox, el Partido Republicano, las iglesias evangélicas, Silicon Valley, incluso sectores del Kremlin. ¿Estamos ante un nuevo tipo de internacional reaccionaria? ¿Qué peligros implica para la soberanía de los países latinoamericanos?

Goldstein: Sí, estamos ante una nueva forma de internacional reaccionaria, una red transnacional de actores políticos, religiosos, mediáticos y empresariales que articula proyectos autoritarios a escala global. Este es uno de los rasgos más distintivos del actual ciclo de extremas derechas. A diferencia de los autoritarismos tradicionales, que eran más localistas, esta nueva derecha se piensa y se organiza globalmente.

Lo he constatado en entrevistas que realicé con dirigentes de Vox y firmantes de la Carta de Madrid en varios países de América Latina. El caso más emblemático es el de Perú, donde Vox ha instalado con fuerza su ideología hispanista y neocolonial, especialmente en las élites limeñas, marcadas por un imaginario de blanquitud y exclusión. Allí se celebró el Foro Madrid, financiado por el empresario Erasmo Wong, y se produjo algo inédito: la firma unánime de la Carta de Madrid por parte de todos los partidos de derecha del país, además del apoyo de importantes sectores empresariales.

Al establecer alianzas con sectores como el Partido Republicano en EE.UU., iglesias evangélicas transnacionales, plataformas digitales de Silicon Valley o sectores ligados al Kremlin, se crea un ecosistema de influencia que presiona sobre las agendas nacionales desde fuera. Así, los gobiernos progresistas quedan atrapados entre el poder económico transnacional y una oposición ideológica importada que debilita su legitimidad democrática.

Nuestro Sur: La reconquista autoritaria muestra cómo el neoliberalismo ha mutado, aliándose con el conservadurismo religioso. ¿Considera que esta alianza entre fundamentalismo de mercado y moralismo religioso es la fórmula más eficaz del nuevo autoritarismo global?

Goldstein: Sí, creo que esa alianza representa una fórmula especialmente eficaz del nuevo autoritarismo global. El fundamentalismo de mercado despolitiza las decisiones económicas bajo la fachada de la técnica, mientras que el conservadurismo religioso moviliza emocionalmente a las bases con una narrativa que sacraliza el orden, la familia y la autoridad.

En esa convergencia, el líder carismático aparece como ungido por una “misión divina”, exento de los controles propios de una democracia liberal. Esto debilita el principio de rendición de cuentas (accountability) y deslegitima cualquier oposición como enemiga de la “voluntad de Dios” o del “pueblo”.

Además, esa alianza ofrece un marco discursivo para la confrontación permanente: permite identificar enemigos internos y externos, construir un relato épico, y mantener a las bases en estado de guerra cultural constante.

Nuestro Sur: Ha subrayado que el progresismo muchas veces juega en la cancha de la derecha amplificando su discurso mediante la indignación. ¿Qué estrategias comunicacionales debería adoptar la izquierda para disputar el sentido común sin replicar los marcos discursivos del enemigo?

Goldstein: La izquierda debe dejar de jugar a la defensiva en los marcos discursivos que impone la derecha y construir una agenda propia que interpela a las mayorías desde sus experiencias concretas.

Eso implica salir de los nichos ilustrados y articular un relato político que conecte con las penurias cotidianas de la población: inseguridad, falta de empleo, servicios públicos deteriorados, acceso a la salud y la educación. No se trata de bajar la vara del pensamiento, sino de traducir los diagnósticos complejos en propuestas comprensibles y emocionalmente resonantes.

Pedro Castillo, en Perú, logró en parte esa conexión durante su campaña, al representar a sectores históricamente marginados. Pero su presidencia no alcanzó los objetivos prometidos y fue rápidamente desestabilizada por una alianza entre la derecha tradicional y la radical. Eso muestra que el problema no es solo de comunicación, sino también de poder.

Nuestro Sur: En nuestro curso Neoliberalismo y Extremas Derechas en la que usted participó, nos alertó sobre la consolidación de un frente ultraderechista que incluye a Renovación Popular, Fuerza Popular y empresarios evangélicos. ¿Cómo interpreta la adhesión de sectores populares y provincianos a estos discursos reaccionarios, incluso bajo el ropaje “rojipardo”?

Goldstein: La adhesión de sectores populares y provincianos a discursos reaccionarios, como los de Renovación Popular o Fuerza Popular en Perú, tiene que ver con una combinación de abandono estatal, crisis de representación y resignificación conservadora del malestar.



La narrativa de la “gente decente” frente a los “terroristas”, del orden frente al caos, o de la familia tradicional frente a una izquierda elitista y “caviar”, conecta emocionalmente con quienes se sienten amenazados, humillados o abandonados. Hay una apropiación desde la derecha de valores comunitarios, religiosos y nacionalistas que antes interpelaba la izquierda.

El fenómeno rojipardo (una convergencia entre autoritarismo social y discurso plebeyo) muestra cómo, en contextos de crisis, el resentimiento popular puede canalizarse hacia formas reaccionarias. No es que estos sectores no sufren, sino que su sufrimiento es reorganizado discursivamente por la extrema derecha, que ofrece una salida simbólica simple: identificar enemigos internos, exigir orden y castigar la diferencia

Nuestro Sur: Finalmente, ¿ve posibilidad de una resistencia democrática organizada en el Perú, capaz de articularse frente a esta ofensiva autoritaria, mediática y empresarial? ¿Qué ejemplos latinoamericanos podrían inspirar una alternativa real ante este escenario distópico?

Goldstein: El caso de Brasil ofrece ciertos aprendizajes. Lula logró articular un frente democrático amplio frente a la amenaza autoritaria de Bolsonaro, con apoyos que iban desde la izquierda hasta sectores del establishment. Ahora bien, Brasil no es Perú. La fragmentación del campo popular peruano, la debilidad de sus organizaciones sociales y sindicales, y la cohesión ideológica y económica de las derechas —tanto tradicionales como extremas— configuran un escenario más adverso.

Sin embargo, experiencias como la del propio Castillo —con todos sus límites— muestran que hay reservas democráticas y voluntad de cambio en los márgenes. En ese sentido, lo que ustedes están haciendo desde los espacios de formación crítica es parte de esa resistencia que, aunque dispersa, todavía respira.



CICLO HISTÓRICO-SOCIAL DEL SURGIMIENTO DEL FASCISMO

1. Expansión del liberalismo político y económico.

Se afirman los Estados-nación con representación parlamentaria, propiedad privada y libertad formal; predomina el libre mercado y la mínima intervención estatal.



2. Desigualdad estructural y exclusión social.

Concentración de riqueza y tierra; el crecimiento industrial beneficia a las élites mientras trabajadores, campesinos y minorías quedan marginados.



3. Crisis del modelo liberal.

Colapsos económicos del capitalismo generan desempleo y pobreza; el Estado liberal fracasa en dar respuestas, y las instituciones democráticas pierden legitimidad.



4. Emergencia de movimientos populares.

Movilización social por derechos laborales, reforma agraria y sufragio; temor de las élites ante posibles cambios estructurales.



5. Pánico de las élites.

Temor a la revolución impulsa a la burguesía a financiar fuerzas reaccionarias que prometen orden y anticomunismo.



6. Desde-democratización y crisis de la política parlamentaria.

Colapso institucional y rechazo a partidos tradicionales; auge del líder fuerte, nacionalismo extremo y construcción de enemigos internos y externos.



7. Ofensiva de ultraderechas y Surgimiento del fascismo.

La ultraderecha accede al poder con apoyo de élites; impone regímenes autoritarios basados en culto al líder, represión y corporativismo.



8. Consolidación del Estado fascista.

Se suprimen libertades, se persigue a disidentes y minorías; se exalta un nacionalismo étnico con propaganda y control simbólico de las masas.

LA “BATALLA CULTURAL”: UNA TRAMPA DE LA EXTREMA DERECHA EN AMÉRICA LATINA



(YURI GÓMEZ)

Desde hace algunos años, distintos sectores de la nueva derecha han recuperado —paradójicamente— el pensamiento de Antonio Gramsci, no para reivindicar su horizonte emancipador, sino para invertir su sentido estratégico. En esta relectura, la hegemonía cultural aparece como una herramienta para disputar el sentido común, abriendo un escenario de guerra cultural que coloca en el centro el papel, la necesidad, de figuras intelectuales portavoces de la sensibilidad reaccionaria. Su objetivo abandona la crítica al poder para canalizarse hacia la construcción de un nuevo consenso en la sociedad. América Latina no es la excepción a este suceso.

El siguiente texto explora una arista de esa intelectualidad, como parte del proceso de discusión al interior del grupo de lectura organizado por Nuestro Sur. Por tanto, las ideas aquí vertidas deben circunscribirse a ese contexto, desde su condición de provisional, ameritando un posterior estudio a profundidad. Quizá, la imagen de un artesano que, por primera vez, a tientas, fabrica una brújula ilustre eso que se trata de realizar y compartir en este texto.



I. Falsos profetas

Al adentrarnos en el claroscuro de la denominada batalla cultural, diversos autores (Saidel, 2024 o Saferstein, 2024) han señalado la emergencia de un nuevo intelectual de derecha, cuyo perfil oscila, más allá de la profesión, entre el influencer y el escritor. Sin embargo, ninguno deja claro a qué se refieren con “intelectual”. ¿Su novedad radica en su filiación política de derecha? ¿Las actividades mediáticas que realizan son el diferencial? ¿Publicar (en el sentido amplio de nuestro tiempo) es suficiente para su clasificación? Más allá de las variaciones conceptuales sobre el término, el quehacer de este grupo se asemeja más a la producción del negacionismo que a un trabajo intelectual propiamente dicho.

Para Di Cesare (2023), el negacionismo no designa un revisionismo histórico[1] basado en el rechazo de un hecho, sino, sobre todo, una acción política e ideológica

para rehabilitar aquello que entra en cuestionamiento. Además, ella sostiene que el negacionismo excede al caso particular de la Shoá, abarcando una pluralidad de tendencias entre las cuales se encuentra las ideas de la extrema derecha. En efecto, las nuevas formas de negacionismo comparten con la anterior su orientación a “desactivar el presente”, vaciando de sentido las experiencias que puedan movilizar dinámicas políticas.

El negacionismo colonial, por ejemplo, desconoce la violencia ejercida históricamente, con el objetivo de impedir movimientos de reparación y justicia. La insistencia de presentar al Perú como un virreinato ilustra la estrategia de “suavizar” la colonización, caracterizada por el despojo, la subordinación y el racismo. Lejos de ser una revisión crítica del pasado esta tesis sustituye una experiencia

violenta por la idea de una administración política pacífica. Lo más sorprendente, sin embargo, es su aceptación y apropiación por ciertas facciones de la izquierda —véase la columna de opinión de Milla Toro (2025)—, lo cual evidencia la capacidad de permear todas las posiciones en los debates contemporáneos.

No obstante, este tipo de intelectual de la nueva derecha muestran matices significativos. Si el negacionismo sobre la Shoá presenta un hecho como una estafa elaborada por un grupo minoritario, estos actores de la derecha se dedican a sembrar dudas con el fin de develar las supuestas falacias de un campo académico o teoría social con potencial de amenaza. El caso clásico rechaza una verdad “oficial” para invertir los roles entre víctimas y victimarios, empoderando a estos últimos.

En cambio, estos personajes rehúyen al debate orientado a la comprensión crítica de la realidad, y se concentran en la descalificación del oponente:

feministas, progresistas, científicos sociales o intelectuales de izquierda.

En ese sentido, la ideología de género representa una etiqueta simplificadora que deslegitima a los estudios de género como una conspiración global, al mismo tiempo que caricaturiza a sus voces, bloqueando cualquier diálogo racional.

Como señala Marañón (2020) al revisar *El libro negro de la nueva izquierda*, las citas son descontextualizadas de forma maliciosa. En otros casos, los influencers asociados a estas ideas recurren en sus videos a datos que suelen carecer de fuentes[I], tampoco faltan quienes hablan sobre publicaciones propias, pero inexistentes —que nunca figuran en bases de datos académicas—, o cuyos enlaces no te conducen a ningún sitio real.

Mientras que el negacionismo clásico discute cifras, datos o hechos para sembrar una duda que minimice o niegue acontecimientos históricos, esta “intelectualidad” recolecta citas en publicaciones científicas que instalan la duda como punto de partida para elucubrar una versión alternativa. Su trabajo intelectual, en el fondo, rehúsa rebatir o producir conocimiento. La pretensión que subyace es la distorsión, es decir la inversión del juicio crítico, para habilitar la construcción de otra forma de organización social (Di Cesare, 2023). En ese sentido, personajes como Agustín Laje, Axel Kaiser, o Nicolás Márquez actúan de manera performativa, desplegando un conjunto de técnicas de visibilidad y provocación que permite poner en circulación una acción política negacionista.

Así, la figura del intelectual negacionista de la extrema derecha se define menos por su capacidad de generar conocimiento que por su aptitud para desactivar las formas críticas del presente.

En lugar de argumentos, su tarea produce sospechas. Antes que debates, su interés es la promoción de descalificaciones. Su posicionamiento ambiguo, que combina la apariencia del saber con la lógica de la provocación, habilita nuevas formas de intervención política desde la distorsión.

2. El llamado a la tribu

Abrahamsen et al. (2020) identifican en el fenómeno de la nueva derecha una crítica dirigida hacia una élite liberal tecnócrata, a quienes califican de responsables del impulso del globalismo económico y cultural. Esta nueva clase, afirman, asume un rol directivo en la toma de decisiones dentro de las instituciones de la sociedad, promoviendo una agenda liberal que se percibe contraria al interés de la clase trabajadora.

Esta forma de trasladar la crítica al orden social hacia un enemigo común faculta la generación de discursos civilizatorios en torno a la apropiación y defensa de la diferencia. Los mismos autores sostienen que esta lógica de la enemistad actúa como un dispositivo adaptable, fácilmente reproducible en múltiples contextos bajo negociaciones específicas.

En Estados Unidos, la denuncia contra una nueva clase tecnócrata progresista que cultiva valores del liberalismo moderno dentro el Estado —a quienes Musk etiquetó recientemente como “la burocracia”— se imbrica con un discurso civilizacional apoyado en la fe religiosa, la nación y la raza blanca. En nuestro territorio, este discurso se traduce como la denuncia al “caviar” —un tecnócrata cuyo trabajo se percibe como contrario a la agenda neoliberal y diseminador de políticas de acciones afirmativas— enlazado con el discurso contra el marxismo cultural, donde el enfoque de género se vuelve uno de los principales blancos de ataque.

Hasta aquí, uno puede rastrear en estas expresiones una lectura instrumental de Gramsci desde los sectores posicionados más al extremo de la derecha, cuyo propósito es construir una hegemonía alternativa frente a las izquierdas y a una derecha liberal-progresista.

No obstante, el papel de este tipo de intelectuales negacionistas permanece flotando en el aire. Para Stanley (2018), la propaganda de la negación que caracteriza a estos personajes no solo genera confusión, sino que también vacía de contenido los valores democráticos abriendo un flanco de legitimación a políticas autoritarias.



En una línea más radical, Fassin (2023) sugiere que ese tipo de discurso ni siquiera busca un argumento consistente: detrás de sus palabras no hay ninguna ideología coherente, todo está vacío. El uso de hechos alternativos, datos no verificables o citas adrede descontextualizadas no representa una disputa por la verdad o por clarificar algo, sino un claro desinterés por comprender lo real. ¿Eso será suficiente? ¿Cómo se explica, entonces, el arraigo de la batalla cultural?

En el océano de figuras que pululan entre medios digitales e impresos, quizás lo más llamativo de algunos intelectuales negacionistas sean sus chispazos de sagacidad para proponer una estrategia política que pueda aglutinar a ciertas facciones de la derecha y del movimiento conservador.

Pero, en líneas generales, sus intervenciones transmiten más sobre la convicción que tienen en sus propios valores y percepciones del mundo que sobre su intención de persuadir a quien se encuentre fuera del círculo preestablecido de sus iguales.

Por tanto, su objetivo es conectar con una audiencia a la cual pertenecen, recurriendo a palabras, frases, jergas que incrementan la identificación grupal. Esta estrategia comunicativa se conoce como solidificación: una retórica de agitación para reforzar la cohesión interna y estrechar lazos con otros afines ante una amenaza externa que mine la configuración del grupo (Bowers et al., 1993).

FAKE



Si su trabajo intelectual apunta a congregar y construir una unidad antes de trazar una división entre uno y el adversario, quizás la preocupación por su popularidad deba atenderse desde la dirección opuesta: la trinchera del auditorio. Su público mayoritario no se compone por nuevos adherentes ganados en una disputa cultural sostenida con empeño y perseverancia, sino por personas que ya compartían esas ideas, pero se encontraban dispersos, a la espera de un llamado que ofrezca el sentimiento de pertenencia.

La otra parte del público, los conservadores de cuño, no necesitan de nuevas luminarias: ya cuenta con su propio repertorio presto a colaborar —como se aprecia, por ejemplo, durante el segundo mandato de Trump.

Esta operación discursiva instrumentaliza el concepto gramsciano de hegemonía para reforzar una identidad. La intelectualidad reaccionaria ha desplazado la lucha por el consenso hacia un llamado a una cruzada por la pertenencia.

En este escenario, su influencia no depende de la solidez de sus ideas, sino de su capacidad de aglutinar afectos y alimentar la cohesión de su tribu ante un mundo amenazante.

3. Manual Don Draper para la batalla cultural

¿Qué podríamos hacer? En una entrevista, Di Cesare sugiere que los especialistas no deberían de desgastarse respondiendo a este tipo de negacionismo por dos motivos (Schuste, 2023). Primero, quienes lo practican no buscan comprender ni resolver una duda, sino negar para intervenir políticamente. Segundo, cualquier intento de respuesta legítima da a entender que sus ideas son admisibles en el debate público. Para ella, la salida radica en articular voces diversas que visibilicen y cuestionen el carácter de la duda que siembran esos intelectuales.

Por su parte, Fassin (2023) apuesta por el intelectualismo político: una defensa activa del papel del conocimiento y de la tarea del intelectual. Pero, ¿Será eso suficiente cuando por debajo de sus palabras solo hay dudas y “bullshit”?

La popularidad de sus intelectuales, las victorias electorales, el grado de movilización social offline y online demuestran que la extrema derecha ha conseguido imponer su vocabulario y percepción de los problemas en el centro del debate público. La novedad del fenómeno quedó atrás.

Hoy, conceptos como “marxismo cultural” o “ideología de género” se repiten con impunidad en medios, redes sociales e instituciones, generando un clima discursivo hostil para las propuestas de izquierda. Sin pretensión de subestimar al adversario, quizás, resulte más eficaz embestir de manera oblicua que confrontar directamente.

Ahí, la publicidad puede brindar lecciones útiles — finalmente, si ellos revisan autores de la izquierda, por qué no mirar a gurús del capitalismo contemporáneo.

A pesar del contexto ficticio, la serie *Mad Men*[3] nos proporciona dos principios de la publicidad de suma utilidad para afrontar la desfavorable coyuntura. El primero es cortesía de Don Draper, el personaje principal, quien recomienda que: “cuando hablen mal de ti, cambia el tema de la conversación”.

Si el terreno es adverso, condicionado por los términos del oponente, entonces la alternativa pasa por mover la escena hacia otra dirección para recuperar el debate mismo. Eso no significa abandonar las luchas en curso ni desentenderse de temas cruciales como el género, la raza o el medio ambiente. El punto es claro: quien coloca el tema de conversación, impone los términos para una interpretación del mundo.

El objetivo es interrumpir el flujo cómodo de una narrativa que nos arrincona. Un cambio del eje de la conversación permite reorganizar el terreno emocional y mediático donde se juega la disputa ideológica.

La segunda lección de Draper remite al principio de diferenciación simbólica. Frente a un discurso de la nueva derecha que tiende a equiparar a la izquierda con fuerzas como el progresismo o la centro-derecha, el abanico de posibilidades discursivas es casi infinito. Si bien al interior del movimiento social se debate sobre la contradicción principal capaz de articular al conjunto de nuestras luchas, la izquierda puede apelar a un auditorio amplio mediante temas que aquellos consideren de relevancia, significativos, sin la obligatoriedad de haber zanjado el debate. La extrema derecha ha encasillado en ciertos temas a la izquierda, y la salida no radica en responder a oídos sordos, sino en encontrar un repertorio distinto de temas que generen interés en la población.

En la sociedad del consumo, decía Baudrillard (2025), las personas eligen en función del valor simbólico antes que según el valor práctico o real. Esa lógica también puede jugar a favor de la izquierda para reposicionarse en el ámbito público.

En lugar de centrarnos en debates estériles con una intelectualidad negacionista que rehúye al intercambio crítico y constructivo, el reto consiste en conectar con el público general, al mismo tiempo que desmarcamos a la izquierda de las etiquetas impuestas. Quizás la salida no pase por responder en su mismo lenguaje, sino por proponer otro mapa discursivo, sin que eso implique abandonar nuestra agenda.



La izquierda necesita reconfigurar el campo simbólico para disputar el sentido común desde coordenadas propias, sin quedar atrapada en una conversación ajena. Pero ello solo será posible a condición de que exista una estrategia política clara y sostenida en el tiempo. Ahí, las lecciones de Lenin, releídas a través de Bensaïd, resultan fundamentales.

4. Menos Gramsci, más Lenin (a lo Bensaïd)

Ampliar la perspectiva, antes que abandonar la potente obra de Gramsci, puede ser clave en tiempos convulsionados. Hijo político del '68, Bensaïd escribió parte de su obra inmerso en un momento crítico para el movimiento social (la desintegración de la Unión Soviética). De ahí que resulte interesante como él regresaba a nuestras herencias no para ejercicios revisionistas, sino para

discernir los rasgos del contexto emergente e iluminar rutas posibles en medio de la incertidumbre. Su propósito era la elaboración de principios orientadores que permitan explorar formas de acción política. En un paralelo entre nuestro contexto y el suyo, quizá, su recuperación de un Lenin de la política —sin perder el balance crítico— nos sirva de contrapunto para el enfrentamiento.

Bensaïd (2013) sostiene que Lenin concebía la política como una estrategia consciente y planificada, cuyo núcleo reside en la capacidad de identificar momentos propicios para actuar en consecuencia con una orientación revolucionaria. En este marco, la diferenciación simbólica de la izquierda no puede reducirse a una serie de tácticas fragmentadas con un mensaje que varía conforme a la coyuntura actuante. ¡No, ese camino solo genera desconfianza y confusión!

Por el contrario, se trata de partir con una mínima estrategia política sobre la coyuntura nacional —o, en palabras del propio Bensaïd (2007), de una estrategia restringida. Si bien Lenin rechazó una concepción de lo político como mera gestión de lo cotidiano, el militante francés advierte que tanto él como Gramsci encarnan dos dimensiones complementarias y acumulativas de una misma lucha: el arte de la ofensiva política y la construcción de la oportunidad.

Aquí surge otra discusión: ¿es suficiente el retorno de la agenda distributiva en la izquierda? Algunos argumentan que la nueva extrema derecha recurre a la “batalla cultural”, porque asume como ganada la “batalla económica”. La defensa del Estado de bienestar, el empleo o los ingresos, como lo intentó Bernie Sanders en Estados Unidos, puede parecer una vía prometedora a la luz de esa interpretación.

Otros consideran la posibilidad de actualizar el espíritu de la campaña del “New Times” (Hall, 1988), con el fin de reconciliar el mercado con una alternativa socialista, articulando la conciencia de clase con las nuevas expectativas y deseos de las personas. Ciertamente es que la izquierda ha perdido el ímpetu de hablar sobre la cuestión material, pero eso termina siendo insuficiente. Lenin fue enfático respecto a estas posturas: lo económico por sí solo no garantiza la confrontación de clases. La lucha política siempre va más allá de la económica, nos recuerda Bensaïd en el mismo texto.

De ahí que Lenin subrayara la importancia de la intervención política en momentos de crisis, los cuales nunca se deben reducir a un malestar generalizado. Por el contrario, la crisis revolucionaria expresa un momento de ruptura[4] caracterizado por la imposibilidad de la clase dominante de mantener su hegemonía, catalizando la desintegración de las estructuras existentes.

En el Perú, la desafección hacia la clase política, el descrédito del Congreso, la sensación de abandono frente a la delincuencia, el acumulado de protestas sociales... si la crisis no está ahí, ahora, ¿cuándo y dónde? Un escenario como el actual solo requiere de una intervención consciente y organizada bajo algo que Lenin tenía de sobra: vocación de poder, a lo cual se añadiría el ímpetu de construir otro tipo de poder.

Ante un escenario de crisis estructural, la reacción no puede limitarse al rechazo simbólico. El desafío no es solo discursivo, sino estratégico: sin abandonar la crítica ni el horizonte emancipador, se trata de pensar la política como intervención concreta en momentos decisivos. Modificar los términos del debate sin una estrategia nos lleva a ningún lugar. La brújula no basta; hace falta caminar con ella. ★

NOTAS:

[1] Di Cesare (2023) señala que el revisionismo plantea reinterpretaciones con base en nuevas fuentes (a veces legítimas), mientras el negacionismo destruye el juicio histórico y moral.

[2] Solo por nombrar un caso: OjoPúblico verificó como falsa la afirmación de que los Estados que aplican el enfoque de género ya no distinguen entre hombres y mujeres. https://ojo-publico.com/2819/version-agustin-laje-sobre-uso-del-enfoque-genero-es-falsa?utm_source=chatgpt.com

[3] Mad Men es una serie de televisión estadounidense que transcurre en una agencia de publicidad de Nueva York durante las décadas de 1960 y 1970. La serie examina el rol de la industria publicitaria en la configuración del deseo, la identidad y el poder simbólico en la sociedad de consumo. Su protagonista, Don Draper, representa una figura emblemática del capitalismo creativo, por su habilidad de reencuadrar significados para incidir en la percepción pública.

[4] Bensaïd (2024) sostiene en su tesis de maestría de 1968 que Lenin identifica tres condiciones para una crisis revolucionaria: cuando la clase dominante no puede mantenerse sin cambios significativos, cuando las clases oprimidas rechazan las condiciones anteriores, cuando incrementa la actividad de las masas.



Bibliografía

- Abrahamsen, R., Drolet, J.-F., Gheciu, A., Narita, K., Vucetic, S., & Williams, M. C. (2020). Confronting the international political sociology of the new right. *International Political Sociology*, 14(1), 94–107. <https://doi.org/10.1093/ips/olaa001>
- Baudrillard, J. (2025). *La sociedad del consumo. Sus mitos, sus estructuras*. Siglo XXI.
- Bensaïd, D. (2013). La política como estrategia. *Viento Sur*. (2007, 30 de enero). El retorno de la cuestión político-estratégica. *Viento Sur*. <https://vientosur.info/sobre-el-retorno-de-la-cuestion-politico-estrategica/>
- Bowers, J. W., Donovan, J. O., & Jarwais, J. J. (1993). *The rhetoric of agitation and control*. Waveland Press.
- Di Cesare, D. (2023). Si Auschwitz no es nada. *Contra el negacionismo*. Katz.
- Fassin, É. (2023, julio 23). La unidad del neofascismo es la unificación del resentimiento contra la igualdad. *Huellas del Sur*. <https://huelladelsur.ar/2023/07/23/eric-fassin-la-unidad-del-neofascismo-es-la-unificacion-del-resentimiento-contra-la-igualdad/>
- Hall, S. (1988). The Meaning of New Times. En *The Hard Road to Renewal: Thatcherism and the Crisis of the Left* (pp. 254–269). London: Verso
- Marañón, A. (2020, enero 29). Auge y caída del polémico libro de los argentinos Laje y Márquez en Perú. *La Mala Fe*. <https://lamalafe.lat/2020/01/29/auge-y-caida-del-polemico-libro-de-los-argentinos-laje-y-marquez-en-peru/>
- Milla Toro, R. (2025, febrero 13). España no tuvo colonias: una gran mentira de la leyenda negra. *Diario UNO*. <https://www.calameo.com/books/007463558d6544c17194b>
- Saidel, M. L. (2024). La batalla cultural contra la “ideología de género” en Sudamérica: Una aproximación desde Axel Kaiser y Agustín Laje. *Millcayac – Revista Digital de Ciencias Sociales*, 11(20). <https://revistas.uncu.edu.ar/ojs3/index.php/millca-digital/article/view/8103>
- Saferstein, E. (2024). De los márgenes al mainstream. Agustín Laje y la “batalla cultural” de las derechas radicalizadas. *Letras*, 95(141), 114–139.
- Schuster, M. (2023). ¿Qué es y cómo opera el negacionismo? Una entrevista a Donatella Di Cesare. *Nueva Sociedad*. <https://nuso.org/articulo/negacionismo-revisionismo-extrema-derecha-holocausto/>
- Stanley, J. (2018). *How fascism works: The politics of us and them*. Random House.

EL MARXISMO CULTURAL: UN MONIGOTE IDEOLÓGICO DE LA ULTRADERECHA

¿QUÉ ES EL MARXISMO CULTURAL?

ES UNA CARICATURA. UN "ENEMIGO" IDEOLÓGICO FABRICADO POR LA ULTRADERECHA PARA CULPAR A LAS IZQUIERDAS DE LA DECADENCIA CULTURAL DEL PROGRESISMO LIBERAL



USAN TODOS LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN PARA INSTALAR UNA AGENDA CONTRA EL COMUNISMO, EL FEMINISMO, LOS DERECHOS HUMANOS, LA MEMORIA HISTÓRICA Y LAS CIENCIAS.

¿CÓMO FUNCIONA?

DESINFORMACIÓN
ATAQUE A LA CIENCIA
TEORIAS CONSPIRATIVAS



ESTRATEGIA DE LA ULTRADERECHA

- ☒ DISTRAER DEL FRACASO NEOLIBERAL
- ☒ EVITAR LA AUTOCRÍTICA
- ☒ FABRICAR ENEMIGOS SIMBÓLICOS

¿QUÉ SE OCULTA REALMENTE?

"La decadencia del
liberalismo
progresista"



La guerra cognitiva manipula percepciones
y emociones para controlar mentes y
dominar narrativas.

LA ENCRUCIJADA ALEMANA

Ascenso de la AfD, irrupción de Die Linke y crisis de la socialdemocracia

Manuel Benza
Daniela Zambrano
Edson Ticona
Armando Navarro

(ALEMANIA)

1. El resultado de las elecciones federales y el nuevo escenario político alemán

Alemania, motor económico de Europa, atraviesa un escenario político intenso en el que se están librando batallas ideológicas y de los sentidos comunes en temas transversales a casi todos los ámbitos de la sociedad. Las elecciones federales recientes han revelado un escenario polarizado: el ascenso del partido de ultraderecha Alternativa para Alemania (AfD) (20,8 %), la irrupción de la izquierda representada por Die Linke (8,8 %), así como un debilitamiento del llamado centro político, representado por el Partido Socialdemócrata (SPD) (16,4 %) y los Verdes (11,6 %), en un contexto de estancamiento económico, guerra en Ucrania y descontento social. Este artículo analiza las raíces de esta coyuntura, explorando las contradicciones del capitalismo tardío y las luchas por la hegemonía en una Europa que está buscando encontrar su rol en el nuevo tablero geopolítico mundial.

En este escenario, los ganadores de las últimas elecciones federales, la Unión Demócrata Cristiana (CDU) (28,6 %), bajo el liderazgo del conservador Friedrich Merz, se repositionan como supuesta “alternativa de orden”. Merz, antiguo directivo de BlackRock y símbolo de la élite financiera alemana, encarna la hipocresía de una derecha que clama contra el “caos” progresista mientras profundiza las políticas que generaron la crisis. La CDU ya no es el partido del “milagro económico” de posguerra, sino el brazo político de una élite que, ante el colapso del consenso neoliberal, oscila entre un mayor autoritarismo del discurso público y la ortodoxia tecnocrática, y ya ha mostrado signos de no respetar el llamado Brandmauer (muro cortafuegos o cordón sanitario) contra la extrema derecha representada por la AfD, como lo hizo pocas semanas antes de las elecciones al votar una moción sobre políticas de asilo más estrictas.

En este contexto, la Unión Demócrata Cristiana impulsará una coalición con el Partido Socialdemócrata, con un discurso de orden más conservador, pero cuya agenda se basará en el aumento de la deuda, del gasto militar, la reducción del Estado social y el endurecimiento de las políticas migratorias. Esta coalición se ha formado como una muestra de gobernabilidad de los partidos tradicionalmente más poderosos en Alemania, ante el aumento del apoyo a la AfD y Die Linke, así como la caída en el apoyo a quienes gobernaron conjuntamente con el SPD, tanto los Verdes como los Liberales (FDP) (4,3 %), siendo ahora el FDP un partido sin bancada en el Parlamento y que podría haber sido el aliado más cómodo para la CDU.

Sin embargo, el nuevo escenario al que se enfrenta Alemania es complejo y hay una demanda interna y externa de un cambio de rumbo que impulse al resto de Europa a posicionarse en el nuevo tablero de disputa geopolítico. En ese sentido, se abre un frente de disputa económico con respecto al relacionamiento de la República Federal con otras potencias como Estados Unidos y China, así como un frente armamentístico ante las promesas de Trump de reducir el gasto de Estados Unidos en la OTAN, en un contexto de tensión con Rusia.

2. Alemania ante el nuevo tablero geopolítico

El proteccionismo económico de Donald Trump, disfrazado de “América primero”, le plantea nuevos desafíos a la economía alemana. Este proteccionismo, lejos de “devolver empleos a EE. UU.”, puede terminar fortaleciendo las cadenas de suministro asiáticas con el resto del mundo

y generar medidas proteccionistas de otros bloques económicos.

La paradoja es amarga: el mismo Trump que critica a la UE y a la OTAN por aprovecharse de los Estados Unidos podría inspirar un giro neoproteccionista europeo.

La retórica incendiaria trumpista, en particular su posicionamiento respecto a la guerra entre Rusia y Ucrania, sumado a los aranceles impuestos unilateralmente por EE. UU., ha levantado las alarmas en la Unión Europea. Los representantes de las posiciones más duras han logrado posicionar sus argumentos a favor del rearme para crear el consenso belicista que vive hoy entre las élites del continente. Los partidos socialdemócratas de la vieja Europa, totalmente carentes de un norte, han hecho suyos esos argumentos y defienden firmemente el rearme incluso en detrimento del Estado de bienestar construido durante décadas y que se ha venido desmantelando poco a poco con los años.

En este escenario, la socialdemocracia europea, otrora faro de los derechos laborales y del Estado de bienestar, ha sucumbido a su propia metamorfosis neoliberal. El Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD), líder de la coalición del semáforo o Die Ampel en alemán (SPD, Verdes y Liberales), encarna esta crisis. Su apuesta por políticas de austeridad, su alineamiento con la OTAN en la guerra entre Rusia y Ucrania y su gestión paupérrima ante la crisis energética han alienado a su base tradicional: la clase trabajadora.

El “centrismo”, disfrazado de pragmatismo, no es más que la capitulación de la política ante los intereses del gran capital y las élites corporativas. Los Verdes, socios clave en el gobierno, impulsaron una transición ecológica mercantilizada, subordinada a los mercados energéticos y ajena a las necesidades de la clase trabajadora.

Su obsesión por los mecanismos de mercado para “descarbonizar” la economía chocó con una realidad brutal: los hogares alemanes sufrieron para solventar sus costos de energía tras el corte del gas ruso, destinando cada vez más porcentaje de sus ingresos a costos de energía, mientras las utilities (empresas energéticas) registran beneficios récord.

Por su parte, el FDP (Liberales), fieles defensores del neoliberalismo, bloquearon las políticas redistributivas, desde subidas salariales hasta controles de alquiler, defendiendo con dogmatismo los “equilibrios presupuestarios” incluso en medio de la recesión. Este cóctel de eco-capitalismo verde y austeridad liberal no solo ahonda la crisis social: alimenta el resentimiento que la ultraderecha explota, mientras obliga a la izquierda a radicalizar su discurso.



3. El fracaso del centrismo y el avance de la AfD

En las elecciones de 2021, la coalición del semáforo (die Ampel) llegó al poder con una agenda de estabilidad y democracia progresista, pero su mandato ha sido sinónimo de inflación récord (8,7% en 2023), recesión técnica y desindustrialización. En las urnas regionales de 2023-2024, la AfD alcanzó hasta el 22% en Sajonia y Turingia, consolidándose como segunda fuerza en el este. Die Linke, aunque perdió terreno en el oeste, recuperó apoyo en Berlín y Sajonia-Anhalt al radicalizar su discurso contra la guerra y resaltar puntos clave sobre el bolsillo de la clase trabajadora alemana.

Sin embargo, la clave del avance de la AfD radica en su capacidad de capitalizar el malestar en regiones postindustriales, donde el cierre de fábricas y la migración interna han creado un vacío identitario. Su éxito no es solo económico: manipula el miedo a la “islamización”, demoniza a los refugiados y promete un nacionalismo excluyente de los migrantes “mal integrados”.

La AfD se presenta como “alternativa” al establishment, pero su programa es un cóctel reaccionario. Su discurso antin migración propone deportaciones masivas y cierre de fronteras, culpando a los migrantes de las diferentes carencias y deficiencias con las que el sistema alemán no ha sabido lidiar: crisis de vivienda, falta de personal médico, escasez de maestros de escuela, etc. Asimismo, abogan por abandonar el euro y recuperar la “soberanía nacional” desde una perspectiva antieuropeísta. Además, rechazan las energías renovables y defienden el carbón, apelando a trabajadores de sectores extractivos. Otro aspecto delicado es su espíritu revisionista de la historia alemana, que ataca la “cultura de la culpa”.



En resumen, la AfD es un instrumento del capital para dividir a la clase trabajadora. Sus planteamientos económicos implican un recorte del Estado social, a partir de reducir drásticamente los impuestos a los más ricos. Su retórica antiélite es fraudulenta: en el Parlamento Europeo, también vota a favor de recortes sociales y privatizaciones.

Sin embargo, la Oficina Federal de Protección de la Constitución (BfV) confirmó a principios de mayo de 2025 lo que la izquierda denunciaba desde 2017: la AfD es un partido extremista que viola el artículo 1 de la Ley Fundamental, al promover teorías raciales de reemplazo y mantener vínculos orgánicos con grupos neonazis.

4. Irrupción de Die Linke en la escena política alemana

Die Linke, heredera del Partido del Socialismo Democrático (PDS) de la RDA, enfrenta una paradoja: mientras pierde apoyo en el oeste urbano (donde los Verdes capturan el voto progresista), gana en el este postcomunista. Su irrupción reciente en el escenario político alemán se debe a la oposición a la guerra en Ucrania, desde un punto de vista antibelicista que rechaza el envío de armas y exige negociaciones, en contraste con el belicismo de la coalición del semáforo. Pero, sobre todo, se debe al programa anticrisis, que propone poner límites a los alquileres, una política energética que favorezca a la clase trabajadora e impuestos a las fortunas más grandes. Esto ha traído consigo un repunte que prácticamente ha doblado los resultados de las elecciones de hace cuatro años.



No obstante, recibieron muchas críticas por su posicionamiento con respecto al genocidio en Gaza, ya que para algunos sectores de la izquierda no es suficiente con que solo hayan pedido un alto al fuego y que se reconozcan ambos Estados con los límites de 1967. Aunque para la realidad de la discusión pública, tanto a nivel jurídico como político, sobre lo que es considerado un genocidio en Alemania, así como la existencia del Estado de Israel como razón de Estado para la República Federal, la posición de Die Linke se presenta como un espacio institucional viable, desde donde se puede disputar el discurso público e impedir el silenciamiento de las voces que representan al pueblo palestino.

Así, tras los buenos resultados de las elecciones, la posición de Die Linke se enfrenta a dos posibilidades: tratar de tender puentes con el SPD para frenar a la AfD o mantenerse en la oposición más radical. Esto implicará un duro debate interno que esperemos fortalezca al partido y las izquierdas y no las debilite.

Por otro lado, es importante mencionar que la salida de Sahra Wagenknecht (figura carismática) para fundar Bündnis Sahra Wagenknecht (BSW) en 2024 marca un punto de inflexión. Wagenknecht acusa a Die Linke de ser “dogmática” en temas migratorios y de priorizar la identidad sobre la clase. El BSW combina un programa de proteccionismo económico a base de aranceles a las importaciones y subsidios a industrias nacionales, limitar la inmigración para proteger el Estado social y con un escepticismo hacia la OTAN con un tono más nacionalista que Die Linke.

Esta escisión refleja tensiones históricas en la izquierda: ¿cómo articular luchas anticapitalistas sin caer en retóricas identitarias? Para los socialistas, el BSW es un callejón sin salida: su mezcla de proteccionismo y el mismo conservadurismo que ellos dicen representar parece haber terminado jugándoles en contra.

En todo caso, la campaña de BSW no pudo sobrepasar el 5% para acceder a una fracción en el parlamento. Lo cual terminó siendo un voto de izquierda perdido. La pregunta es si el electorado castigó el giro conservador de un sector de la izquierda, en este caso al BSW, y premió la consecuencia y el giro táctico de Die Linke en estas elecciones. Es el caso de los nuevos votantes de Die Linke en Berlín, por ejemplo, donde se convirtió en el partido más votado, con muchos votos de jóvenes que votaron por primera o segunda vez.

En ese sentido, el 8,8% que obtuvo Die Linke en un contexto en el que hay un fortalecimiento de la extrema derecha se explica sobre todo por no ceder ante la ola conservadora en la agenda de derechos, pero centrando su campaña en la justicia social con énfasis en mayores derechos laborales, como el aumento del salario mínimo o la reducción de la jornada laboral, así como poner límites a los alquileres en las ciudades y atender el problema de la vivienda social, proponer menores precios energéticos, etc.

Además, con una campaña que buscó el cara a cara y un permanente diálogo entre los representantes más visibles del partido y la ciudadanía. Sin duda, lecciones para recoger y que pueden servir como ejemplo para las izquierdas de otras latitudes. Ceder ante la ola conservadora y fascista en algunos temas no debería ser una opción. Queda para la reflexión si Die Linke y BSW hubieran podido obtener una mayor o menor votación si competían juntos y uniendo fuerzas desde el principio. Eso seguro será o ha sido parte de su evaluación.

5. Reflexiones finales:

Ante el ascenso de la ultraderecha en el mundo, la izquierda es el camino para presentar batalla.

Es importante mencionar aquí que la reunificación alemana nunca fue completa. El este (ex RDA) sufre desempleo crónico (7.2% vs. 4.8% en el oeste), fuga de jóvenes y resentimiento hacia una élite percibida como “occidental”.

La AfD explota este malestar con un relato victimista, en el cual no solo la industria de la RDA fue robada por el oeste, sino también su identidad. Die Linke, aunque fuerte en el este, lucha por desvincularse del estigma de la Stasi y ofrecer un socialismo renovado. La integración sigue siendo una quimera: el muro económico persiste.

Además, Alemania es campo de batalla de las grandes tensiones globales entre las potencias del mundo, en las que la Unión Europea, subordinada a la OTAN, impulsa sanciones contra China y militariza su economía. Die Linke denuncia esta escalada, abogando por un bloque neutral y cooperación con el Sur Global.

La AfD, en cambio, oscila entre un aislacionismo antiamericano y un nacionalismo económico que rechaza tanto a China como a EE. UU. Para la nueva coalición de Gobierno, el rearme es la nueva estrategia y cada vez más se puede ver por las calles de las ciudades alemanas propaganda para reclutar jóvenes al ejército alemán. La gran pregunta es si, en esta carrera, van a terminar aceptando cada vez más migrantes dentro del ejército.

Algo paradójico ante la arremetida racista y antiinmigración, porque si falta mano de obra joven en las fábricas y hangares alemanes, es muy probable que ocurra lo mismo en los cuarteles. Para la izquierda, la salida es clara: ruptura con la OTAN, alianzas Sur-Sur y un nuevo internacionalismo de los trabajadores.

En ese sentido, la encrucijada alemana refleja la crisis global del nuevo capitalismo tardío digital: estancamiento económico, debilitamiento del tejido social, polarización y auge del fascismo. La AfD no es un monstruo inexplicable, sino el fruto podrido de décadas de neoliberalismo y abandono de la clase trabajadora.

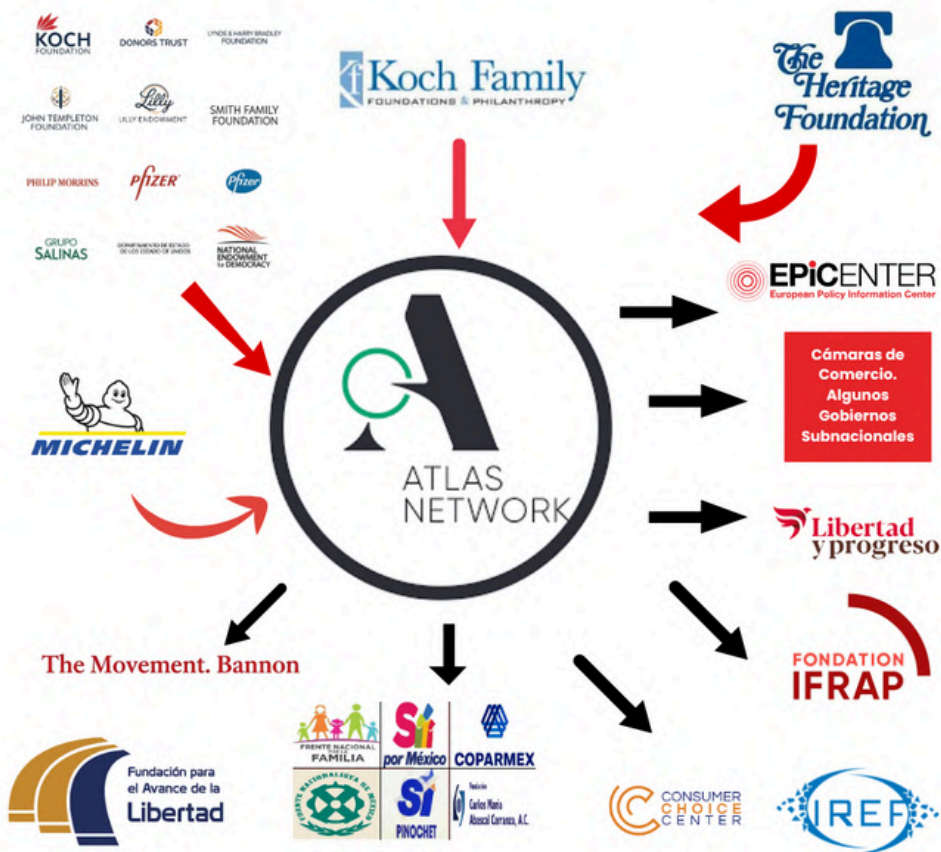


Frente a esto, Die Linke representa una esperanza frágil pero necesaria, siempre que evite los cantos de sirena del reformismo, recupere la radicalidad de sus bases y se siga centrando en sus más entusiastas votantes y nuevos militantes: los y las jóvenes.

El camino es estrecho: reconstruir un movimiento de la clase trabajadora que sea internacionalista, antirracista y feminista, capaz de ofrecer una alternativa real al miedo y la división. Como dijo Rosa Luxemburgo, debemos seguir luchando por un mundo donde seamos socialmente iguales, humanamente diferentes y totalmente libres. En tiempos de giro conservador y de normalización del fascismo, su legado es más necesario que nunca. ★



FINANCIAMIENTO DE LA ULTRADERECHA



El financiamiento de la ultraderecha mundial opera como una sofisticada arquitectura transnacional de poder, donde confluyen fundaciones filantrópicas de fachada, conglomerados empresariales, grupos religiosos conservadores y plataformas políticas ultra ideologizadas. Como revela el esquema adjunto, gigantes como Koch Foundation, Heritage Foundation, Pfizer, Philip Morris, Grupo Salinas y otras corporaciones financian al Atlas Network, un think tank global que articula discursos, recursos y operadores políticos bajo la bandera del "libre mercado" y el conservadurismo cultural. Desde allí, el dinero fluye hacia nodos regionales como Libertad y Progreso, IFRAP, The Movement de Steve Bannon y centros como Epicenter, que a su vez infiltran estructuras locales: desde COPARMEX en México hasta fundaciones "libertarias" en Perú como la Fundación para el Progreso o redes como Contribuyentes por Respeto. En el Perú, esta red se traduce en presión mediática, captura de universidades, think tanks como el Instituto de Libre Empresa, y vínculos con gremios empresariales como la CONFIEP. Además de las corporaciones transnacionales, sectores del agroexportador, minería, clínicas privadas y fondos de inversión son aliados estratégicos y beneficiarios directos de este engranaje, que se moviliza para bloquear impuestos progresivos, desmontar regulaciones ambientales y frenar avances en derechos humanos. En nombre de la "libertad", se teje una cruzada contra el feminismo, los sindicatos, los pueblos originarios y toda política redistributiva, articulando intereses económicos con una guerra cultural cuidadosamente financiada y exportada.

SOBRE EL FINAL COMO ESTRATEGIA (O CONTRA EL FIN DE LO ESTRATÉGICO)

(Alberto Pacheco Benites)

El fascismo (...) parece provenir del exterior, pero encuentra su combustible en el interior de nuestros corazones, en nuestro deseo.

FÉLIX GUATTARI – Micropolítica del Fascismo

El neoliberalismo se instaló con sangre y fusil. Fue parido por la vía de la dictadura militar, en Chile (con Pinochet en 1973) y luego en Argentina (con Videla, en 1976). Conocemos bien la historia y en América Latina no hemos olvidado ni al Cóndor ni a sus Chicago Boys. El acta/acto de nacimiento del neoliberalismo está inscrito en esa violencia descarnada y asesina.

Pero ahora estamos ante «el asalto» de una nueva aceleración neorreaccionaria del Capitalismo. Un momento que es reconocible y que comparte rasgos similares en distintas latitudes, ya sea que quieran llamarlo llamarlo «post-fascista», «neofascista», «extrema derecha» (1 ó 2.º), «democracia iliberal» o «fascismo democrático», entre tantos otros términos que se agregan a una taxonomía que no deja de aumentar. En todo caso, parece ya claro que nos encontramos en el momento de una nueva versión de autoritarismo fascistoide en ciernes (al margen de las particularidades de cada contexto) [1].

Sin embargo, para instalarse a nivel institucional, este momento no ha requerido de apoyarse sobre una gran pila de cadáveres de desaparecidos, ni sobre tanques, ni sobre golpes de Estado «old school». Esta nueva oleada se ha instalado con pantallas de celular y con votos, por vía democrática y –tristemente– legítima. Y, ante ello, pareciera que muchos de quienes pretenden plantarle cara a tal oleada estuvieran enfrentados a un impasse o a cierta parálisis[2].

En todo caso, lo que se busca subrayar aquí es que hay una continuidad entre ambos procesos (el paso que va del fusil y la bota hacia la pantalla y el voto no es una ruptura). Uno es la prolongación del otro. Y es que durante el más de medio siglo que nos separa del golpe pinochetista, tanto las dinámicas como las racionalidades neoliberales –aunados a los últimos treinta años de aceleración informacional digital y sus propias lógicas– han producido una subjetividad que es, por llamarla de algún modo, «proto-fascista».

Se trata de un campo de batalla para el que muchos sectores (y no sólo los «de izquierda», aunque principalmente) parecieran no estar preparados.

Lo ilustra bien el hecho de que, en el paisaje mediático de diversos idiomas y latitudes, muchos especialistas, expertos y comentaristas sigan expresando su sorpresa respecto al hecho de que Trump haya llegado nuevamente al poder en Estados Unidos o respecto a que, en Argentina, después de un año y medio de motosierra, el movimiento de Milei se haya hecho con el gobierno de Buenos Aires a mediados de mayo de 2025, desplazando así a la derecha tecnocrática neoliberal típica, de Macri.

Pareciera una suerte de déjà-vu de la misma sorpresa que se manifestó cuando Milei fue elegido Presidente, como si no se pudiera comprender (o aceptar) que se trata de síntomas de una batalla que ya hemos perdido. En general, estos sectores todavía parecen expresar zozobra con cada nuevo protagonismo electoral e institucional que adquieren los espectros de las derechas más duras en diversos países europeos. Como si esta deriva de los votantes fuera algo insospechado o como si se tratase sólo de una «crisis general del sistema» o una suerte de «pérdida de fe» en la democracia. Pero no. Se trata de algo diferente y a partir de lo cual lamentablemente— desde las orillas del neofascismo y de los afanes neorreaccionarios sí parecen haber desarrollado un pensamiento estratégico.

¿QUÉ CARACTERIZA A ESTA SUBJETIVIDAD NEOLIBERAL-DIGITAL?

Durante las últimas décadas, el orden neoliberal no sólo se consolidó mediante transformaciones

macroeconómicas, sino también (y de forma más relevante) mediante su gubernamentalidad y sobre todo mediante la producción de subjetividades, algo que fue posible gracias a tales transformaciones. De allí que las «masas electorales» de hoy estén mayoritariamente signadas por la subjetividad neoliberal-digital (o al menos así lo indican —cada vez con más frecuencia— la mayoría de los resultados electorales alrededor del globo después de lo que fue aquella tríada Brexit-Trump-Bolsonaro, en los años previos a la Pandemia)[3]. De allí que haya poco de sorpresa en el actual avance de las diversas fuerzas neorreaccionarias por la vía «democrática»; en buena cuenta, tal escalada tiene en dicha producción de subjetividad a uno de sus principales desencadenadores. Allí es donde lo neorreaccionario cosecha sus votos.

Ahora bien, para delinear de mejor manera los rasgos fundamentales de la subjetividad neoliberal-digital (a la que aquí se ha tildado de «proto-fascista», por usar un término), éstos podrían ser sintetizados de forma esquemática en tres dimensiones interrelacionadas[4].

En primer lugar, una dimensión contra-empática, que tiene como base a la competencia como forma de vida y el consecuente «darwinismo económico» que resuena muy bien con la meritocracia que tanto vociferan desde fueros ultra-liberales. El correlato de ello es el fomento del egoísmo individualista como el de la supervivencia personal que se vuelve preponderante, erosionando así la potencia política de la empatía y las posibilidades de lo común. Esta lógica meritocrática ha supuesto uno de los campos más fértiles para los discursos neorreaccionarios, que apelan precisamente al individualismo como valor positivo y a ese darwinismo social, ilustrado tan bien con esa idea de que «el pobre es pobre porque quiere».

En segundo lugar, está una dimensión extasiada, en razón de la desconexión-por-hiperconexión que supone lo digital. Y es que, en nuestro régimen informacional, la saturación informativa y la velocidad convergen como dinámicas para mutar la relación que establecemos con la información, privilegiando esa suerte de inoperancia y de fascinación por el frenesí de la circulación desenfrenada. Es decir, ese flujo acelerado, ese «éxtasis del flujo»[5]. Y esto resuena en las lógicas del afecto/efecto de la anti-política de lo reaccionario y de sus mensajes y estrategias comunicacionales. En tal contexto, pues, predomina el efecto viral de movilizar afectos (miedo, resentimiento, odio y un largo etcétera). Ese frenetismo informacional de la velocidad desatada por los medios digitales hace cortejo a todo aquello a lo que apelan las derivas neorreaccionarias.

La viralidad informacional con el que han prosperado las fake news como estrategia en el centro de lo (anti)político lo ilustra muy bien.[6] Y esto no es –como aún es pensado desde muchas tribunas de las Ciencias Sociales– sólo un asunto de «contenidos» o de «discurso mediático». Se trata más bien de una verdadera mutación antropológica que supone un giro en las propias lógicas, racionalidades y formas de entender qué es lo social y lo político.

La tercera dimensión consiste en la neutralización constante de cualquier potencia hacia la resistencia política mediante la mercantilización del bienestar y la felicidad (esto en cuanto al nivel del sujeto, porque a nivel institucional está claro que dicha neutralización emplea franca violencia frontal). Se trata de una dimensión *falsamente feliz* de la subjetividad. Con ello se refiere aquí más bien a cuestiones como la industria del bienestar, productos como el coaching, la autoayuda, los discursos de éxito personal y las neo religiosidades laicas individualistas que proliferan

(desde el yoga «para la empresa» hasta todas las versiones de mindfulness y de superación personal en tono productivista). Estos discursos y prácticas transforman los problemas estructurales en conflictos individuales y domesticar cualquier tensión social mediante una reorientación positiva y soft del individualismo egoísta ya mencionado, funcionando casi como su revés o contracara.

De modo que estamos ante una subjetividad contra-empática, extasiada, adormecida y despolitizada en términos generales, que ha sido producida a lo largo de más de medio siglo. Tal escenario quizá ayude a explicar por qué no debería resultarnos sorprendente el avance electoral de la extrema derecha en distintas regiones del mundo, cuando ésta sabe interpelar y puede movilizar a aquello que implican tales rasgos.



¿CÓMO EL NEOFASCISMO HA INTERPELADO A ESTA SUBJETIVIDAD?

Hay una «internacional neorreaccionaria». Entre sus figuras más reconocibles están precisamente aquellos que se dan cita en aquelarres como los de Viva 24 (que VOX organizó en España, en mayo de 2024) o la CPAC 2025 (organizada por la Unión Conservadora Estadounidense en febrero de 2025). En dichos eventos participaron, entre muchos otros y de forma respectiva: Le Pen, Orbán, Milei, Meloni y el anfitrión Abascal, así como Musk, Verástegui, Vance y el propio Milei nuevamente (esta vez con motosierra incluida, como dádiva a Musk, convirtiéndola en símbolo global de esa «eficiencia» inhumana con la que ni siquiera los ordoliberales hubieran fantaseado). Si bien estos políticos encarnan propuestas que pueden llegar a tener aspectos diametralmente opuestos, ya sea en lo económico o en lo social, todos coinciden en líneas generales en torno a dos cuestiones.

Por un lado, en la virulencia con la que su discurso apela a sus electores, sobre todo al incidir en un punto en particular: la idea de una amenaza en torno a alguna visión de «el final» de algún tipo de orden (que a su vez debe ser restablecido o impuesto). Por otro, en la capacidad de (de)signar a un enemigo, sea que se trate de un grupo (pobres, migrantes, indígenas, mujeres, sectores LGTBI+, etc.), sea que se trate de una supuesta ideología a la que se oponen en términos de dualismo y a la que pueden tildar de «neocomunista», de «marxismo cultural», de «globalismo» (incluidas la «ideología de género», la «agenda 2023» y lo «caviar») o simple y llanamente el espectro de lo «woke».

Es desde ambas cuestiones que han conseguido resonar con la subjetividad neoliberal-digital (contra empática, extasiada, despolitizada) de forma transversal, es decir, al margen de diferentes contextos y pertenencias. Hay que subrayar, pues, cómo lo neorreaccionario ha conseguido articular en su seno a grupos que remiten a diferentes países, continentes, edades, géneros y –lo que quizá podría sorprender a algún camarada anquilosado– diferentes clases. Grupos, estos, que tienen diferentes agendas y objetivos concretos, pero que comparten denominadores comunes estratégicos y (por tanto) fundamentales. Qué resuena, pues, entre un «fachopobre» latinoamericano que quiere orden a todo coste, un racista europeo de viejo cuño que detesta el «islamoizquierdismo» y un campesino estadounidense del deep south que abraza el Make America Great Again. Y, en la misma línea, qué resuena entre todos los anteriores y los sectores más privilegiados, que se alinean en la defensa de tales intereses y agendas, ya sea que se trate de los tecno oligarcas

del mundo, de los extractivistas de materia prima (cuya estirpe lleva devorando el planeta desde hace medio milenio), ya sea que se trate de los financistas, banqueros y emisarios de los fondos de inversión que lo toman todo, como BlackRock o Vanguard.

Lo que hay de común, lo que resuena, no es algo que pueda ser puesto bajo el rótulo de afinidad «ideológica» (otra categoría problemática), sino más bien –valga insistir– en el nivel de una resonancia subjetiva. Al respecto, en un texto de mediados de 2024, quien escribe estas líneas propuso que lo neorreaccionario se había apropiado de la idea del fin del futuro: la «internacional neorreaccionaria» ha logrado capitalizar estratégicamente la sensación del final de todo, que funciona precisamente de forma transversal. [7]

Frente al enorme malestar económico en las mayorías (resaca de medio siglo neoliberal), frente a la supuesta amenaza cultural y la desintegración civilizatoria que postulan, su mensaje de «sálvese quien pueda» resulta efectivo y movilizador en todos los escenarios y para todos los públicos a los que se despliega. En este caso, además, «quien pueda» ha de ser entendido como «los míos» (mi clase, mi raza, mi civilización, etc.). De allí que el miedo, tan proclive a ser traducido en exclusión, ira o simplemente odio, se convierta en un vector anti-político de primer orden, que ha sido aprovechado con cinismo y eficacia por aquellas articulaciones que han abierto la puerta al neofascismo.

De modo que la oleada neorreaccionaria no sólo se robó primero (y con efectividad, también) la «batalla cultural», algo que ocurrió ya hace algunos años[8], sino que posteriormente aceleraría e iría también por la noción del final y, con ello, el revanchismo, la ira y el odio que aquello es capaz de gatillar.

Una eficiencia similar tuvo con su labor de constitución de un «enemigo». Y es que poco importa si la miopía de su noción de «enemigo» colinda casi con lo conspiranóico, con lo banal o da cuenta de una ignorancia supina. Poco importa. Lo relevante es su eficacia estratégica a la hora de movilizar a sus votantes y seguidores. Por más delirante que sea lo que puedan postular en torno a esa amenaza del «wokismo» o del «marxismo cultural», de lo «caviar» o del «islamo-izquierdismo», la cuestión es que ha sabido traducir en dualismo de oposición su máquina de guerra y de ataque.

De allí, pues, que también quepa pensar si lo de esa «internacional neorreaccionaria» corresponde realmente a un internacionalismo, a la usanza de toda la nostalgia del campo de izquierda, campo que a su vez sigue tratando de encontrar fórmulas para hacerse de un nuevo internacionalismo «a la antigua», en medio de este contexto.

O sí, en cambio, se trata simplemente de una consonancia precisamente estratégica que sostiene los apoyos compartidos que se ofrecen entre sí, pese a las diferentes agendas, propósitos, valores o (aquí sí) ideologías sobre las que se sustentan. De allí, por ejemplo, que en el campo neorreaccionario se puedan dar la mano: los anarcocapitalistas con los ultra-estadistas y nacionalistas, los conservadores ultra católicos con los liberales hiper-individualistas y de paso también con los evangelistas y otro largo etcétera. Reza un refrán peruano: «perro, ratón y gato comiendo del mismo plato».

¿CÓMO «LA(S) IZQUIERDA(S)» NO HA(N) INTERPELADO A ESTA SUBJETIVIDAD? (EN LO ELECTORAL)

Que quede claro: aquí no se niega, ni se ignora, ni mucho menos se desprecia todo el sinfín de articulaciones y emergencias políticas que, desde los últimos años del siglo pasado, han estado disputando, resistiendo –y en ocasiones ganando– terreno a la avanzada capitalista.

Esto incluye, desde los movimientos alter-globalización de finales de los noventas hasta las luchas actuales del feminismo; desde el movimiento Free Palestine –en plena lucha hoy en día, frente al genocidio en curso– hasta el EZLN y su levantamiento de 1994; desde los movimientos indígenas, anti-extractivistas y ecologistas contemporáneos hasta los estallidos sociales de Sudamérica entre 2019 y 2021; todos ellos, entre tantos muchos otros, han sido y siguen siendo vitales nódulos de articulación, siguen surgiendo y hallando nuevos frente de lucha y confrontación.

Lo que se señala aquí, en cambio, es que conforme el tiempo avanza, hasta llegar al momento neofascista actual, es claro que se ha ido constituyendo una mayoría (en términos literales, de cantidad de gente) signada por la subjetividad neoliberal-digital.

Y, ante ello, todas las articulaciones y emergencias que han articulado estallidos y expresiones como los mencionados han quedado relegadas/resignadas a la resistencia, sobre todo en un sentido movimentalista. Dichas articulaciones han quedado colocadas en esa posición y también en la encrucijada de una derrota (o de una falta de integración en un frente que pueda sostenerse) en los fueros electorales/institucionales, lo que es su traducción más palpable.

Para ilustrarlo, el caso por excelencia es el estallido social de 2019 en Chile que, luego de obtener la posibilidad de una reformulación constitucional, derivó en un naufragio que terminó revalidando la Constitución de la Dictadura. Así, la potencia constituyente del movimiento terminó recapturada cuando intentó resonar con la subjetividad neoliberal-digital de la mayoría que se traduciría en el balotaje del referéndum.

Al respecto –y sin ánimo de pretender hablar desde un púlpito hecho de humo–, vale decir que aquella resistencia de tenor movimentalista no sólo es necesaria, sino también urgente. Siempre urgente. Pero ésta tiene la implicancia de una suerte de derrota asumida, algo evidente al menos en cuanto a la vía electoral y democrática[9]. Es decir, precisamente la vía a través de la cual otros se hacen –y por el momento parece que se seguirán haciendo– del poder fáctico-oficial-institucional, al que luego habrá que resistirle. Pero, además, frente a esta realidad, las articulaciones que pretenden ir contra la avanzada neorreaccionaria enfrentan otras dificultades estratégicas.

Mientras seguimos (per)siguiendo el construir sujetos políticos, programas e idearios interseccionales e internacionalismos de resistencia, los neofascismos se dedican a movilizar directamente las emociones básicas del miedo, la ira, el odio y el resentimiento. Y, claro, no se habla aquí de que estemos tratando de buscar un sujeto político a la usanza de 1917, sino de todas las variantes que hemos levantado, ya sea que lo denominemos proletariado, obrero-social, multitud, cognitariado, precariado, sujeto múltiple, sujeto móvil, sujeto imprevisto y todo el espectro de innovaciones ontológico-políticas que han sido desarrolladas desde hace casi un siglo. Nosotros hemos seguido dando cuenta de estas formas de subjetivación política, tratando de encontrar alguna que funcione como anclaje desde la cual desplegar la opción de «una vida no fascista» o de «otro mundo posible». Y, mientras nosotros hacemos eso, el neofascismo ha sabido apelar directa y muy efectivamente a lo más básico de la subjetividad neoliberal-digital. Ello, precisamente desde la base de un mundo que se da con su fin.

Así, mientras desde el abanico de lo que podría reconocerse como «las izquierdas», se sigue pensando en un futuro posible o en un «lenguaje común» para articularlo y se trata, con ello, de ser más convocante en las urnas, el neofascismo se hizo con lo que moviliza la negatividad del fin del futuro y la dirección a la que orienta «un» enemigo. En este sentido, supo operar estratégicamente la desesperación, el miedo, el odio que despierta el presente. Así, ha conseguido y sigue consiguiendo convocar más gente. El «fin del futuro» viene funcionando como la clave misma de su potencia política sin sujeto político; asimismo, resulta medular en sus resonancias trasnacionales sin internacionalismo.

Y es que, precisamente, ni la lógica de buscar un sujeto político, ni las cuestiones del internacionalismo parecieran virar (o producir) las mayorías que necesitarían las opciones de respuesta para consolidarse electoral-institucionalmente.

Es cierto que en las últimas décadas se ha dado una suerte de vaivén político, que ha abierto espacios, ya sea a cierto reformismo, a diferentes grados de co-gobierno o a ciertas transformaciones desde ciertas agendas, e incluso a algunos triunfos (el caso de México y la Cuarta Transformación o el empuje de Petro en Colombia, por poner dos ejemplos). Pero el riesgo de hoy es que la llegada del neofascismo consiga suprimir (o haga sumamente complicadas) las posibilidades de un cambio democrático posterior. Nuevamente, todo esto en relación a los intereses de una traducción electoral/institucional.[10]

En ese sentido, pareciera que en algunos sectores de «las izquierdas» no se sopesara lo que implica la urgencia de no sólo trabajar con aquellos que ya militan, que ya siguen las iniciativas o que siquiera ya simpatizan con las posiciones que nosotros defendemos. Así, sin ninguna voluntad de pretenderse prescriptivo, quizá habría que asumir que no se trata sólo de un trabajo con

«las bases» o de algo que refiera únicamente a una reconfiguración de la forma organizativa. Se trata de un impase que, de no virar, seguirá asegurando la(s) derrota(s), como hasta ahora. Y es que la mayoría de esa gente a la que se busca apelar está marcada por las derivas aquí descritas, por esa subjetividad neoliberal-digital. Hoy –todo lo indica– «el pueblo» es muy mayoritariamente de derecha (y cada vez más extrema), al menos de forma potencial. Nos lo confirman las tendencias de los resultados en Europa, la vuelta de Trump, la revalidación de Milei en Buenos Aires, entre tantas otras situaciones. Y, en el caso peruano, que carga con más de cuatro décadas de ataque neoliberal y desaforado contra la educación y la memoria, sea quizá algo que se hizo dramáticamente evidente más temprano.

NO HAY FUTURO, PERO HAY MAÑANA. ALGO HAY QUE HACER.

Otra cuestión que sería bueno subrayar: el «final» que el neofascismo instrumentaliza estratégicamente es real, en más de un sentido. Estamos surfeando algún final (o varios). Es el final de toda promesa progresista y de lo que había empujado la aceleración de la Modernidad (este empezó en el S. XX, se aceleró luego del fin de la guerra fría y ahora estamos en su agonía definitiva, no «a la Fukuyama» sino en un desmigajamiento dramático y sangriento). Y, si no, es por lo menos el final del orden económico, social y político que conocimos luego de la Segunda Guerra Mundial, con su holocausto y con su bomba atómica. Y, si no, es también el final en el sentido ecológico, lo que supone en realidad sólo la amenaza del final de nosotros, porque el plantea –de nosotros– se habrá de curar y quedarán sólo nuestros huesos y el plástico (tarde o temprano, el planeta florecerá y seremos olvidados, junto a otras especies que vivieron más y jodieron menos). Sea como fuera, estamos parados en la cornisa de un final.

Ignorar o minimizar esta realidad es cederle a lo neorreaccionario todo su potencia movilizadora. Y, si bien puede ser complicado plantearse el horizonte de un futuro en términos progresistas o de largo plazo, lo que sí hay es una urgencia, un mañana en el que algo hay que hacer frente a la avanzada neofascista.

En consecuencia, quizá, y de forma meramente estratégica, no sea descabellado considerar lo que podría ser denominado como una «política del final». No se trata aquí de abandonar todo horizonte emancipador, sino de asumir la radicalidad de este contexto terminal para generar indignación, revancha y acción urgente. Tratar de interpelar, de alguna manera, a las subjetividades neoliberales-digitales.

Una cuestión estratégica que se anime a movilizar contra el neofascismo los mismos afectos y decibeles negativos y nefastos que le han resultado tan efectivos.

Quizá no se trate de una apuesta absurda. Como si en los últimos años todo el afán principista y biempensante (más o menos «progresista», más o menos «comprometido», más o menos «caviar», más o menos «izquierdista de verdad») hubiera granjeado otra cosa que derrotas. Ha potenciado la resistencia, sí, pero resistencia desde la derrota.

Una «política del final» quizá podría contemplar usar estratégicamente la misma potencia política del miedo y la indignación, lo que es planteado aquí a modo intuición y de especulación amplia (no se puede aspirar a más y no sería posible, tampoco). Si bien es algo que correspondería ser pensado sólo por los protagonistas de cada escala organizativa local (barrio, región, ciudad, país, etc.), se trataría de reconocer que las organizativas actuales (y su escalada: ideología, programa, estrategia, táctica, plataforma de lucha, etc.)

vienen siendo im-potentes a la hora de apelar a las mayorías. Por tanto quizá quepa considerar siquiera si sería posible recapturar el final estratégicamente, algo que le ha permitido a lo neorreaccionario hacerse de cada vez más aparatos de gobierno. Se implica en ello cierto pragmatismo casi cínico empujando por la indignación.

La aceptación radical de este fin como punto de partida. Claro está que esto no se pretende una «receta» para una política del final, sino más bien el llamado a plantearse la pregunta, como una de las tantas herramientas que hacen falta.

Y es que el riesgo ante el que estamos es que sectores mayoritarios continúen siendo campos fértiles para los espectros de lo neorreaccionario y que cada vez se cierren más los espacios de salida.



Ya sea porque dichos sectores serán interpelados por la maquinaria discursiva del espectro «democrático» de las derechas tecnocrático-neoliberales más duras, lo que –eventualmente– contribuye al empujo neofascista. O ya sea porque la gente se encuentre contra las cuerdas de la inseguridad y la desesperación, abrazando versiones cada vez más salvajes de ese «sálvense quien pueda» en nombre del orden. Y así veremos llegar cada vez más bukélismo explícito (que también empieza a «globalizarse», tal como ha ocurrido con la economía de la motosierra).

Cabría recordar, con Guattari, que deberíamos abandonar fórmulas como la de esa expresión antifascista de la guerra civil española: «¡No pasarán!», como si fuéramos a hacer una barrera, un frente, una forma de evitar el avance del Fascismo. No, este ya pasó y sigue pasando. Queda entender (o empezar por aceptar, siquiera) que han ganado ese terreno y tratar de esbozar alguna vía posible. Todas las herramientas contribuyen. ★

NOTAS

1. El término neorreaccionario es utilizado aquí de forma genérica para englobar los impulsos de las ultra-derechas que han surgido en los últimos años y sin aludir de forma particular al movimiento estudiado por Nick Land (2022). Asimismo, si bien existen francas precisiones teóricas y analíticas en el abordaje de cada uno de los conceptos referidos en relación a lo que supone el Fascismo, lo que interesa aquí es dar cuenta precisamente de los rasgos generales que caracterizan a este momento. Al respecto, sin embargo, pueden verse los trabajos de Traverso (2018), Guamán et al (2019), Stanley (2019), Badiou (2020), Forti (2021), Stefanoni (2021) y Feierstein et al. (2023), entre tantos otros que permiten abordar esta discusión.

2. Claro, en los últimos cincuenta años de neoliberalismo no es que hayan desaparecido las armas ni las guerras como instrumento para asegurar la configuración hegemónica de este orden político-económico. Y si no, allí están la OTAN encargándose de Yugoslavia, Estados Unidos en Irak, en Afganistán, en toda su injerencia en la inestabilidad de Centro América y en las selvas sudamericanas. Allí están también el infierno y el caos militar del que ha sufrido la África post-colonial y siempre sujeta al extractivismo de más vieja cepa y toda una larga lista de guerras –es decir de millones de muertos– a la que se suma más recientemente el genocidio en Gaza.



Pero todas esas guerras y conflictos siempre se enviaron hacia las diferentes regiones «de periferia» para salvaguardar el poder hegemónico «central» (ambas categorías también hoy en cuestión), marcado por la globalización económica y por el (neo)liberalismo político. En cambio, a lo que se hace referencia aquí cuando se habla de que se ha pasado de una instauración que va «del fusil a los votos» es que la actual aceleración neofascista del Capitalismo va consiguiendo llegar al espacio institucional del poder de los países otrora «centrales» por la vía democrática.

3. Sólo en el último año, al triunfo del Mileísmo en Buenos Aires se suman: la vuelta Trump a la Casa Blanca, el protagonismo de la AfD en Alemania (con todo y el afán injerencista de Musk), los virajes en Rumanía, los recientes resultados en Portugal.

4. Una investigación doctoral en curso, que el autor de este texto realiza en la Universidad París VIII (Francia), versa precisamente sobre estas dimensiones y dinámicas de la producción de la subjetividad neoliberal-digital, así como sobre su deriva «proto-fascista».

5. Sobre los conceptos de «Régimen informacional» y «éxtasis del flujo», véase el libro *Mutaciones de nuestro régimen informacional* (Pacheco Benites, 2018).

6. En las elecciones de mayo de 2025 en Argentina, el deep fake viral de Macri resulta casi paradigmático y evidencia lo que ya está en el ruedo de lo electoral.

7. Se trata del ensayo «Ya pasaron. Subjetividad proto-fascista y la política del final», escrito en julio de 2024 y próximo a ser publicado en un libro editado por la Universidad de Valparaíso, en Chile. En este texto han sido recogidas (y resumidas) algunas de sus principales ideas. Asimismo, en esa línea, vale mencionar que más recientemente se ha puesto en discusión precisamente la idea de un «Fascismo del fin de los tiempos» (Klein, 2025).

8. Si bien en tiempos del desfinanciamiento a Universidades y la abierta guerra contra «lo woke» por parte del gobierno de Trump, esta idea de la «batalla cultural» es ya moneda común, lo cierto es que en Latinoamérica la centralidad de dicha «batalla» cuenta varios años en los sectores neorreaccionarios. Así, por ejemplo, los trabajos y presencia mediática (así como de la popularidad viral) de autores como Gloria Álvarez, Agustín Laje y Nicolás Márquez, desde inicios de la década de 2010 sirvieron para alimentar espacios que posteriormente alumbrarían y alimentarían el fenómeno de Milei.

9. En este texto se ha enfatizado el carácter estratégico en términos electorales. Al respecto, vale decir que en países con una institucionalidad fuerte (caso de Europa, por ejemplo), el desafío principal –y más realista– probablemente sea restarle votos a la extrema derecha desde dentro del sistema, evitando caer en frentes populares efímeros. Y, en paralelo, continuar con las lógicas movimentalistas de resistencia (feminismos, migrantes, etc.).



En cambio, en realidades como la latinoamericana, la fragilidad institucional del Estado y su (literal) falta de presencia han abierto espacios para estrategias alternativas que fácticamente puedan hacerse de espacios en su reemplazo y con apoyo popular (los ejemplos van desde el neo-zapatismo en México, hasta las pseudo-monedas y economías populares en Argentina, las ollas comunes en Perú, etc.). Es decir, si bien la vía de una transformación con muchas más posibilidades y potencialidades que las que ofrece una vía electoral, en este texto se ha abordado precisamente la utilidad estratégica de cara a la convocatoria de dicho terreno democrático.

10. No son pocas las voces que previenen sobre un Trump dispuesto a cambiar la Constitución para mantenerse en el poder o continuar el proyecto MAGA por la vía Vance, del mismo modo en que en Argentina, el gobierno de Milei viene transmutando y saliendo del orden constitucional de manera más y más abierta. En el Perú, todas las instituciones que salvaguardaban el proceso electoral han venido siendo tomadas para garantizar que el modelo de autoritarismo corrupto encuentre una vía regia de renovación a través del voto (cf. Coronel, 2024).

REFERENCIAS

- Badiou, A. (2020). Badiou contra Trump. Buenos Aires: Capital Intelectual
- Coronel, O. (2024). « La coalición autoritaria que gobierna Perú », en: Revista Nueva Sociedad. Disponible en : www.nuso.org
- Feierstein, D.; Butler, J.; Milnovic, B.; Ramonet, I.; Segato, R. et al. (2023). La extrema derecha en América Latina. Buenos Aires : Capital Intelectual - Le Monde Diplomatique
- Forti, S. (2021). Extrema derecha 2.0. Madrid: Siglo XXI
- Guamán, A; Aragoneses, A y Martín, s. (Eds.) (2019). Neofascismo. La bestia neoliberal. Madrid: Siglo XXI 8
- Klein, N. (2025). «The Rise of End Times Fascism», publicado el 13 de abril de 2025 en: The Guardian. Disponible en: www.theguardian.com
- Land, N. (2022). La Ilustración oscura. Segovia: Materia Oscura
- Pacheco Benites, A. (2018). Mutaciones de nuestro Régimen informacional. Lima: UCAL
- Stanley, J. (2018). How Fascism Works: The Politics of Us and Them. Chicago: Random House
- Stefanoni, P. (2021). ¿La rebeldía se volvió de derecha? Buenos Aires: Siglo XXI
- Traverso, E. (2018). Las nuevas caras de la derecha. Madrid: Siglo XXI

ULTRADERECHAS EN EL PERÚ

nuestro sur

Actor / Grupo / Plataforma	Descripción / Rol Político	Vínculos ideológicos y estratégicos	Métodos de acción
Rafael López Aliaga / Renovación Popular	Empresario y alcalde de Lima. Líder de RP, heredero de Solidaridad Nacional.	Catolicismo ultraconservador, discurso anticomunista, nacionalismo extremo.	Campañas mediáticas, control municipal, conexión con redes religiosas y empresariales.
Avanza País (Adriana Tudela, Alejandro Caverio)	Partido neoliberal de derecha radical, liderado por cuadros jóvenes mediáticos.	Conservadurismo liberal, antiprogresismo, discurso proempresa.	Incidencia parlamentaria, redes sociales, alianzas con medios y lobbies.
"CON MIS HIJOS NO TE METAS"	Campaña conservadora contra el enfoque de género en educación.	Evangélicos neopentecostales (Agua Viva, Asambleas de Dios), influencia estadounidense.	Marchas masivas, lobbies legislativos, redes religiosas, guerra cultural.
COORDINADORA REPUBLICANA	Asociación de figuras políticas tradicionales, personajes influyentes de articulación de la derecha radical.	Neoconservadurismo, oposición al progresismo, defensa del modelo neoliberal.	Incidencia. Comunicados, foros, movilización de élites y profesionales.
LA RESISTENCIA / LOS COMBATIENTES / LEGIÓN PATRIÓTICA / ARICA NO SE RINDE / LA INSURGENCIA	Grupos de choque y acción directa. Juan José Muñoz ("Jota Maelo") Roger Ayachi, Flor de los Milagros Contreras León, Jaime Roselló Torres	Neofascismo y discursos de odio, anti izquierdas y antiderechos. Lúmpen.	Acoso a políticos y activistas, vandalismo, propaganda callejera.
Willax TV / PBO / Expreso / El Montonero, etc.	Medios de comunicación afines a la ultraderecha.	Posverdad, anticomunismo, teorías conspirativas, defensa del fujimorismo y empresariado.	Fake news, entrevistas tendenciosas, cobertura selectiva, desinformación.
Phillipe Butters	Comentarista político en medios ultraconservadores. Pre-candidato presidencial.	Nacionalismo conservador, discurso racista, machista y homofóbico.	Medios radiales, TV, redes sociales, ataques verbales y provocaciones.
Capitán Perú / Youtubers ultraderechistas, canales de análisis militar, etc.)	Influencers con discursos patrioteristas, autoritarios y conspirativos.	Patrioterismo, pseudociencia, anti izquierdas, militarismo. Apología a la Monarquía y al Colonialismo.	TikTok, YouTube, campañas virales, manipulación emocional.
Fuerzas Armadas / Policía Nacional (Sobre todo, alta oficialidad)	Instituciones infiltradas por ideologías de ultraderecha.	Defensa del statu quo, represión, alineamiento con élites conservadoras.	Represión de protestas, presencia simbólica en política, respaldo al régimen actual.
Gobierno de Dina Boluarte/Congreso de la República.	Régimen instalado tras el colapso del gobierno de Castillo.	Gobierno autoritario y represor. Expresión de las alianzas de todas las derechas y rojipardismo	Represión policial-militar, control del Congreso, discurso de "estabilidad".

¿NEOFASCISMO EN AREQUIPA?

PATRICIA SALAS

FERNANDO PACHECO

DIEGO LAZO



Integrantes del Colectivo Laboratorio de Política y Cultura

Hace algunos días atrás bajo los auspicios del Colegio de Abogados de Arequipa y la Universidad San Martín de Porres, se presentó el abogado argentino Nicolas Márquez, uno de los “ideólogos” de la ultraderecha latinoamericana. Algún tiempo atrás estuvo, también, por nuestra ciudad Agustín Laje, quien es otro personaje de la “internacional” neofascista, que junto a Márquez escribió, el panfleto titulado “El libro negro de la nueva izquierda. Ideología de género o subversión cultural”.



Esta situación generó una discusión alrededor de si instituciones, que se supone debieran defender los derechos humanos, pueden auspiciar la presentación de personajes que niegan o justifican el terrorismo de estado, la desaparición de 30 mil personas durante la dictadura militar argentina (1976-1983), ponen en duda los testimonios de cientos de mujeres violadas, propagandizan discursos de odio contra diversas minorías o difunden discursos abiertamente misóginos, por señalar algunas de las acciones que estos personajes realizan en función de su llamada “guerra” cultural contra los avances democráticos de nuestras sociedades.

El que existan opiniones que afirmen que todo mensaje o discurso es bienvenido en instituciones que tienen que velar por los derechos de la persona humana, argumentando que ello debe ser así en función del principio de la libertad de expresión, significa que no se comprende la naturaleza del fenómeno al que nuestras sociedades tienen que hacer frente en este siglo.

Ultraderecha: fascismo, posfascismo o neofascismo

Existe una discusión en la izquierda y el progresismo acerca de cuál es la mejor definición de las corrientes, fuerzas y partidos ultraderechistas que desde comienzos del presente siglo hacen su entrada en la escena política, social y cultural tanto en Europa, Estados Unidos y a partir de la década de 2010 en América Latina, con Bolsonaro, Bukele y Milei; por lo que no parece necesario presentar un resumido marco de discusión.

Para Gilbert Achcar, la denominación de neofascismo se utiliza “...para designar a la extrema derecha contemporánea, que se ha adaptado a nuestro tiempo, consciente de que repetir el mismo patrón fascista del siglo pasado ya no era posible, en el sentido de que ya no era aceptable para la mayoría de la gente”.



Respecto a las características de neofascismo actual y sus diferencias con el fascismo del siglo pasado, Achcar señala que:

“El neofascismo pretende respetar las reglas básicas de la democracia en lugar de establecer una dictadura desnuda como hizo su predecesor, incluso cuando vacía la democracia de su contenido erosionando las libertades políticas reales en diversos grados, dependiendo del verdadero nivel de popularidad de cada gobernante neofascista (...) y del equilibrio de poder entre él y sus oponentes.

El neofascismo difiere de los regímenes despóticos o autoritarios tradicionales (...) en que se basa, como el fascismo del siglo pasado, en una movilización agresiva y militante de su base popular sobre una base ideológica similar a la que caracterizó a su predecesor. Esta base incluye componentes del pensamiento de extrema derecha: fanatismo nacionalista y étnico, xenofobia, racismo explícito, masculinidad asertiva y hostilidad extrema hacia la Ilustración y los valores emancipadores.

En cuanto a las diferencias entre el nuevo y el viejo fascismo, las más importantes son, en primer lugar, que el neofascismo no se apoya en las fuerzas paramilitares (...) las mantienen en un papel de reserva entre bastidores, (...) y, en segundo lugar, que el neofascismo no pretende ser “socialista” como su predecesor... sino que se inspira en el pensamiento neoliberal en su llamamiento a reducir el papel económico del Estado en favor del capital privado.”[1]

Enzo Traverso, historiador reconocido por sus estudios sobre las consecuencias del nazismo y de la violencia totalitaria, sugiere la noción de posfascismo, para calificar a los movimientos de ultraderecha aparecidos en Europa a comienzos del siglo XXI. Nos dice que esta noción “nos ayuda a describir un fenómeno transitorio, en transformación, que todavía no ha cristalizado”. También enfatiza que ha “sugerido la noción de posfascismo” en tanto “las nuevas derechas radicales son un fenómeno heterogéneo, muy mezclado” no como el fascismo,

acerca del cual “no hay ambigüedad”, cuando hablamos de fascismo, “sabemos de qué estamos hablando: de un fenómeno con cotas cronológicas y políticas bastante claras.”[2]

Por su parte, Juan Carlos Ubilluz[1] señala que “si la derecha radical en América Latina se diferencia de la de Europa y Estados Unidos en que es abiertamente neoliberal y que su matriz histórica no es tanto el fascismo como el colonialismo y el neoliberalismo (Pinochet y Fujimori), deberíamos abandonar el concepto de posfascismo...así como el de fascismo clásico... para referirnos al fenómeno político en cuestión. Quizás lo más prudente por el momento sea asumir el término derecha radical...pero haciendo en él una precisión clasificatoria: marcar una diferencia entre la derecha radical posfascista (la europea) y la derecha radical colonialista-pospinochetista (la latinoamericana).

Pero, también, dado que la derecha radical en Europa y Estados Unidos no parece romper claramente con el neoliberalismo, habría que indagar si la derecha radical pospinochetista es más importante en occidente de lo que se piensa”.

Neofascismo, creemos, es la denominación que mejor se ajusta para designar y definir a estas fuerzas de extrema derecha. El neofascismo tiene por estrategia vaciar por dentro los avances democráticos, dinamitando las libertades políticas alcanzadas. Para ello instrumentaliza el fracaso del modelo neoliberal, y el descontento que ello origina en amplias capas de la población. Esto sucede ante la ausencia de una alternativa socialista en medio de la crisis y el caos.

Aunque el neofascismo tiene particularidades en cada país, mantienen algunos rasgos generales, como, por ejemplo:

1. Su ataque a los derechos políticos, sociales, económicos y culturales conquistados por las comunidades marginalizadas, trabajadores, mujeres, pueblos indígenas, grupos de la diversidad sexual. Y la promoción y restablecimiento del estado anterior a estos avances democráticos. En tal sentido, pretenden dar vuelta atrás, y restaurar o mantener las jerarquías sociales tradicionales o “naturales”.

2. Si bien en algunos casos las fuerzas neofascistas hacen crítica del modelo neoliberal, una vez en el gobierno, caso de Milei, continúan implementando el modelo, vía la subordinación a los organismos de la gobernanza neoliberal: el FMI y el Banco Mundial y acatando los programas de ajuste estructural.

3. Los neofascistas latinoamericanos a pesar de la retórica soberanista de su propaganda, terminan no solo alineados sino subordinados al imperialismo norteamericanos.

4. Usan una retórica agresiva y violenta y autogeneran grupos violentistas para amedrentar a los opositores políticos o líderes sociales. Utilizan la policía o el ejército para reprimir violenta y mortalmente a la oposición social y popular a sus políticas.

Sello clasista y clerical de las derechas

La construcción de un movimiento de derecha radical en el sur peruano no está lejos de concretarse.

La derecha en el sur ha estado reducida a los tradicionales sectores pudientes de las clases acomodadas arequipeñas, aquellas que denuestan a la migración puneña y prefieren escamotear el pasado insurrecto de las revoluciones mistianas que le ganaron el apelativo de “ciudad caudillo” a Arequipa.



El intento más serio de construcción de un sujeto político de derecha en Arequipa fue la fundación de la Democracia Cristiana liderada por don Héctor Cornejo Chávez en 1956, con la idea de consolidar las propuestas del gobierno de Bustamante y Rivero, del cual formaron parte los primeros democristianos, pero el proyecto quedó fracturado diez años después, cuando el ala más derechista se escindió para formar el PPC, la ruptura fue liderada por los arequipeños Bobby Ramírez del Villar y Mario Polar Ugarteche.

Desde la fundación de ambos partidos, la construcción de un movimiento de derechas arequipeño ha apelado a la raigambre religiosa de la clase alta de la ciudad, en ese sentido el sello de clase y el sello clerical los define hasta la fecha.

Esta debió ser una de las razones por las cuales Luis Fernando Figari y Germán Doig, fundadores del Sodalicio, se centraron en convertir a Arequipa en una suerte de “Piura del sur”, por el baluarte ultraconservador que había construido el Opus Dei en el norte, en buena parte gracias a su universidad.

El Sodalicio fue fundado por militantes de la organización fascista Unión Revolucionaria (Castillo Mattasoglio, 2024) y escogieron Arequipa para crear organizaciones como el Centro de Estudios Católicos y la Universidad Católica San Pablo que sirvieron para construir una propuesta programática a través del Centro de Gobierno José Luis Bustamante y Rivero pero sobre todo a través de la organización del CARA (Congreso Anual sobre la Región Arequipa) una suerte de CADE regional organizado por el CEC, la UCSP y la Cámara de Comercio desde 2007 con la consigna oficial de proveer una “ventana abierta para debatir propuestas” que “no tenía” Arequipa. (CARA, s.f.) Formando cuadros y juventudes.

Estos organismos han sido vitales para fogear a los nuevos cuadros de la derecha arequipeña.



A falta de un partido político de derecha radical, los órganos sodálites han servido para nuclearlos, formarlos y darles alguna experiencia organizativa además de comunicacional en redes sociales.

Aunque el Sodalicio ha contado sus simpatizantes en Arequipa por miles (López de Romaña, 2021), políticamente no han sido relevantes, quizás la figura más conocida fue Gonzalo Banda, emevecista y docente en la UCSP, quien que fue distanciándose progresivamente hasta romper definitivamente con el Sodalicio Banda, 2024).

La estrategia de captación de cuadros y de normalización de discursos se extiende también a jóvenes de clases medias y populares, por lo general a través de “escuelas de líderes” organizadas por el Arzobispado de Arequipa[4] y la Universidad San Pablo, que vienen funcionando por varios años y que se articulan a municipalidades para dar “taller de formación” a los jóvenes, en asociación con otras entidades públicas o de la sociedad civil.

Otra estrategia es promover la participación estudiantes universitarios de universidades públicas y privadas en eventos diversos como el ya mencionado CARA, o el CADE universitario[5], propiciando entre los jóvenes la agenda y los valores que el empresariado peruano tiene para el país.

El otro escenario de proselitismo y movilización que, desde las iglesias más conservadoras, ha crecido, son las “marchas por la vida” en las cuales se saca de sus centros educativos a miles de escolares, sus docentes y padres y madres de familia, con carteles y alegorías en contra de la educación sexual, el aborto y de la comunidad LGBTQ+. La participación en estas manifestaciones es obligatoria y participan colegios privados y públicos.



No olvidemos que muchos colegios estatales, a través de convenios, son gestionados por instituciones de la iglesia católica y desde hace algunos por un número creciente de iglesias evangélicas; lo cual abona en la consolidación de ideas tradicionales en torno a la familia y la sexualidad.

La secuela política y electoral

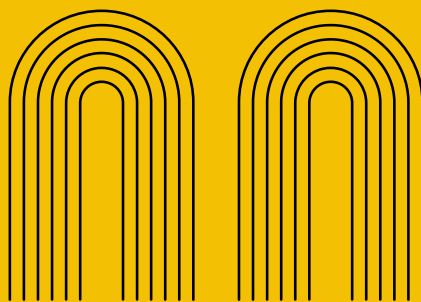
Pero donde el Sodalicio sembró, Renovación Popular podría cosechar. Desde las elecciones legislativas de 2020 se ha consolidado un núcleo de extrema derecha nacido alrededor de un grupo de jóvenes incorporados inicialmente en el PPC detrás de la candidatura al Congreso del sobrino de Bobby Ramírez del Villar, quien habría obtenido un escaño, de no ser porque el PPC no pasó la valla electoral.

Es entonces que entienden que el viejo partido de Bedoya era un lastre y deciden abandonarlo para tentar la alcaldía de Arequipa bajo el paraguas de un movimiento regional. El cálculo fue que la figura de Ricardo Ramírez del Villar recaudaría la misma

cantidad de votos que en la elección anterior, sin embargo, quedó relegado a un decepcionante sexto lugar.

El consuelo de este núcleo fue el obtener la alcaldía distrital de Yanahuara, de la mano de Sergio Bolliger, que se ha convertido en el mascarón de proa de la derecha radical en Arequipa. La composición social de Yanahuara se asemeja a la de San Isidro, en Lima.

El distrito suele ser el punto de reunión de las llamadas “Marchas por la paz” que son contramanifestaciones convocadas en momentos de amplia movilización social, así sucedió el 2015 durante las protestas por Tía María[6] y en diciembre de 2022 cuando el Ejército convocó para manifestarse por la paz durante las masacres tras la vacancia de Pedro Castillo.[7]



En agosto de 2019 en la plaza de Yanahuara se hizo el primer y único mitin del colectivo “Arequipeños por Arequipa”[9] después de una campaña publicitaria liderada por el fujimorista Carlos Raffo en oposición a las protestas contra Southern por el proyecto minero Tía María. El colectivo se disolvió rápidamente porque sus convocantes reconocieron, en el mismo mitin, que estaban financiado por la minera Southern, quien generó el conflicto social que el movimiento decía rechazar[10]. Cabe resaltar el carácter marcadamente racista de este colectivo, que insinúa que un arequipeño de nacimiento, es decir no migrante, no debía sumarse a las protestas.

En julio de 2023 el núcleo radical liderado por Ramírez del Villar y Bolliger anunciaron su inscripción en Renovación Popular y desde la comuna yanahuarina vienen impulsando programas de radio y emisiones de youtube, además de presentar conferencias de los neofascistas argentinos Agustín Laje y Rafael Márquez en Arequipa.

Según las propias declaraciones de miembros del núcleo como Cristian Aranda, el objetivo es retomar el rol de clase dirigente abandonado por la élite social arequipeña fundado en valores religiosos y en defensa del gran empresariado y para esto buscan consolidarse al menos en un distrito en el sur, epicentro de la reacción arequipeña y único distrito que siempre vota a la derecha. El objetivo es convertir al municipio de Yanahuara en una punta de lanza electoral que consolide un pequeño búnker electoral para el 2026 o que al menos permita dar la llamada “batalla cultural”. ★



NOTAS

- [1] <https://vientosur.info/el-neofascismo-y-nuestro-tiempo/>
- [2] Enzo Traverso. Las nuevas caras de la derecha. Siglo veintiuno editores. 2018
- [3] Juan Carlos Ubilluz. Sobre la especificidad de la derecha radical en América Latina y Perú. De Hitler y Mussolini a Rafael López Aliaga. Discursos Del Sur. Nro. 7. 2021.
- [4] Escuela arquidiocesana de Jóvenes líderes, <https://www.arzobispadoarequipa.org.pe/multimedia/prensa/3809-volver-al-futuro-un-nuevo-programa-de-la-escuela-de-jovenes-lideres-de-arequipa>
- [5] CADE, Conferencia Nacional de Ejecutivos, donde se discute la agenda empresarial del país, organiza anualmente una reunión con jóvenes denominado CADE ejecutivo.
- [6] <https://diariocorreio.pe/peru/arequipa-pobladores-marchan-por-la-paz-en-torno-a-protestas-contr-tia-maria-587383/>
- [7] <https://elbuho.pe/2022/12/el-ejercito-en-chala-no-ha-empleado-las-armas-militares-anuncian-marcha-por-la-paz-en-arequipa/>
- [9] <https://youtu.be/V6zoMzl3xdo?si=NWJyBPIQfILUuNNS>
- [10] <https://elbuho.pe/archivo/2019/08/12/historia-de-un-video-arequipenos-de-nacimiento-un-publicista-fujimorista-y-la-guerra-simbolica-por-tia-maria/index.html>

BIBLIOGRAFÍA

- Banda, G. (05 de 10 de 2024). El barril del Sodalicio. Obtenido de elpais.com: <https://elpais.com/opinion/2024-10-06/el-barril-del-sodalicio.html>
- CARA. (s.f.). Página oficial del CARA. Obtenido de <https://cara.org.pe/nosotros/>
- Castillo Mattasoglio, C. (18 de 10 de 2024). El Sodalicio, un experimento fallido de la guerra fría en Latinoamérica. Obtenido de elpais.com: <https://elpais.com/sociedad/2024-10-19/el-sodalicio-un-experimento-fallido-de-la-guerra-fria-en-latinoamerica.html>
- López de Romaña, M. (2021). La jaula invisible. Mi vida en el sodalicio: un testimonio. Lima: Debate.



APUNTES SOBRE LO “TERRUCO” Y LO “CAVIAR”



María Sosa Mendoza

La represión estatal durante el ciclo de protestas peruano ocurrido entre finales de 2022 y principios de 2023, además de dejar como saldo 49 personas muertas y centenares de heridos, tuvo como otras de sus consecuencias procesos de allanamientos policiales a locales de un partido político de izquierda y de una organización social, y la detención policial de ocho personas; todo ello bajo la acusación de la comisión del delito de pertenencia a una organización terrorista. Las mismas acusaciones estuvieron en la boca de diferentes políticos durante aquellos agitados meses.[1]

“Tenemos a personas identificadas que han estado presas por terrorismo y han [...] azuzando estas movilizaciones”, dijo la presidenta Dina Boluarte en una conferencia de prensa en ese entonces[2]. Asimismo, en documentos oficiales, la Policía Nacional del Perú denominaba como “delincuentes terroristas” a los ciudadanos que se manifestaban en las calles.

La organización terrorista a la que se hacía referencia era el Partido Comunista del Perú Sendero Luminoso, un grupo que dejó las armas oficialmente en 1993 y que, a pesar de que no se encuentra activo desde hace más de dos décadas, se ha constituido como uno de los actores más relevantes en el discurso político actual.

El terruqueo: su pasado y su presente

La legislación antiterrorista peruana promulgada en 1992, durante el régimen de Alberto Fujimori, adoptó un enfoque que tendió a flexibilizar los límites de los tipos penales, reduciendo

su precisión y claridad, con el objetivo de permitir que una mayor variedad de conductas pudiese ser incluidas dentro del ámbito de lo punible (Velásquez, 2022). Aquello hizo que los militantes de izquierda —sin diferenciar a los que optaban por la vía armada de los que no—, sean estigmatizados (p. 7). De esta manera, se consolidó un arma para la lucha política de actores afines al status quo, en la que sus adversarios eran calificados como “terroristas”, con el fin de expulsarlos de la esfera pública y restringir sus derechos básicos. Así, durante décadas, mediante el pánico social que causaba la memoria del conflicto armado interno —época en la que comenzó a aplicarse la normativa— se lograron neutralizar los proyectos políticos de transformación social que se engendraron en el país (Sosa, 2023).



Por mucho tiempo la estrategia del “terruqueo” fue efectiva: todos los candidatos antiestablishment se vieron obligados a reconducir sus proyectos políticos hacia otros más moderados y conciliadores con el sistema si no querían que su base de apoyo se vea seriamente erosionada por el uso de este recurso por parte de sus adversarios (ibid) y si querían ser una opción viable dentro de la democracia electoral.

No obstante, el año 2021 marcó un punto de inflexión en el uso del “terruqueo” como estrategia de deslegitimación. La llegada de Pedro Castillo a la Presidencia de la República representó una prueba concreta para los discursos alarmistas que lo presentaban como una amenaza radical para el orden democrático y social. A pesar de las advertencias de sectores conservadores que auguraban un gobierno autoritario vinculado al terrorismo, lo que se evidenció fue una administración signada por la improvisación, el desgobierno y la continuidad de prácticas estructurales de la política peruana, antes que una ruptura o radicalización.

Si bien es cierto que Castillo mantuvo vínculos previos con organizaciones que incluían ex militantes del Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso y que incorporó a su gabinete a personas con lecturas alternativas sobre el conflicto armado interno[3][4][5], su gestión no respondió al escenario apocalíptico que se había anticipado. Esta experiencia habría contribuido a erosionar la eficacia simbólica del terruqueo, al exhibir el desfase entre el discurso del miedo y la realidad política efectivamente vivida.

De esta manera, a pesar de que el 46 por ciento de la población no se identificaba con el ciclo de protestas iniciado en diciembre 2022 —movilizaciones que, no obstante, alcanzaron un 50 % de respaldo y mostraron un apoyo sostenido y transversal en todas las regiones del país, algo inusual en un contexto históricamente marcado por protestas fragmentadas y localizadas—, tan solo el 27 por ciento consideraba que los actores más importantes de dichas protestas eran “grupos violentistas o vinculados a grupos terroristas”[6], a pesar de los esfuerzos del gobierno para calificar a los protestantes como tales[7][8].

En otras palabras: la estigmatización y el ostracismo social con la que se condenaban a los sujetos terruqueados no lograban desmovilizar ni neutralizar el impulso de las protestas, había perdido eficacia y centralidad como estrategia política.

Si bien desde que fueron promulgadas las leyes antiterroristas hasta las primeras décadas del 2000 el “terruqueo” había pasado de ser “un instrumento legal a una herramienta social”, como señala Velásquez (2022), desde finales de 2022 se recorrió el camino inverso: pasando nuevamente de la herramienta social al más severo instrumento legal. La crisis de hegemonía del orden neoliberal afectó también la dimensión discursiva del “terruqueo” e hizo que los actores beneficiarios de este recurran a su dimensión inicial, criminalizando a las personas que empezaban a cuestionar el sistema político y económico imperante[9].

Así, se ha estrenado una nueva lógica de dominación política que afecta a gobernados y gobernantes por igual. Si bien es notoria una marcada crisis de legitimidad por parte de la población hacia todos los representantes políticos — desde noviembre de 2023 la aprobación a la presidente es de un dígito, alcanzando el 4 por ciento en marzo de 2025; mientras que el Congreso se encuentra en la misma situación desde agosto de 2022, alcanzando el 2 por ciento de aprobación en marzo de 2025[10]—, de parte de los representantes políticos se han establecido nuevas formas en su accionar que menosprecian a sus representados, desatando una crisis de representatividad.

En el pasado, un gobernante podía mantenerse en el poder sin partido y sin agenda, invocando y sosteniéndose exclusivamente en el pueblo (Calderón, 2019) y las movilizaciones podían hacer renunciar a presidentes.

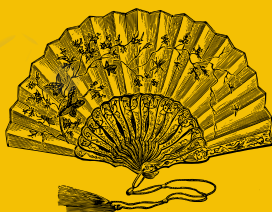
En la actualidad, ni la muerte de más de cuatro decenas de personas en manos de las fuerzas del orden ni los recurrentes paros generales logran algún cambio en la política institucional. Se ha dado inicio a la derrota de la opinión pública. En palabras de Ramírez (2023), la agenda política neoliberal se encuentra en declive hegemónico, y sobrevive sin convencer, aplicando tasas desmedidas de violencia.

Lo caviar

Como sostiene Tanaka (2024), el término “caviar”, desde hace unos años ya es una categoría política relevante en el Perú. La palabra, que antes se usaba de manera jocosa para referirse a una izquierda de postura moderada y cívica, hoy se emplea formalmente en discursos presidenciales y debates políticos entre actores de alta jerarquía.

“Le estamos haciendo la guerra a los caviares”, anunció, por ejemplo, en una conferencia de prensa — intentado defender a uno de sus ministros más allegados, investigado por el Ministerio Público por el presunto delito de abuso de autoridad —, la presidenta Dina Boluarte[11].

El término ha adquirido una peculiar flexibilidad. Si antes se usaba para referirse a un grupo bastante específico, ahora es empleado para designar a sectores de diferentes tendencias políticas. De allí que personajes de izquierda progresista, como Sigríð Bazán, y de derecha liberal, como Rosa María Palacios, puedan ser nombrados bajo una misma etiqueta.



Jaime de Althaus apuntaba bien cuando indicaba que lo que es “caviar para unos no lo son para otros”, señalando que si bien Verónica Mendoza, para él, era “marxista”, para Vladimir Cerrón era “caviar”, y que la agenda que en EEUU se clasificaba -por los sectores más conservadores- como “marxismo cultural”, en Perú era señalado como caviar.[12]

A pesar de ello, es importante destacar que el uso de una misma etiqueta hacia diferentes actores tiene como objetivo homologarlos. Y, efectivamente, los últimos grandes acontecimientos políticos —tales como los intentos de destitución de la Junta Nacional de Justicia entre 2023 y 2024[13] y la modificación de la ley para elevar los parámetros de tipificación para que un grupo criminal sea considerado “organización criminal”, durante el último trimestre del 2024— se han motivado señalando una lucha contra una “agenda caviar”, en la que se encuentran sectores políticos que no suelen actuar de manera conjunta.

Por tanto, frente a una visión lineal del espectro político, nos encontramos frente a una cartografía política dinámica que permite dar cuenta de los desplazamientos y reacomodos tácticos que hoy reconfiguran el campo político peruano. Este nuevo orden no se organiza en torno a proyectos ideológicos coherentes, sino a partir de antagonismos morales y afectivos. En este marco, se ha conformado una coalición reactiva y disonante, integrada por actores políticos que históricamente han ocupado posiciones irreconciliables, pero que hoy encuentran un punto de convergencia en su rechazo a un enemigo común: los “caviares”. Quienes se posicionan a la cabeza de esta ofensiva simbólica contra la “élite progresista” —a la que acusan de tecnocrática, moralizante y desconectada del “pueblo real”— son miembros de la ultraderecha conservadora y de la izquierda ortodoxa.

Los enemigos y la política

Ernesto Laclau (2005) postula que la política, en un sentido fundamental, está intrínsecamente ligada al antagonismo. Por tanto, para la creación de un campo político, se requiere el establecimiento de una frontera antagónica dentro de lo social. En otras palabras, se hace necesaria la presencia de un enemigo para lograr cohesionar a la sociedad, pues el sentido de identificación más primario se encuentra en la negatividad compartida hacia algo o alguien.

Sin embargo, estos enemigos no nacen espontáneamente, sino que son creados por actores políticos a través de operaciones discursivas que hacen responsables a determinados sujetos de las demandas insatisfechas de la población. En la medida en que se busca interpelar a un público más amplio, el significativo que se utiliza para nombrar al enemigo —como ocurre con el término “caviar”— tiende a ser deliberadamente impreciso. Esta ambigüedad le permite adaptarse

a un campo social diverso y captar múltiples malestares dispersos (Laclau, 2005). Lo que explica, como señaló el periodista Juan Carlos Tafur (2024), que con esa denominación se apele a:

[Una] izquierda progresista, relativamente moderada, creyente en la democracia, pero también en el intervencionismo económico y que pone especial y sobrecargado énfasis en materias de derechos humanos o temas ambientales [...] [Pero,] también [a] quienes se consideran liberales, creyentes en la economía de mercado, pero también en las instituciones democráticas, los derechos humanos, los cuidados ecoambientales, las políticas de género, la justicia global [...].

(párr. 2 y 3)



En términos discursivos, el signifiante “caviar” condensa una crítica que va más allá de la ideología progresista: designa a un grupo de actores —funcionarios, tecnócratas, activistas, intelectuales y profesionales liberales— que operan dentro del aparato estatal y de las instituciones democráticas, a quienes se les atribuye un doble rol. Por un lado, se les acusa de beneficiarse del sistema, capturando recursos materiales mientras aparentan representar causas justas; por otro, se los señala como responsables de sostener un modelo de Estado que, en nombre de la modernización y los derechos, perpetúa estructuras de exclusión. Desde la mirada de la ultraderecha, estos actores son garantes de un orden globalista, tecnocrático y culturalmente liberal, que invisibiliza o desprecia los malestares de las mayorías. Paradójicamente, este diagnóstico también ha sido parcialmente compartido por una izquierda más radical, que históricamente ha concebido al Estado no como una herramienta neutra de inclusión social, sino como la expresión institucional de una clase dominante.

Así, el término “caviar” se convierte en un punto de articulación entre críticas de derecha e izquierda al progresismo institucional, permitiendo que coaliciones ideológicamente disímiles encuentren un enemigo común en quienes encarnan una visión moderada del cambio social desde dentro del sistema.

Es en este punto en el que surge una pregunta que no puede eludirse: ¿qué tanta eficacia política tiene el proceso de nominar a los enemigos políticos como “caviar”?

Si buscamos datos precisos, el único estudio de opinión pública a nivel nacional que aborda el término lo realizó Ipsos en julio de 2024.^[14]

Sobre ello, se descubrió que solo un tercio de la población —el 33.64 por ciento— reconoce el término “caviar” cuando este se utiliza



para hacer referencia a agrupaciones políticas. Dentro de este grupo, el 29.1 por ciento identificó a los “caviars” con ideologías de derecha; mientras que el 49.37 por ciento los consideró “ricos” y el 36.7 por ciento, “vagos”. Asimismo, el 39.9 por ciento los reconoció como personajes completamente “lejanos” a ellos.

En síntesis, la centralidad que, durante los últimos años, tiene en el debate político el término “caviar”, no tiene un correlato en la población, en la que solo un tercio afirma haber “escuchado” el término —lo que no es igual a estar familiarizado con él—. Por tanto, sostenemos que el término “caviar” es el esfuerzo de agentes específicos de construir identificaciones políticas a partir de la creación de un enemigo.

Aquel intento de formar identidades políticas, cabe anotar, es nutrido con un diagnóstico de los “sentires populares”, a menudo huérfanos, fragmentados y no representados en las instituciones ni en los discursos políticos disponibles (Errejón y Mouffe, 2015).

Se trata de una oportunidad para la agencia de diferentes actores.

Recapitulando, “terruco” y “caviar” son dos etiquetas para señalar a enemigos políticos contruidos, aunque con matices bastante importantes. Si bien “terruco” fue una palabra que durante más de tres décadas logró estigmatizar a cualquier individuo sobre el cual recaía, en la actualidad, por lo expuesto antes, ha perdido poder como herramienta simbólica de control social. No obstante, sus efectos legales se han potenciado, por lo que no puede tratarse como un arma obsoleta, ya que —aunque ahora por miedo— sigue provocando la desmovilización social.

“Caviar”, en cambio, mucho más benigno, no posee una dimensión penal, pero se ha desplegado de tal forma que parece ir ganando terreno en el plano afectivo.

Durante las primeras décadas del 2000, el término “terrucos” funcionó como una categoría estigmatizante de alto impacto político. No solo remitía a una amenaza armada concreta, sino que desempeñaba un papel clave en la legitimación del nuevo orden postconflicto, sustentado en el discurso del “milagro económico peruano”, la pacificación y la apertura neoliberal. En ese contexto, el “enemigo público” era quien atentaba contra un sistema percibido como legítimo y prometedor, incluso si esa legitimidad era más simbólica que material. La estigmatización mediante el terruqueo no requería pruebas: bastaba con la alusión para desactivar cualquier forma de disidencia política, asociándola al pasado violento que la sociedad quería dejar atrás.

Sin embargo, el clima de época ha mutado. Las sucesivas crisis políticas iniciadas con el escándalo de corrupción Lava Jato y la crisis económica detonada con la pandemia de la COVID-19 destruyeron el relato nacional de la “democracia modernizadora” que se había instalado en el país

con la salida de Alberto Fujimori en el poder. Hoy, para amplios sectores sociales, el sistema ya no encarna una promesa de inclusión sino una estructura de exclusión sostenida. En este nuevo horizonte de sentido, el “terrucos” pierde eficacia como figura estigmatizante, pues ya no hay un orden hegemónico que defender con el mismo fervor. Si antes el terrucos era el sujeto que desafiaba un sistema que debía protegerse, ahora ese sistema aparece, para muchos, como fuente del malestar. Ya no hay enemigo externo que amenace el orden: el enemigo se ha reconfigurado como el garante interno de ese orden en crisis.

Es en este contexto que emerge con fuerza la figura del “caviar” como nuevo significante del enemigo público, introducido por agentes políticos que buscan capitalizar políticamente el clima social. Así, a diferencia del “terrucos”, el “caviar” no busca subvertir el sistema, sino que se presenta como su defensor, lo administra y legitima.

Este desplazamiento no es casual: responde a una reconfiguración del enemigo público, en función de las transformaciones del campo político y del vínculo Estado-sociedad. Así, el discurso anticaviar no se opone a un proyecto revolucionario, sino que expresa el rechazo a una clase política y tecnocrática percibida como distante, autorreferencial y sostenida por privilegios opacos. El insulto, entonces, no nombra simplemente una posición ideológica: nombra una relación de poder y una fractura en la representación.

Para la izquierda progresista, el uso del término "caviar" como insulto político supone dos puntos que no deberían pasarse por alto. En primer lugar, se trata de un fenómeno que no es exclusivo del Perú. En distintas partes del mundo —y en varios países de América Latina— la figura del progresista caricaturizado como élite moralista y desconectada de las mayorías ha sido utilizada con eficacia por proyectos políticos autoritarios y conservadores. Lo particular del caos peruano es que este tipo de descalificación no solo ha venido desde la derecha, sino que también ha sido asumida y reproducida por sectores de

izquierda más tradicional, facilitando así la consolidación de un campo político hostil a toda forma de progresismo institucional. En ese gesto no hay un desplazamiento hacia lo popular, sino más bien una renuncia a disputar su representación.

Cabe señalar que la tensión entre distintas corrientes de izquierda no es nueva. A lo largo de la historia política de América Latina, han coexistido al menos dos grandes vertientes: una izquierda ortodoxa, orientada hacia transformaciones estructurales de inspiración marxista clásica; y una izquierda reformista, que ha privilegiado estrategias de cambio institucional progresivo, incorporando desde los años ochenta agendas vinculadas a los derechos civiles, la justicia social y las libertades individuales.



La confrontación entre ambas ha sido constante, y la deslegitimación del reformismo por parte de los sectores más radicales ha incluido históricamente acusaciones de "revisionismo" o de pertenecer a una "izquierda burguesa". En este sentido, la actual ofensiva contra el progresismo institucional no constituye una anomalía, sino que se inscribe en una larga tradición de disputas internas por la hegemonía dentro del campo de la izquierda.

En segundo lugar, el desprestigio de lo "caviar" expresa, en el fondo, el descrédito de una izquierda que ha perdido capacidad de conexión con los malestares sociales. No porque sus ideas hayan sido refutadas, sino porque ha fallado en articular un lenguaje y una agenda que logren recoger las frustraciones y aspiraciones de amplios sectores golpeados por la crisis.

En palabras de Laclau (2005), lo que hoy existe es una serie de demandas sociales insatisfechas que permanecen dispersas, sin una narrativa común que las unifique.

Existen ya actores que se encuentran en una incipiente etapa de trazar una frontera antagónica, proponiendo un enemigo, pero aún no se ha consolidado un proyecto afirmativo. Así, lo que hace falta es un significante vacío, es decir, un término, una consigna o una figura política capaz de condensar el sentido de esa pluralidad de reclamos y proyectarla hacia un horizonte de transformación.

Como ha señalado Stefanoni (2021), estamos ante derechas que han aprendido a canalizar la indignación social y a apropiarse de la promesa de cambio, desafiando a la izquierda en un terreno que solía serle propio.

No se limitan a conservar el orden; compiten por el lenguaje de la justicia, del mérito, del castigo al privilegio, y lo hacen con eficacia en contextos de crisis.

NOTAS

- [1] “Ministro de Defensa confirma apoyo logístico y financiamiento proveniente del Vraem en violentas protestas,” *El Comercio*, 16 de enero de 2023, <https://elcomercio.pe/peru/ministro-de-defensa-confirma-apoyo-logistico-y-financiamiento-proveniente-del-vraem-en-violentas-protestas-congreso-de-la-republica-narcotrafico-noticia/>.
- [2] “Dina Boluarte asegura que exmiembros de Sendero Luminoso están detrás de las protestas violentas,” *Infobae*, 31 de diciembre de 2022, <https://www.infobae.com/america/peru/2022/12/31/dina-boluarte-asegura-que-exmiembros-de-sendero-luminoso-estan-detras-de-las-protestas-violentas/>.
- [3] “Los nexos entre Pedro Castillo y el miembro del Movadef César Tito,” *El Comercio*, 11 de diciembre de 2022, <https://elcomercio.pe/politica/actualidad/los-nexos-entre-pedro-castillo-y-el-miembro-del-movadef-cesar-tito-peru-libre-sendero-luminoso-noticia/?ref=ecr>.
- [4] “Vínculos de Pedro Castillo con el Conare datan de 2013,” *Perú21*, 3 de junio de 2017, <https://peru21.pe/politica/vinculos-pedro-castillo-conare-datan-2013-373309-noticia/>.
- [5] “Quién es Guido Bellido, el dimisionado primer ministro de Perú investigado por ‘apología del terrorismo,’” *BBC Mundo*, 30 de julio de 2021, <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-58026252>.
- [7] Informe de opinión: enero I – 2023, Instituto de Estudios Peruanos (IEP), enero de 2023, <https://iep.org.pe/wp-content/uploads/2023/01/Informe-IEP-OP-Enero-I-2023-Informe-completo-version-final.pdf>.
- [8] “El ‘terruqueo’: el arma verbal que pone a los manifestantes peruanos en la diana,” *El País*, 6 de enero de 2023, <https://elpais.com/internacional/2023-01-06/el-terruqueo-el-arma-verbal-que-pone-a-los-manifestantes-peruanos-en-la-diana.html>.
- [9] Perú: represión estatal letal. Crímenes bajo el derecho internacional durante las protestas de diciembre de 2022 y enero de 2023, Amnistía Internacional, 16 de febrero de 2023, <https://www.amnesty.org/es/latest/news/2023/02/peru-lethal-state-repression/>.
- [10] Informe de opinión: marzo 2025, Instituto de Estudios Peruanos (IEP), marzo de 2025, <https://iep.org.pe/wp-content/uploads/2025/03/IEP-Informe-de-opinion-marzo-2025-informe-completo.pdf>.
- [11] “Dina Boluarte rechaza allanamiento a casa de Santiváñez: ‘La Fiscalía busca tejer un golpe de Estado blando,’” *RPP Noticias*, 10 de mayo de 2024, <https://rpp.pe/politica/gobierno/dina-boluarte-rechaza-allanamiento-a-casa-de-santivanez-la-fiscalia-busca-tejer-un-golpe-de-estado-blando-noticia-1619452>.
- [12] Jaime de Althaus, “Izquierda caviar,” *El Comercio*, 7 de septiembre de 2023, <https://elcomercio.pe/opinion/columnistas/izquierda-caviar-por-jaime-de-althaus-noticia/>.
- [13] “Patricia Chirinos llama ‘caviares’ a miembros de JN y ordena a Cancillería pronunciarse contra la CIDH,” *Infobae*, 26 de septiembre de 2023, <https://www.infobae.com/peru/2023/09/26/patricia-chirinos-llama-caviares-a-miembros-de-jn-y-ordena-a-cancilleria-a-pronunciarse-contra-cidh/>.
- [14] “Ipsos: 50% autoritarios con dinero y vagos, el perfil del ‘caviar,’” *El Comercio*, 9 de octubre de 2023, <https://elcomercio.pe/politica/actualidad/ipsos-50i-autoritarios-con-dinero-y-vagos-el-perfil-del-caviar-noticia/?ref=ecr>.



Referencias bibliográficas

- Errejón, Í., & Mouffe, C. (2015). Construir pueblo: Hegemonía y radicalización de la democracia. Icaria Editorial.
- Laclau, E. (2005). La razón populista. Fondo de Cultura Económica.
- Ramírez, A. (2023). Siete tesis para un nuevo orden económico internacional. Progressive International.
<https://progressive.international/blueprint/ebc6695d-315d-4eea-9ee6-467f169bba6a-siete-tesis-para-el-nuevo-orden-econmico-internacional/es/>
- Sosa, M. (2023). Terruqueo y estallido social (pp. 247–254). En Montoya, G. & Quiroz, H. (Eds.), Estallido popular. Editorial Estallido.
- Sosa, M., & Sevilla, S. (2022). La vida después de la muerte de los miembros del PCP-Sendero Luminoso: Un modelo de comunicación para la convivencia posconflicto [Tesis de licenciatura, Universidad de Lima]. Repositorio Institucional de la Universidad de Lima.
<https://hdl.handle.net/20.500.12724/16482>
- Stefanoni, P. (2021). La rebeldía se volvió de derecha. Siglo XXI Editores.
- Tafur, J. C. (2024, 6 de febrero). La derecha caviar. Sudaca.
<https://sudaca.pe/noticia/opinion/juan-carlos-tafur-la-derecha-caviar/>
- Tanaka, M. (2024, 10 de febrero). El anticaviarismo como categoría política. El Comercio. <https://elcomercio.pe/opinion/columnistas/el-anticaviarismo-como-categoria-politica-por-martin-tanaka-noticia/>
- Velásquez, F. (2022). De las batallas por la memoria a la marca del conflicto: “Terruqueo”, estigmatización y violencia en el Perú reciente. e-l@tina. Revista electrónica de estudios latinoamericanos, 20(80). Universidad de Buenos Aires. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=496470836005>



ULTRADERECHA 2.0

Trump: síntoma y catalizador del nuevo orden reaccionario



▼ 1. Estado Oligárquico-Policial

El Estado se transforma en instrumento directo del capital corporativo blanco.

Δ Impactos:

EE.UU.: Represión social, desregulación, justicia ultraconservadora.

LatAm: Refuerzo de Estados autoritarios subordinados.

Mundo: Red internacional de ultraderechas autoritarias.



2. Fiscalidad Inversa (Riqueza hacia Arriba)

La política fiscal beneficia al capital y desmantela lo público.



Δ Impactos:

EE.UU.: Colapso del estado social, endeudamiento estructural.

LatAm: Exportación del modelo neoliberal duro.

Mundo: Dominio de la financiarización sin resistencia global.

3. Fronteras como Guerra de Clase y Raza

La migración se militariza; el "Otro" racializado es criminalizado.

Δ Impactos:

EE.UU.: Sistema migratorio punitivo y racista.

LatAm: Militarización regional al servicio de EE.UU.

Mundo: Normalización de fronteras sin derechos.



5. Guerra Cultural Autoritaria

Se persigue la crítica, se impone una narrativa anti liberal.

Δ Impactos:

EE.UU.: Cultura mediática de odio y control ideológico.

LatAm: Exportación de "pánicos morales" y discurso antiderechos.

Mundo: Bloque global posliberal de censura y supremacismo.



4. Doctrina Fossilista Negacionista

Se niega la crisis climática y se protege la industria fósil.

Δ Impactos:

EE.UU.: Comunidades racializadas pagan el precio ecológico.

LatAm: Aumento del extractivismo brutal.

Mundo: Sabotaje climático con consecuencias globales.

LA HIPOCRESÍA DEL NEOLIBERALISMO PROGRE

Durante décadas, el Partido Demócrata ha proyectado una imagen de racionalidad progresista, multilateralismo y diversidad, pero en realidad ha funcionado como una máscara ideológica del mismo orden capitalista global que perpetúa guerras, saqueo y desigualdad. Bajo el pretexto de los "derechos humanos" y la "democracia", ha sostenido intervenciones militares y golpes blandos —en Libia, Siria, Ucrania y América Latina—, mientras financia el complejo militar-industrial y sostiene alianzas con Wall Street, Silicon Valley y los lobbies armamentistas. A promovido un liberalismo simbólico, centrado en la representación identitaria (diversidad en cargos, lenguaje inclusivo), sin tocar las estructuras de poder económico ni redistribuir riqueza. Esta combinación de imperialismo humanitario y neoliberalismo sin justicia social ha generado un profundo resentimiento popular que la derecha ha capitalizado con éxito, presentándose como "antiélite", "anticorrección política" e incluso "antiguerra", en una jugada cínica pero eficaz. Así, Trump no emerge como una anomalía, sino como la consecuencia lógica del colapso del liberalismo sin contenido material, una forma degenerada y racializada de canalizar el malestar sistémico. Mientras los liberales celebran el cambio de género del CEO del banco, Trump promete dinamitar el banco entero. Y en esa dicotomía grotesca, las masas eligen el fuego. El trumpismo, lejos de ser una ruptura, es la herencia más brutal del neoliberalismo liberal, y su consolidación dentro del Partido Republicano marca la transición de EE.UU. hacia un régimen neofascista que, paradójicamente, debilita a Occidente y facilita el ascenso estratégico de China, a un costo humano y ecológico incalculable.

nuestro sur



A fines del año 2024 el mundo ya era un campo de batalla, casi país por país, entre diversas expresiones de las ultraderechas emergentes y las diferentes corrientes de izquierda, algunas moderadas y otras radicales. Esa es la contienda más de fondo. Sin embargo, esa ultraderecha también ataca a los centristas y a la derecha convencional, un comportamiento que delata no solo el carácter autoritario que tiene esta corriente sino el deseo totalitario de ser la única que prevalezca.

En América Latina también ha venido ocurriendo esto y aunque los resultados de esas batallas no siguen una tendencia estable, pues a veces gana un polo y luego el otro, la iniciativa y la agresividad mayor corresponden a la ultraderecha.

1) Breve contextualización del avance de las extremas derechas a nivel global y latinoamericano: discursos, métodos, redes, financiamiento.

Esta polarización se ha acentuado significativamente desde una fecha muy precisa, el 20 de enero de este año. Ese fue el día en que Donald Trump asumió la presidencia de los EEUU y anunció medidas que mostraron que su idea de “Hacer a América Grande Otra Vez” consistía en poner en marcha un gobierno imperial en lo interno y en lo externo, pero para beneficio de los más ricos de su país. Estos, sobre todo los del rubro tecnológico, son los verdaderos emperadores de la ultraderecha mundial.

Trump dejó en claro que, para ello, iba a pasar por encima de su propio pueblo, y de todos los países del mundo que osaran resistirse a su propósito de expropiarles recursos para cumplir su meta de convertir a su gobierno en un opresor mundial.

Entre las medidas que anunció ese 20 de enero estaban la creación de un órgano federal para implementar un recorte drástico de las inversiones públicas, fundamentalmente los programas sociales y los subsidios a las universidades, con uno de sus ricachones favoritos como jefe, Elon Musk; el retiro de los EEUU de la Organización Mundial de la Salud; y el renombramiento de una parte del Golfo de México como Golfo de América.

En la ceremonia estaban varios de los platudos colegas de Musk, los dueños de las corporaciones digitales como Amazon, Facebook, Apple, Alphabet, OpenAI y alguien un poco periférico a este grupo, pero también del mundo digital, como el chino dueño de Tik Tok. A ellos se sumaron personajes políticos muy afines a Trump, como los presidentes Gorgia Meloni, Javier Milei, Daniel Noboa, Nayib Bukele y las cabezas de partidos políticos como VOX, de España,



Alternativa para Alemania, Reform UK y otros del mismo corte. Además de asumir formalmente como presidente USA, su toma de mando fue, para esta parte de su auditorio, el momento en que fue ungido definitivamente como el Julio César de la ultra derecha mundial. Horas más tarde, en un mitin celebratorio, Musk hizo dos veces el saludo nazi.

No fue un simple exabrupto ese saludo. Trump viene haciendo tres cosas que grafican claramente como es que esta corriente mundial no es simplemente una de rasgos autoritarios dictatoriales, sino que incluye elementos totalitarios. Son acciones y discursos en los que se ataca sistemáticamente a la vida, las libertades -incluidas la libertad de pensamiento- y la memoria de las sociedades: el apoyo permanente al genocidio en vivo del pueblo palestino, la pretensión de aplastar por completo las autonomías universitarias y el insulto en vivo al pueblo de Sudáfrica con la osada mentira de que allí está en marcha un genocidio de blancos.

Por el auspicio que reciben de los grandes dueños de las mayores empresas de tecnología y de telecomunicaciones, lo cual implica no solo financiamiento, sino su capacidad de influir a gran escala y cotidianamente en el comportamiento humano, la ultraderecha en sus diversas variantes ha venido avanzando posiciones en el mundo.

Esas corrientes sacaron provecho, además, de un cierto clima ideológico. La crisis también planetaria de las democracias liberales, provocada por el alineamiento de las derechas convencionales y de las socialdemocracias con el neoliberalismo. También de la pérdida, y no recuperación, de un rumbo propio por las izquierdas viejas o nuevas que pretenden ser alternativas a esa opción económica.



Estas últimas se han venido descalificando por dos tipos de fallas: o una excesiva adaptación a las democracias liberales agotadas, o por su contrario, un radicalismo maximalista aislante.

Esto les dio el ambiente propicio a los grupos de ultraderecha para lanzarse a hacer algo que la derecha convencional no se había atrevido: expresar muy clara y agresivamente, con discursos y acciones violentas, los sentimientos de las franjas conservadoras, autoritarias, xenófobas, racistas, patrioteras, machistas y homofóbicas, que no son mayoría, pero si son un número importante en cada sociedad y sector social. Sintiéndose abandonadas por las antiguas opciones golpistas, estas franjas fueron fácilmente atraídas por el mesianismo y la promesa refundacional que vinieron a ofrecerles los ultraderechistas, no importa el tamaño de la falsedad y la estafa que cometían. Y aquí los tenemos.

Sin embargo, no las vienen teniendo fácil. Su Julio César, viene haciendo una gestión desastrosa y contraproducente para sus aliados. No se podía esperar otra cosa de quien un conocido lingüista y autor de libros sobre política internacional afirmaba que solo era un bufón sociópata.

Lo agresivo e insultante que viene siendo Trump en la arena internacional ha provocado que sus simpatizantes, o aliados visibles en otros países, vean afectadas sus campañas electorales. Le pasó al trumpista Partido Conservador en las elecciones del 28 de abril en Canadá, en las que después de haber sido el gran favorito hasta marzo, terminó perdiendo ante el Partido Liberal de Trudeau, que enfrentó a Trump por sus medidas arancelarias del 2 de abril.

Otros vuelcos similares han ocurrido en Australia, en mayo, donde el laborismo centroizquierdista derrotó de manera contundente a los filotrumpistas de la coalición conservadora, que eran favoritos. Igualmente, en mayo, en Rumania, otro favorito, el ultranacionalista Georges Simion que dijo haría lo mismo en su país que Trump en EEUU, perdió ante el centrista Nicusor Dan.

Además de este efecto, la agresividad arancelaria de Trump, además de desestabilizar el comercio internacional, ha sido el golpe más fuerte que haya recibido el culto al libre mercado desde que se instaló la hegemonía del neoliberalismo. Encima provino desde su propia cuna, los EEUU. Confusión y desorden es lo que hay ahora en el plano ideológico de las derechas extremas, en su mayoría fieles de ese culto. No es buena noticia para su llamada batalla cultural.

Tampoco le va bien a Trump en su intento de revertir la creciente importancia de China en los mercados del mundo.

Particularmente en uno de los campos más importantes en que se libra esa competencia, el de la tecnología. Con frecuencia, China presenta algún avance con el que alcanza o sobrepasa a la tecnología USA.

El campo geopolítico es otro en el que Trump y su aliado Netanyahu han comenzado a perder. El nivel de crueldad del genocidio palestino, transmitido en tiempo real, ha determinado que ellos y las ultraderechas, normalmente aliadas suyas en ese crimen, hayan comenzado a ser confrontados por gobiernos y medios que antes callaban o apoyaban tal barbarie. Por contraste, China comenzó a liderar la empatía mundial con Palestina con las imágenes de sus aviones soltando ayuda y alimentos por toneladas desde el cielo de Gaza, ante la impotencia de los sionistas y trumpistas.

Por si fuera poco, también es mala noticia para ellos que el pensamiento social de fuente cristiana se haya consolidado en el Vaticano con la sucesión del Papa Francisco por León XIV. El efecto político que esto tendrá en la confrontación ideológica y política en el mundo, no favorecerá para nada al bando de las ultraderechas.

No la tienen fácil, entonces, pero tampoco será fácil derrotarlas para sus adversarios los demócratas genuinos. Las ultraderechas tienen mucho poder en lo económico, político, tecnológico y comunicacional. Nada es fácil, pero sí se puede.

2) El caso peruano como laboratorio de autoritarismo, antifeminismo, y descomposición institucional.

La coalición que ahora devasta al país y es cómplice de las organizaciones criminales y las economías ilegales, no es una corriente política. Sus integrantes

no tienen ideología, ni organización partidaria, ni programas sobre los asuntos de interés general. En lugar de líderes tienen dueños, y en lugar de militantes tienen empleados. Se parecen a la corriente de ultraderecha en el populismo conservador y en su disposición a la violencia, pero no son ni les interesa ser movimientos políticos, de ningún. Solo son bandas agrupadas para infiltrar la política y obtener beneficios particulares para sus jefes y empleados mediante procedimientos ilegales. Por su poco cerebro, actúan por pulsión y voracidad más que por inteligencia. ¿Cómo así este cardumen de pirañas depredadoras llegó a copar el sistema político peruano?

En la raíz del autoritarismo, el patriarcalismo, la corrupción, la descomposición institucional y el desborde incontrolado del sicariato que caracteriza al actual régimen

peruano está el envilecimiento y derrumbe del sistema de partidos y de la aspiración democrática que trató de estabilizarse, después de dos dictaduras, en la década de los 80s primero, y en las dos primeras de este siglo.

La principal fuerza promotora de ese envilecimiento y derrumbe ha sido la oligarquía financiera, extractivista y excluyente que siempre impuso que el costo de las soluciones a los grandes dramas del país lo paguen los pobres y las capas medias, y particularmente las mujeres de esos sectores y los pueblos indígenas. La rebeldía popular siempre fue controlada con balas.

Partidos de origen reformador como el APRA, Acción Popular y los socialcristianos, apenas hicieron débil resistencia, pero terminaron sometidos o comprados en mayor o menor medida por esa oligarquía. Fuerzas de origen revolucionario tuvieron fases iniciales de intenso y abnegado activismo, organización y lucha, especialmente en los 70s, mientras no llegó la democracia liberal. Cuando llegó, hubo esfuerzos por mantener su combatividad, pero su falta de experiencia en ese campo y el laberinto de ambiciones y egolatrías que suele tener este, los perdió y los fragmentó.

Así es como se le abrió las puertas a ese periodo de corrupción de dimensiones industriales y de demolición de instituciones públicas, partidos y organizaciones populares que fue el fujimorismo. Luego de derrocado el fujimorismo, nunca se pudieron restablecer partidos de cierta fortaleza como para frenar el mismo juego cooptador de poderes políticos que hace siempre la oligarquía peruana. Mas bien quedó difundida de manera extensa la práctica fujimorista de crear falsos partidos o reconstruir otros para usarlos como instrumentos de enriquecimiento de sus jefes.

Tan notorio y turbio ha sido esto que el debate político se transformó en debate judicial y se creó un penal para ex presidentes. Que cada gobierno sucesivo solo llegaba para hacer negocio y abandonar por completo a la ciudadanía, especialmente la

pobre, quedó cruelmente graficado en el lugar que ganó el Perú con la mayor tasa de mortalidad por Covid en el mundo. Esto terminó de instalar en la inmensa mayoría de peruanos la convicción de que sólo se salvan ellos solos, y la esfera política quedó vacía de actuación popular, con excepción de esporádicas protestas masivas ante violaciones graves de derechos humanos. Hubo una esperanza fugaz de que el gobierno de Pedro Castillo restituyera al menos algo de esa actuación popular con proyectos como la II Reforma Agraria o la restitución de derechos laborales pero el acoso golpista del congreso, y sus inconsecuencias y desatinos como las de proteger a los corruptos de su gobierno o el absurdo golpe de mentira que hizo, regalaron el gobierno a una marioneta y al congreso tomado por la oligarquía y las organizaciones criminales.

Es en ese vacío que el Perú quedó expuesto a la condición de laboratorio de producción de las más inverosímiles canalladas y crueldades que solo sátrapas

célebres pueden haber producido contra su pueblo, comenzando por las internacionalmente famosas masacres del Sur y seguida por una serie de acciones similares que siguen en desarrollo sin ninguna fuerza o barrera que las contenga.

3) ¿Quiénes son los actores en disputa hoy en el Perú?: partidos políticos, alianzas visibles e invisibles, poderes fácticos, movimientos sociales, empresariado, iglesias.

Abierto el período electoral, la disputa principal ahora es por el control del próximo gobierno y sus actores son de dos categorías os actores en disputa ahora son de cuatro categorías cruzadas, los políticos invisibles y los visibles y los políticos democráticos y los antidemocráticos.



Los políticos más o menos invisibles son más de los que se podría suponer. Entre los invisibles antidemocráticos están principalmente los jefes de las fuerzas armadas, los grupos empresariales extractivistas, mineros y financieros, los dueños de la llamada prensa concentrada y la embajada USA, y una parte de las iglesias evangélicas, especialmente la que posee el grupo comunicacional y educativo Bethel.

Entre los invisibles democráticos, están el periodismo alternativo presente sobre todo en los informativos digitales, algunas ONG de derechos humanos, promoción del desarrollo e investigación social, y una parte de la iglesia católica identificada con el pensamiento social de su entidad.

Entre los visibles antidemocráticos está la coalición de fuerzas reaccionarias y pro-crimen que suelen componer la mesa directiva del Congreso y son autores de la vasta legislación a favor del crimen organizado y del retorno a un congreso bicameral convertido

en el primer poder del Estado, con un senado a la vez todopoderoso e intocable. Esta legislación ha transformado al actual régimen político y uno autoritario con importantes rasgos totalitarios, ergo fascistas. También están la presidenta, su gabinete ministerial, algunos jefes de organismos autónomos como los de la Defensoría del Pueblo, el Jurado Nacional de Elecciones, el Tribunal Constitucional, la Sunedu y la Junta Nacional de Justicia.

Entre los visibles democráticos están algunas pocas pero importantes organizaciones sociales laborales o agrarias, y algunos pocos partidos políticos pequeños, en su mayoría de izquierda y algunos de centro, cuyo rasgos comunes son el de haber apoyado a la resistencia contra el autoritarismo del gobierno de Dina Boluarte desde sus inicios y haberse esforzado por reconstruir o por mantenerse como organizaciones políticas que

navegan a contracorriente de la marea autoritaria, y han logrado inscribirse para las elecciones y están construyendo alianzas.

4) Lectura de la correlación de fuerzas actual y su posible evolución:

Al presente una foto del conjunto de fuerzas muestra una correlación bastante más favorable al campo antidemocrático, porque controlan a los poderes Ejecutivo, Legislativo al Tribunal Constitucional, a partes del Ministerio Público y el Poder Judicial y a varios organismos autónomos importantes especialmente para los procesos electorales. Tienen de su lado a una parte importante de los grandes medios de comunicación. Tienen como su escudo político más importante a las fuerzas armadas y policiales, y como su aliado a la oligarquía peruana. Todo esto les da una disponibilidad de recursos humanos y materiales, incluidas las armas, que explica por qué no ha podido vacarse hasta ahora una presidenta y a una mayoría congresal tan repudiadas a y canallescas.

Sin embargo, todo no está decidido. Las fuerzas ahora en el poder tienen un problema muy serio a resolver, el de la permanencia de Dina Boluarte hasta Julio de 2026. No les conviene ni sacarla ni mantenerla. Si la mantienen, cargarán hasta en los tramos más importantes de las campañas con el costo de haber sostenido a la gobernante más odiada de la historia de los Estados modernos que se recuerde. Eso puede pasar una factura electoral muy alta. Por eso ya hay figuras del cerronismo y el fujimorismo que han comenzado a hablar de su vacancia. Si la sacan, corren el riesgo de que, en venganza, ella y su consejero principal, Santivañez, hablen todo lo que saben de los jefes de los partidos y candidatos aspirantes a gobernar. También tendría un costo electoral. Ese es el tema que está corroyendo a esa coalición depredadora.

Por otro lado, hay tanto agravio y crimen cometido contra el pueblo, tanta desatención a sus necesidades y demandas, especialmente de justicia y seguridad, y tanta bronca acumulada contra la presidenta y el congreso oficialista, que apenas se atreven a caminar cerca a la gente son rechazados con furia acumulada y justa. Hay tanto de esto, que, pese a tanto poder concentrado en las fuerzas explotadoras y opresoras, se puede afirmar que el sentimiento y la razón liberadora popular puede llegar a ocupar nuevamente la esfera política y darle vuelta aquellas fuerzas retardatarias. Solo falta que las fuerzas políticas que esperan enarbolar sus expectativas y sus luchas sepan qué mostrar y qué y cómo hacer para construir la confianza popular.

Los escenarios posibles son, pues, sumamente imprevisibles. La única certidumbre válida es que el principal objetivo al que las fuerzas democráticas genuinas pueden apostar sus energías, su imaginación y su inteligencia, es a ayudar a reconstruir la capacidad de agencia de los movimientos sociales y populares de todos y los territorios del Perú. Para todo lo que está en juego, y pase lo que pase, este es el más importante recurso que necesitan los peruanos para recuperar su libertad, autonomía, acceso y ejercicio de sus derechos y el respeto a su dignidad. Para esto no cabe duda que las condiciones ya están dadas. ★



ASÍ NACIÓ EL MONSTRUO

EL ROL DE LOS SECTORES LIBERALES Y PROGRESISTAS EN EL SURGIMIENTO DE LA ULTRADERECHA Y FENÓMENOS FASCISTAS

🧠 Liberalismo Progresista: El "Capitalismo con Rostro Humano"

- ◆ Reformas culturales sin tocar la desigualdad económica.
- ◆ Avances simbólicos conviven con brechas de clase.
- ◆ Ejemplo: Clinton y Blair en los 90: derechos civiles + desregulación.

— Izquierda Económica ausente, Ultraderecha presente

- ◆ Abandono de la lucha de clases deja espacio al populismo reaccionario.
- ◆ Promesa falsa: proteger al trabajador... contra inmigrantes.
- ◆ Ejemplo: Macron vs Le Pen en Francia.

✂️ Grieta Cultural: El Combustible de la Ultraderecha

- ◆ Progresismo identitario alimenta la polarización.
- ◆ La derecha lo transforma en narrativa de "pueblo vs élite woke".
- ◆ Caso: Trump y el rechazo a la "corrección política" + recortes neoliberales.

🏳️🌈 Cooptación Neoliberal: El "Capitalismo Arcoíris"

- ◆ Diversidad como marketing: Pride corporativo + financiamiento a ultraconservadores.
- ◆ Percepción popular: luchas progresistas ≈ discurso de élites.
- ◆ Ejemplo: El PT en Brasil y el ascenso de Bolsonaro.

nuestro sur

Los sectores liberales/progresistas no son directamente responsables del fascismo, pero su incapacidad (o negación) para desafiar el modelo económico crea las condiciones para que la ultraderecha capitalice el malestar:

1. Fracturan al electorado: Dividen a las mayorías en guerras culturales, mientras las élites económicas mantienen el poder.
2. Generan resentimiento: Sus políticas son percibidas como "para minorías privilegiadas" (ej.: universitarios urbanos), alienando a las clases bajas.
3. Desarman la resistencia: Al priorizar lo identitario sobre lo económico, dejan sin herramientas a quienes sufren precariedad laboral o exclusión.

Recomendación estratégica: Para contrarrestar el auge fascista, los progresismos deben rearticular luchas sociales y económicas, evitando ser funcionales a un sistema que, en última instancia, beneficia a la derecha radical.

CINE BAJO AMENAZA Y ASEIDIO CULTURAL

Industrias culturales y ultraderecha en el Perú



ZORAIDA RENGIFO

Hoy el mundo libra una batalla que ha adquirido mayor relevancia: la batalla cultural. No es novedad que la propaganda mediática sirva a los intereses económicos oligárquicos; sin embargo, espacios alternativos de las artes y culturas también vienen siendo vulnerados por una campaña política de índole conservadora.

En los últimos años, se ha venido instalando una arremetida conservadora de derecha contra las expresiones democráticas obtenidas en diversas luchas. Estas nuevas corrientes fascistas arremeten contra las artes y las culturas, buscando evitar su difusión y, sobre todo, desvirtuando su contenido con el fin de anular toda reflexión sobre la realidad y también sobre la historia. Esta batalla mundial contra todas las artes, por supuesto, no escapa al cine.

Con la elección de Macri en 2017 en Argentina, se produjo un recorte presupuestal en el financiamiento estatal hacia el cine, además de despidos arbitrarios de aproximadamente 30 empleados que trabajaban sin contrato en el INCAA (Instituto Nacional de Cine y Artes Audiovisuales) (Radio Futura FM 90.5, 2017). Todo esto tuvo el claro propósito de limitar la producción independiente, que es la que más precisa de recursos del Estado por las temáticas que aborda y, por lo tanto, se tradujo en las primeras expresiones de censura en este lado del mundo.

Por otro lado, en Brasil, al ser reelegido el ultraderechista Bolsonaro -él mismo que defendió la tortura y fue denominado como una amenaza a la democracia-, cumplió con sus promesas de retirar el apoyo económico a la cultura, suprimiendo el Ministerio de Cultura y convirtiéndolo en una secretaría del Ministerio de Turismo, además de recortar patrocinios de empresas públicas (Infobae, 2020; Gatopardo, s.f.). Se suspendieron subsidios a la producción audiovisual con temática LGBT y se retiraron películas de festivales por criticar al gobierno, como el caso de "Transversales" que Bolsonaro buscó abortar (Clarín, 2019). Esto fue una clara muestra de la censura que Bolsonaro llamó "preservar los valores cristianos".

El "dictador más cool", como se autodenomina Bukele en El Salvador, despidió, por su parte, a 300 trabajadores del Ministerio de Cultura, bajo el argumento de que promovían "agendas" que, según él, no eran compatibles con la visión de su gobierno (Voz de América, 2024; Infobae, 2024).

Estas "agendas" incluían la perspectiva de género, diversidades e inclusión de las minorías, en contra de lo que él denomina la defensa de "la familia, la vida y las buenas costumbres".

El país que más éxito, reconocimiento y producción cinematográfica ha tenido en nuestra zona es, sin duda, Argentina. Sin embargo, el gobierno de Milei decidió el cierre temporal del INCAA a través de la Resolución 62/2024, suspendiendo a todos los empleados y cerrando las salas dependientes del organismo, lo que implicó un fuerte desfinanciamiento y una paralización del sector (elDiarioAR.com, 2024; Rolling Stone en Español, 2024).



Todo este panorama, hoy reforzado con las decisiones de Donald Trump en los Estados Unidos de Norteamérica, alimenta la amenaza de censura que se viene instalando. Si bien Trump celebró en 2025 el Mes de la Historia Negra, su administración ha deshecho políticas de diversidad.

Además, en febrero de 2025, destituyó a varios miembros de la junta directiva del John F. Kennedy Center for the Performing Arts y anunció su intención de asumir la presidencia de esa institución. Estas decisiones tomadas por la derecha son un punto de partida importante para lo que se viene replicando en el mundo.

Algo similar sucedió en nuestro medio con la presentación del libro de Rafael Dumett, ganador del Premio Nacional de Literatura 2024 en la categoría de novela por *El camarada Jorge y el Dragón* (Alfaguara, 2023). Dumett denunció que el Ministerio de Cultura prolongó injustificadamente la ceremonia de premiación debido a sus críticas al gobierno de Dina Boluarte, calificándolo como parte de una "guerra cultural"

y una estrategia represiva. Un caso similar ocurrió con Juan Acevedo y el Premio Casa de la Literatura Peruana (CASLIT), cuya entrega fue suspendida en octubre de 2024, aparentemente por censura tras críticas de Acevedo a Dina Boluarte, generando rechazo de periodistas y artistas.

Otro incidente para recordar fue con el burgomaestre de Lima, Rafael López Aliaga, al pedir el retiro de la imagen de Santa Rosa de la gráfica del Outfest Perú Festival Internacional de Cine LGTB de Lima. Los organizadores se resistieron al pedido, argumentando que no significaba una burla, sino un ícono y referencia de la ciudad.

La censura no ha escapado a la producción cinematográfica en Perú. El Congreso de la República aprobó una nueva Ley de Cine en abril pasado. Lo hizo sin necesidad del ejecutivo y fue la suma de una serie de propuestas, como las de Patricia Juárez y Alejandro Caveró, pero que inició con la de la congresista Adriana Tudela. Una ley concebida de espaldas a la opinión de la comunidad cinematográfica y al colectivo formado desde 2023, "En Defensa del Cine Peruano".

La "Ley Anticiné", como se le conoce, no nace para facilitar el trabajo de realizadores y de la comunidad cinematográfica en general. Es una ley que nace con el sentido de instalar mecanismos de censura o el control del contenido que el cine independiente ha venido realizando sobre las diversas miradas de nuestra realidad.

¿Pero cómo empezó todo? Esta historia podría empezar con la exhibición de "Hugo Blanco, río profundo". Este documental de 2019, sobre la vida del defensor campesino,

despertó la incomodidad de un sector de la derecha conservadora en el país, quienes ven con malos ojos reconstruir nuestra historia a partir de las gestas libertarias. Desde ese momento, la congresista Tudela propuso una nueva Ley de Cine en donde se tuviera mayor control de los estímulos económicos que se obtienen a través del Ministerio de Cultura y, además, que regulara el contenido de las películas.

En un segundo momento, quizás fue el estreno en 2023 de la cinta "La Piel Más Temida" de Joel Calero, película que volvió a encender los ánimos de quienes ni siquiera la habían visto, pero que fue criticada por un periodista que consideró que "se humanizaba a los terroristas", como lo mencionó. Es importante resaltar que el cine peruano viene atravesando por un buen momento, aunque aún no se ha constituido como industria.



Son 93 las producciones realizadas en 2024, un récord importante a destacar, cuya incidencia ha recaído en el cine documental, superando cifras que ascienden desde 2021, cuando se reabrieron las salas luego de la pandemia.

El proyecto Tudela, como se le conoció en su momento, presentado en 2023, apostaba por una mirada comercial, incluso de incentivo turístico a nuestro país. Proponía la creación de una Comisión Fílmica para atraer rodajes internacionales, colocando a Promperú en vez de a la DAFO (Dirección del Audiovisual, la Fonografía y los Nuevos Medios) —instancia encargada del Ministerio de Cultura en el manejo principal— y modificando la política de estímulos económicos, sobre todo en claro perjuicio del cine regional, que además planteaba haber sido favorecido por la antigua ley.

La anterior Ley de Cine (DU 022-2019) fue el resultado de diversas luchas y la acumulación de las opiniones de los gremios conformados por la comunidad cinematográfica,

como hace referencia el Colectivo En Defensa del Cine Peruano. Fue creada apostando por la diversidad y promoviendo el cine en lenguas originarias. La actual, en cambio, propone que "el monto asignado para el otorgamiento de estímulos no podrá superar el 50% del coste de la producción cinematográfica o audiovisual", lo que deja de lado a la mayoría de producciones nacionales que se financian solo de los estímulos.

En los artículos 13 y 14 de la nueva ley, se precisa que no se pueden otorgar beneficios económicos a proyectos que atenten contra el Estado de derecho, ni que contradigan la defensa nacional o el orden interno del país, o vulneren los principios reconocidos en la Constitución y el ordenamiento jurídico peruano. ¿Cómo se interpreta eso? ¿Qué entidad será la encargada de determinar qué

obras vulneran estos principios? ¿El cine que expone nuestra memoria histórica podría ser una amenaza constitucional?

Esta nueva Ley de Cine es una amenaza a la libertad creativa, a la producción de regiones y, por tanto, a nuestra diversidad cultural y a nuestras lenguas originarias. Pero, sobre todo, es una amenaza para continuar con el relato de nuestra historia. Historias desde la memoria y abordando el conflicto armado sucedido en el país, desde las distintas miradas y ángulos que merecen ser contados.

El escenario que tenemos no es exclusivo; se viene replicando en distintos países, siempre bajo la misma lógica, que es silenciar, censurar, conservar el sistema dominante a través de las culturas hegemónicas.

La derecha conservadora pretende borrar las expresiones artísticas y culturales que no sirvan a sus intereses. El cine ha trascendido todo tipo de coyunturas, todo tipo de mordazas y se ha preservado por más de un siglo en todo el mundo. Aquí no se debate el cine de entretenimiento, el que no precisa de ningún apoyo estatal; se debate aquel que busca representar a cada uno, desde la comunidad más alejada de Puno hasta los ríos que se desprenden de la Amazonía, a todas y todos, y que intenta democratizar la cámara en una sociedad a la que aún le cuesta reconocer su historia y reconocernos entre nosotros mismos. ★





LA ESCENA MUNDIAL

**FREE
PALESTINE**



UCRANIA ¿ANTESALA DE ALGO PEOR?

Tras el colapso de la URSS en 1991, Ucrania emergió como un Estado independiente pero profundamente dividido entre una población prooccidental (centro-oeste) y otra prorrusa (este y sur). Durante décadas, Occidente promovió una agenda de acercamiento a la OTAN y la UE, mientras Rusia buscó mantener a Ucrania dentro de su esfera de influencia mediante lazos económicos, energéticos y culturales. El punto de inflexión fue el Euromaidán (2013-2014), un movimiento respaldado por Estados Unidos y la UE que derrocó al gobierno prorruso de Viktor Yanukóvich. Este golpe blando, con elementos de injerencia extranjera y violencia callejera, llevó al poder a un régimen pro occidental que impulsó políticas antirrusas, como la prohibición del idioma ruso y el acercamiento a la OTAN. La respuesta de Rusia fue la anexión de Crimea (históricamente rusa) y el apoyo a las repúblicas separatistas de Donetsk y Lugansk, marcando el inicio del conflicto armado en el Donbass.



Zelenski y el Fracaso de los Acuerdos de Paz

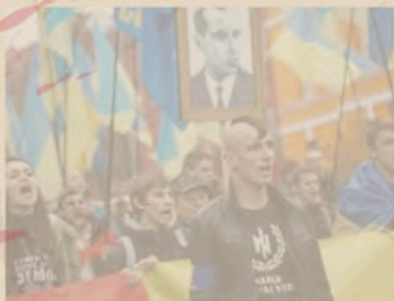
Volodímir Zelenski, electo en 2019 con promesas de paz, terminó alineándose con los sectores más nacionalistas y radicales de Ucrania, incumpliendo los Acuerdos de Minsk (que buscaban autonomía para el Donbass dentro de Ucrania). En cambio, su gobierno intensificó la represión contra la población rusófona y aceleró las gestiones para ingresar a la OTAN, lo que Rusia consideró una línea roja para su seguridad nacional. Históricamente, Ucrania y Rusia comparten un origen común en la Rus de Kiev (siglo IX), considerada la cuna de la civilización eslava oriental. Sin embargo, las élites ucranianas modernas, bajo influencia occidental, han buscado reescribir esta historia para justificar su enfrentamiento con Moscú. La negativa de Kiev a aceptar un estatus neutral y su creciente militarización llevaron a la operación militar especial rusa en 2022, un punto de no retorno en esta guerra proxy.



NEONAZIS POR BANDERA

La persistencia de elementos neonazis en Ucrania es un fenómeno bien documentado, usado por el bando ruso para justificar moral y políticamente su intervención.

Grupos como el Batallón Azov (integrado formalmente a la Guardia Nacional ucraniana) y partidos de ultraderecha como Svoboda han mantenido influencia en las estructuras políticas y militares del país, promoviendo un nacionalismo extremo, el culto a colaboradores nazis como Stepan Bandera y la marginación de las minorías rusófonas. Aunque Kiev y sus aliados occidentales minimizan este problema, la glorificación de figuras históricas vinculadas al Tercer Reich y la presencia de milicias ultranacionalistas en el frente de batalla demuestran que el problema del neonazismo en Ucrania no es un invento ruso, sino una realidad incómoda que Occidente ha optado por ignorar por conveniencia geopolítica.



GUERRA PROXY

Origen y Objetivos Estratégicos

La OTAN/EEUU impulsa una guerra proxy en Ucrania para debilitar a Rusia sin confrontación directa, expandiendo su influencia en Europa del Este.

- Objetivos clave:
- Contener el poder ruso en la región.
- Militarizar la frontera rusa (ej.: bases, misiles).
- Desgastar a Rusia económica y militarmente.

Dinámica del Conflicto

Ucrania funciona como "campo de batalla" e "instrumento" de Occidente:

- Financiamiento masivo y armamento de la OTAN a Kiev.
- Asesores occidentales operando en territorio ucraniano.
- Rusia responde con medidas asimétricas: sanciones económicas, alianzas globales (China, Irán) y movilización de recursos.

Impacto Global

División del mundo en bloques: Occidente vs. Rusia/aliados (China, Bielorrusia, etc.).

- Crisis energética y alimentaria (aumento de precios, escasez).
- Reordenamiento geopolítico: fortalecimiento de alianzas no-occidentales (BRICS, Organización de Shanghái).

Conclusión y Perspectivas

La guerra no tiene vencedores claros: Ucrania queda devastada, Rusia resiste, pero con costos, y la OTAN enfrenta fatiga de sus socios.

Escenarios futuros:

- Negociación (cese al fuego temporal).
- Escale prolongada (mayor involucramiento de terceros países).
- Cambio de régimen en Kiev (variable crítica).

La guerra en Ucrania es un juego de ajedrez geopolítico donde Rusia defiende su esfera de influencia y la OTAN/EEUU buscan redefinir el orden euroasiático. El costo humano y económico exige una solución diplomática, pero los intereses en conflicto lo dificultan.

EL NUEVO DESORDEN ECONÓMICO INTERNACIONAL



JOSÉ DE ECHAVE

¿Cómo ser liberal a ultranza, al mismo tiempo admirador de Trump y no morir en el intento? Varios liberales y, al mismo tiempo, admiradores confesos de Trump (que no son pocos), deben estar pasando una situación tremendamente incómoda cumplidos los primeros 100 días de su gobierno. Durante décadas defendiendo las recetas del Consenso de Washington, el libre mercado y es precisamente desde Washington que les comienzan a desmontar toda la arquitectura y la utopía liberal, incluido instrumentos portaestandartes como los tratados de libre comercio (TLC).

Durante todos estos años no se cansaron de afirmar que no había otra forma; el liberalismo económico era el camino al éxito de las naciones y había que implementar la receta completa y al pie de la letra. No importaba que la realidad y la historia mostraran que las naciones supuestamente más exitosas no habían aplicado la fórmula con el rigor que exigían.

En Argentina, un personaje como Milei construyó su capital político desatando una crítica mordaz contra las políticas de sus adversarios políticos, que, por supuesto, incluían mecanismos proteccionistas. No hace mucho, a finales del año pasado, en la Cumbre del Mercosur, el presidente argentino cuestionó el proteccionismo promovido por ese bloque regional en los últimos 20 años y el sistema de arancel externo común y reiteró que la única defensa de las naciones es la promoción del libre comercio: “El arancel externo común no sólo encareció la importación de bienes productivos, volviendo a nuestras industrias locales más caras y en consecuencia menos competitiva, sino que nos cerró innumerables vías comerciales”, sentenció.

Sin embargo, en la actualidad Milei ha tenido que convertirse en una suerte de traductor de Trump: en una reciente entrevista ha señalado que en realidad “Trump no es proteccionista. Utiliza la política comercial como instrumento de geopolítica”. ¿Así de simple?

El presidente argentino no se anima a decirle a Trump lo que sí les dice a sus colegas del Mercosur. Lo cierto es que, desde la campaña electoral, Trump ya se había convertido en el hombre de los aranceles; en más de una actividad electoral y en entrevistas, el ahora presidente norteamericano había dicho que la palabra más bonita del diccionario era arancel: “Es mi palabra favorita, más hermosa que cualquier otra palabra que se me ocurra”. Y anunció que iba a imponer un arancel general del 10% al 20% a todas las importaciones y uno del 60% al alza a China. Ya sabemos que los anuncios de campaña han sido superados por la realidad y por un gobernante que, con sus idas y vueltas, parece fuera de control.

Nuestros liberales a la peruana, salvo honrosas excepciones, siempre se han movido en un mar de contradicciones y ahora no es la excepción. El ahora embajador del Perú en Washington y negociador del TLC que el Perú firmó con Estados Unidos, Alfredo Ferrero, tiene que hacer piruetas para adecuarse al nuevo contexto y las políticas del país que lo acoge: hace unas semanas declaró que, gracias al TLC, el Perú ha estado protegido y nos han colocado 10% de aranceles “en la base más baja”. Como bien remarca Pedro Francke, es fácil comprobar la falsedad de esta afirmación ya que la misma tasa del 10% la han recibido varios países que no tienen TLC con los Estados Unidos.

La compleja realidad de siempre

Una revisión de la historia económica muestra, como dice el economista ecuatoriano Alberto Acosta que, en realidad, el libre comercio nunca ha existido plenamente: “Ni siquiera Gran Bretaña, el primer imperio capitalista industrializado con vocación de dominio global, practicó la tan pregonada libertad comercial”. “Las otras potencias europeas tampoco

constituyeron una excepción". Ni que se diga de los Estados Unidos o los países asiáticos en sus diferentes etapas de expansión.

Lo que sí ha ocurrido es que una vez que las grandes potencias alcanzaban sus objetivos comenzaban a pregonar el libre comercio, el desmantelamiento de todas las barreras y la apertura controlada de sus economías. Quizás uno de los períodos más ilustrativo fue la etapa posterior a la segunda guerra mundial, cuando Estados Unidos, convertido en la super potencia, con una industria manufacturera boyante, con capacidad tecnología y científica, presionó, a través del Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y de Comercio (GATT por sus siglas en inglés), para construir un sistema multilateral de comercio en función de sus intereses, que se fue haciendo en teoría cada vez más liberal.

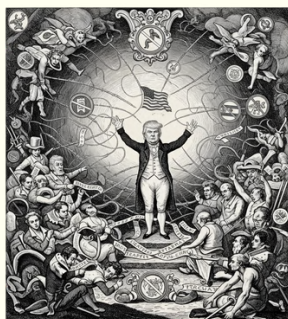
Posteriormente, esta tarea fue asumida por la Organización Mundial de Comercio (OMC), luego de la caída del Muro de Berlín y la disolución de la Unión Soviética, con un proyecto que, en el papel, partía de la idea de que todos los mecanismos de protección comercial representaban un obstáculo para el crecimiento de la economía mundial. Por supuesto, desde la OMC no se hizo nada sustantivo para enfrentar las resistencias de las grandes potencias económicas para eliminar protecciones arancelarias y subsidios a sectores claves de sus economías, mientras que se comenzaron a imponer tratados bilaterales de libre comercio a los países en desarrollo.

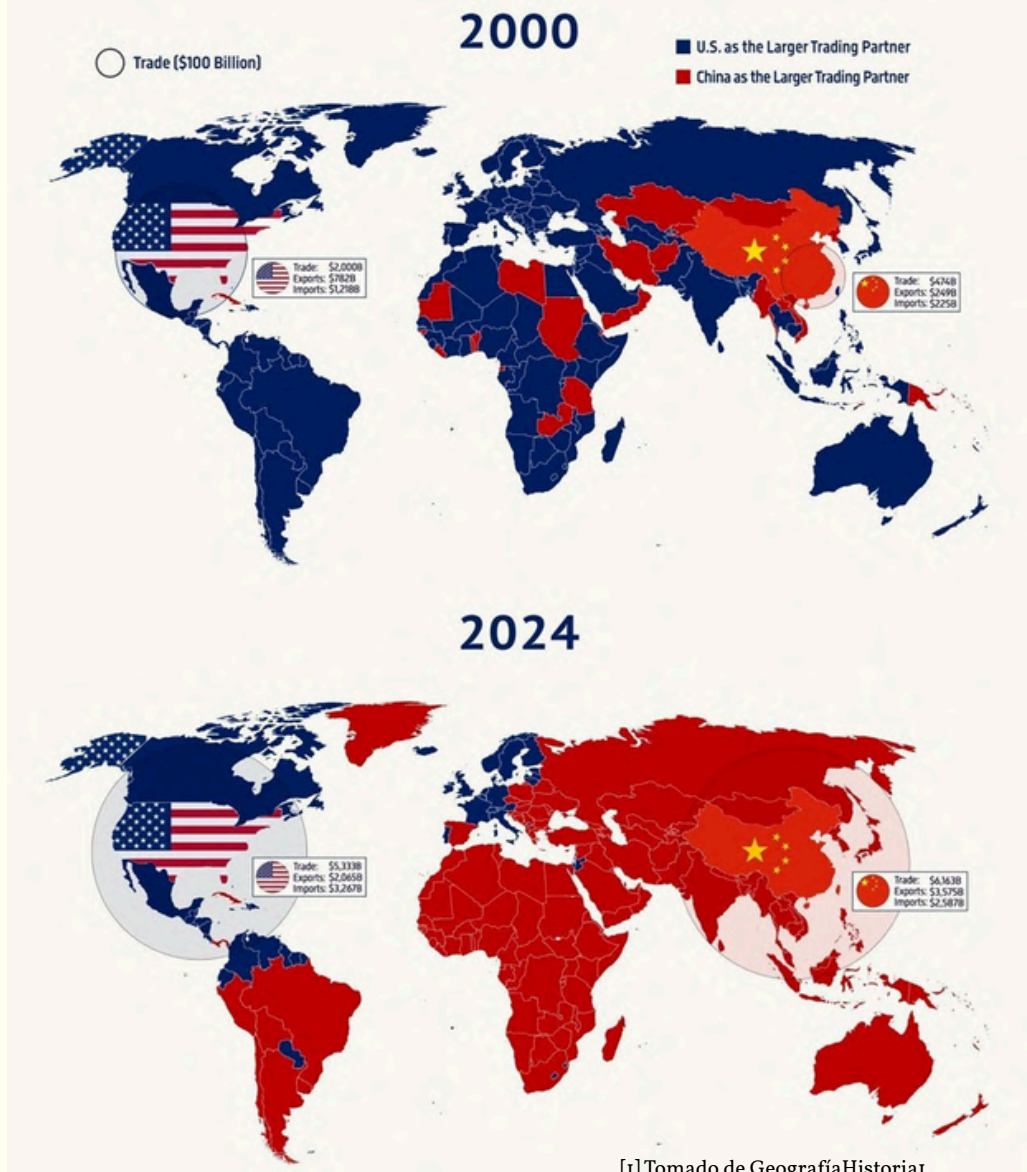
Ahora estamos en otro momento en el que, si queremos ver las cosas desde una óptica positiva, las caretas se han caído. Sin embargo, como la historia también lo demuestra, el desmontaje de la arquitectura construida será desigual, abrupta y completamente unilateral. Hasta en estos casos, de aparente desconocimiento de reglas y acuerdos, las asimetrías se mantienen.

¿Cómo puede afectar todo esto a una pequeña y vulnerable economía como la peruana? Este es un tema que se viene analizando. Una primera aproximación es tratar de separar los impactos de corto plazo de los de mediano y largo plazo. Todo parece indicar que en el muy corto plazo los impactos no serán tan severos: por el lado de las exportaciones peruanas se sabe que, por ejemplo, el principal mineral de exportación, el cobre, no será impactado por la política arancelaria del gobierno de los Estados Unidos, aunque no hay que olvidar que apenas el 2.4% del cobre que el Perú exporta va a los Estados Unidos (el principal destino es China, con una participación del 72.5%). Por diferentes motivos (estacionalidad, segmentos de mercados, un arancel moderado, entre otros), tampoco se proyecta un fuerte impacto en nuestras exportaciones agrarias.

Sin embargo, lo que sí puede generar un impacto de magnitud es que las políticas de Trump provoquen, más temprano que tarde, una fuerte recesión económica, presiones inflacionarias y otros desarreglos en la economía global. Lo cierto es que, como lo recuerda Luciana Ghiotto, investigadora del Transnational Institute, “el esquema de aranceles descomunales aplicados desde el 2 de abril parece marcar que el estado de cosas no volverá a ser como antes”.

Además, parece inverosímil que a estas alturas se pretenda “aislar” comercialmente a China. En los últimos 25 años las cosas han cambiado drásticamente: hoy en día 120 países en todo el mundo tienen como principal socio comercial a China y, apenas unos 60 países mantienen relaciones comerciales predominantes con los Estados Unidos. El mapa que presentamos a continuación es bastante ilustrativo[1].





Los admiradores de Trump tienen que asumir que el tablero de juego de la economía global a volado en pedazos y lo que tenemos por delante es una disputa que tomará un tiempo en producir un reacomodo estabilizador en función de los intereses de los que mueven las fichas de la economía internacional. Mientras eso ocurre, sin giros significativos, nuestras pequeñas economías vivirán de sobresalto en sobresalto, tratando de hacer control de daños. ★

LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL COMO CAMPO DE BATALLA GEOPOLÍTICO:

Del mito de la innovación liberal al ascenso chino



JORGE MILLONES

El discurso dominante sobre el desarrollo tecnológico ha perpetuado durante décadas una narrativa engañosa: que la superioridad estadounidense en inteligencia artificial es producto de un ecosistema de libre mercado y emprendimiento meritocrático. Nada más lejos de la realidad. Detrás de la fachada de "innovación abierta" se esconde un sistema de monopolios apoyados por el Estado, subsidios masivos encubiertos y prácticas predatorias que han distorsionado el mercado global. Según datos del Foro Económico Mundial (2024), mientras la IA generará \$15.7 billones para 2030, el 78% de estos beneficios están siendo capturados por apenas cinco corporaciones estadounidenses (Google, Microsoft, Apple, Amazon y NVIDIA), cuyos márgenes de utilidad superan el 1,000% en productos clave como chips para IA (Financial Times, 2023).

Por ahora, China ha emergido como el único contrapeso real a este sistema distorsionado. A través de una combinación de planificación estratégica estatal, inversión pública coordinada y desarrollo tecnológico soberano, Pekín no solo está rompiendo los monopolios occidentales, sino exponiendo las contradicciones fundamentales del capitalismo tecnológico estadounidense. Dejamos aquí estos datos para ejemplificar nuestro punto:



1. El complejo militar-industrial estadounidense controla de facto la innovación en IA a través de contratos clasificados (\$53 mil millones anuales en contratos del Pentágono con Big Tech según NSCAI, 2023)
2. Las "sanciones de seguridad" contra China son en realidad mecanismos de protección comercial (el veto a Huawei coincidió con su superación en patentes 5G)
3. La autosuficiencia china está reconfigurando las cadenas globales de valor (SMIC produciendo chips 7nm pese a las restricciones)

Tres Lentes para Deconstruir la Hegemonía Tecnológica Occidental

1. Realismo Ofensivo (Mearsheimer, 2001): La IA como Arma Geopolítica. John Mearsheimer describe un mundo donde los Estados no se conforman con sobrevivir, sino que persiguen la supremacía. En este tablero, la IA representa el oro nuclear del siglo XXI: una tecnología de doble uso —civil y militar— que puede alterar el equilibrio estratégico global. El bloqueo estadounidense a la venta de chips NVIDIA A100/H100 a China (Bureau of Industry and Security, 2023) no fue una medida de "seguridad nacional", sino un intento desesperado por frenar el Ascend 910B de Huawei, que ya igualaba en rendimiento a los productos occidentales a un 60% del costo (Bloomberg, 2024). Esta política refleja lo que Mearsheimer denominó "el juego sucio de las grandes potencias": cuando pierden ventaja competitiva, recurren a la coerción.

2. Interdependencia Compleja (Keohane & Nye, 1977): La Paradoja de la Dependencia Tecnológica. Bajo la óptica de Keohane y Nye la IA es un nodo de interdependencia global: une lo que al mismo tiempo separa. Estados Unidos y China compiten con ferocidad, pero están entrelazados en cadenas de suministro hipertecnológicas. El 90% de los chips avanzados estadounidenses se

fabrican en Taiwán (TSMC) y Corea (Samsung) (McKinsey, 2024). Esta vulnerabilidad explica por qué Washington ha destinado \$52 mil millones en subsidios directos a Intel a través del CHIPS Act (2022), mientras acusa a China de "intervencionismo estatal".

3. Tecnonacionalismo (Allan, 2020): En la tercera lectura, la IA se convierte en símbolo de soberanía tecnológica. El tecnonacionalismo de Allan, propone que la tecnología ya no es neutral ni global, sino un recurso estratégico de Estado. El discurso de libre mercado oculta un doble rasero occidental, mientras critican el modelo chino, Estados Unidos y la UE han implementado:

- Subsidios agrícolas (Farm Bill de \$428 mil millones en 2023)
- Rescates bancarios (\$700 mil millones en 2008).
- Contratos estatales a Big Tech (\$53 mil millones anuales en defensa)

Asumiendo estos enfoques, China simplemente hace transparente lo que Occidente oculta: que la soberanía tecnológica requiere planificación estratégica. Lo señalado se complementa con una lectura empírica de casos significativos —desde las sanciones a Huawei hasta la diplomacia digital en el Sudeste Asiático— que muestran cómo la geopolítica hoy no se juega solo en el terreno militar o diplomático tradicional, sino en las arquitecturas técnicas que conectan y separan al mundo.

Estados Unidos: Monopolio Global Tecnológico

La épica narrativa de Silicon Valley —esa donde un puñado de nerds iluminados, alimentados a pizza fría y Red Bull, cambian el mundo desde un garaje— es poco más que un mito de autoayuda. Los datos se empeñan en desmontar esta fábula digna de The Big Bang Theory. El 82% de la inversión en inteligencia artificial no proviene de startups disruptivas ni de visionarios solitarios, sino de cinco megacorporaciones: Google, Meta, Microsoft, Amazon y Apple.

Curiosamente, todas ellas tienen más contratos con el Pentágono que cualquier contratista de defensa (NSCAI, 2023). Pero no, nos dicen que esto es “libre mercado” en estado puro. Nada que ver, es un verdadero festín corporativo servido con dinero público.

Ahí está el caso de NVIDIA, que de “emprendedor disruptivo” tiene lo que Monsanto tiene de ecológico. Solo en beneficios fiscales, se embolsó 6.900 millones de dólares (Tax Policy Center, 2024). Porque, claro, nada expresa mejor la “meritocracia” que pagar menos impuestos que un profesor rural en América Latina. Mientras tanto, se sigue repitiendo la fábula del emprendedor latinoamericano que lo logra todo con esfuerzo y perseverancia, olvidando convenientemente que el verdadero trampolín al éxito no es el talento, sino el lobby bien colocado en Washington.

Y si hablamos de talento, el mito del genio local también se desmorona. El 70% de los investigadores en inteligencia artificial de EE.UU. son inmigrantes, en su mayoría chinos e indios (National Science Foundation, 2024). Así que el sueño americano se sostiene sobre cerebros importados, mientras se cierran fronteras y se acusa a China de robo intelectual. Silicon Valley, lejos de ser un oasis de innovación democrática, es un club cerrado de tecnomonopolios que practican el libre mercado cuando ganan, y el socialismo corporativo cuando pierden. Pero eso sí, continúan vendiendo la romántica idea del “lo logré solo”, aunque en la foto grupal estén el Pentágono, los subsidios y medio continente asiático.

El Doble Rasero de la Competencia Tecnológica

La retórica de “libre mercado” en el sector tecnológico occidental contrasta con una realidad de prácticas anticompetitivas bien documentadas: Google recibió una multa récord de \$8 mil millones de la UE en 2023 por manipular sistemáticamente los resultados de búsqueda. Microsoft desembolsó \$69 mil millones para adquirir Activision-Blizzard, movida que la FTC calificó como intento de dominar el emergente mercado del metaverso. Apple sigue limitando las reparaciones independientes de sus dispositivos, según denunció el movimiento Right to Repair en 2024.

Más preocupante resulta la simbiosis entre Big Tech y el complejo militar-industrial: El Project Maven de Google provee algoritmos de reconocimiento para drones letales. Palantir ha exportado sus sistemas de vigilancia a 53 gobiernos autoritarios. Amazon Rekognition demostró sesgos raciales al ser empleado por ICE para identificar migrantes.

Mientras tanto en China:

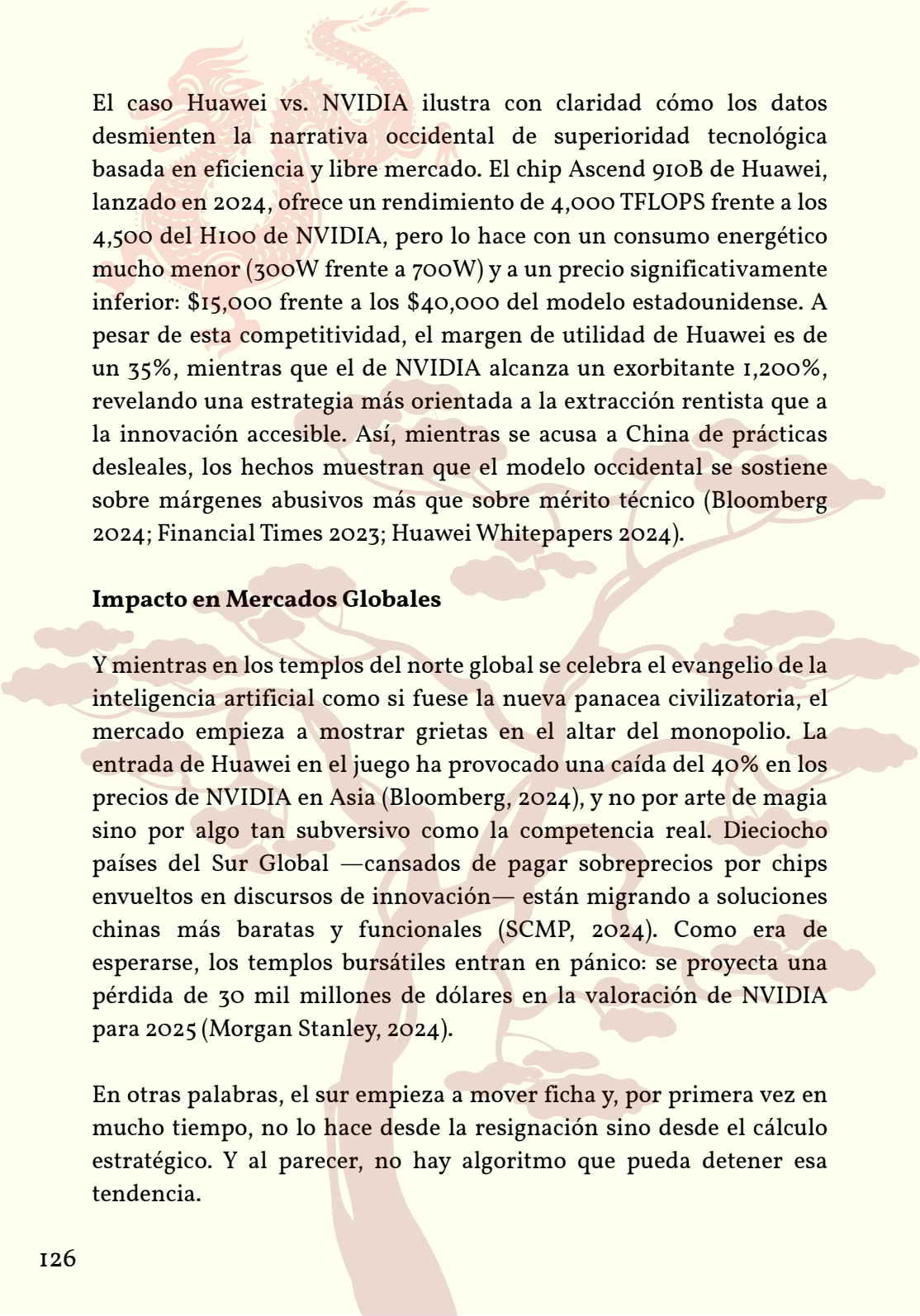
Frente a este panorama, China ha logrado avances significativos en autonomía tecnológica. En semiconductores: SMIC alcanzó la producción masiva de chips de 7nm en 2023, sorteando las restricciones a equipos ASML. Huawei sorprendió al mercado con el Kirin 9000S, fabricado completamente en China. YMTC ya captura el 8% del mercado global de memorias NAND.

En desarrollo de software: HarmonyOS superó los 600 millones de usuarios activos. El modelo Ernie de Baidu iguala en capacidades a GPT-4 para el idioma chino. El algoritmo de TikTok sigue dominando con 3.5 mil millones de descargas.

En diplomacia tecnológica: La Ruta de la Seda Digital lleva infraestructura 5G a 138 países. Los sistemas de ciudades inteligentes de Hikvision operan en más de 100 naciones. Brasil, Arabia Saudita y Rusia adoptan el yuan en transacciones tecnológicas.

Este progreso sistémico demuestra que la competencia real en tecnología requiere algo más que discursos sobre libre mercado: exige planificación estratégica, inversión sostenida y cooperación internacional genuina.





El caso Huawei vs. NVIDIA ilustra con claridad cómo los datos desmienten la narrativa occidental de superioridad tecnológica basada en eficiencia y libre mercado. El chip Ascend 910B de Huawei, lanzado en 2024, ofrece un rendimiento de 4,000 TFLOPS frente a los 4,500 del H100 de NVIDIA, pero lo hace con un consumo energético mucho menor (300W frente a 700W) y a un precio significativamente inferior: \$15,000 frente a los \$40,000 del modelo estadounidense. A pesar de esta competitividad, el margen de utilidad de Huawei es de un 35%, mientras que el de NVIDIA alcanza un exorbitante 1,200%, revelando una estrategia más orientada a la extracción rentista que a la innovación accesible. Así, mientras se acusa a China de prácticas desleales, los hechos muestran que el modelo occidental se sostiene sobre márgenes abusivos más que sobre mérito técnico (Bloomberg 2024; Financial Times 2023; Huawei Whitepapers 2024).

Impacto en Mercados Globales

Y mientras en los templos del norte global se celebra el evangelio de la inteligencia artificial como si fuese la nueva panacea civilizatoria, el mercado empieza a mostrar grietas en el altar del monopolio. La entrada de Huawei en el juego ha provocado una caída del 40% en los precios de NVIDIA en Asia (Bloomberg, 2024), y no por arte de magia sino por algo tan subversivo como la competencia real. Dieciocho países del Sur Global —cansados de pagar sobrepagos por chips envueltos en discursos de innovación— están migrando a soluciones chinas más baratas y funcionales (SCMP, 2024). Como era de esperarse, los templos bursátiles entran en pánico: se proyecta una pérdida de 30 mil millones de dólares en la valoración de NVIDIA para 2025 (Morgan Stanley, 2024).

En otras palabras, el sur empieza a mover ficha y, por primera vez en mucho tiempo, no lo hace desde la resignación sino desde el cálculo estratégico. Y al parecer, no hay algoritmo que pueda detener esa tendencia.

Implicaciones Globales: Un Nuevo Orden Tecnológico

Parece que el relato del “liderazgo occidental” en tecnología empieza a oxidarse. Las cifras no mienten, aunque a muchos les incomoden: Microsoft perdió el 60% del mercado educativo chino frente a WPS Office, una alternativa local que no necesita ni marketing de Silicon Valley para imponerse (2024). Google Maps fue expulsado de China y reemplazado por AMAP, que ya suma 1.200 millones de usuarios (2024). El monopolio digital made in USA, ese que durante décadas se vendió como sinónimo de progreso, empieza a ceder terreno.

Pero no se trata solo de plataformas o software. Lo que se desplaza es el centro de gravedad tecnológico global. La desdolarización ya no es una amenaza teórica: los contratos en yuanes en el comercio tecnológico pasaron del 12% al 34% (PBOC, 2024), y potencias no alineadas como Rusia, Irán y Venezuela ya adoptaron HarmonyOS como su sistema operativo de referencia (Reuters, 2024).

Mientras tanto, las grandes industrias occidentales simulan una “relocalización” que no convence ni al algoritmo de TikTok. Foxconn sigue invirtiendo 5 mil millones de dólares en fábricas chinas (2024), y Tesla —el ícono de la supuesta autonomía energética— depende en un 80% de las baterías de la empresa china CATL (Bloomberg, 2024).

Así se dibuja el nuevo orden tecnológico: multipolar, descentralizado y cada vez más incómodo para quienes estaban acostumbrados a dictar las reglas desde un solo hemisferio. El futuro, al parecer, ya no se programa solo en inglés.

El Ocaso de la Hegemonía Tecnológica Estadounidense

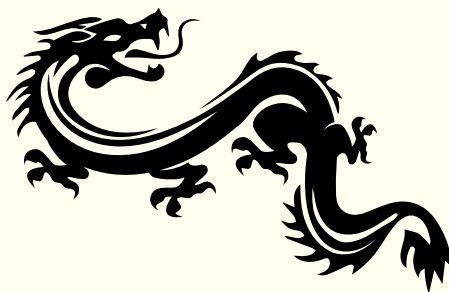
Los datos son tan claros que hasta el más dogmático defensor del “sueño americano” debería empezar a sospechar que está soñando con una tecnología de ayer. El modelo chino, basado en planificación estatal, soberanía tecnológica y una cadena de suministro integrada de verdad

—no solo en los PowerPoints del BID— está dejando atrás al esquema occidental de monopolios financieros y subsidios millonarios a empresas zombis. Mientras Washington despilfarra \$52 mil millones para mantener a Intel respirando vía la CHIPS Act, Pekín ha montado silenciosamente un ecosistema completo: desde el control del 80% del mercado global de tierras raras, hasta chips de última generación con SMIC y sistemas operativos propios como HarmonyOS.

La próxima década no vendrá con la estética de Silicon Valley ni con discursos sobre “libre mercado”, sino con realismo estratégico al estilo de Deng Xiaoping: gato blanco o negro, da igual, siempre que atrape los datos.

Y los datos, otra vez, no mienten: El margen de ganancia colonial se desmorona: NVIDIA ya recortó sus precios un 40% en Asia. El éxodo digital ha comenzado: 600 millones de usuarios en HarmonyOS son solo el prólogo. El dólar ya no es rey absoluto: el petroyuán y el techyuán amenazan con reescribir las reglas del juego financiero global.

Como lo advirtió Wang Hui en 2023: "El siglo XXI no será norteamericano, sino post-occidental". Y la inteligencia artificial, con toda su potencia simbólica y material, es apenas el primer escenario donde esa transición empieza a tomar cuerpo.



REFERENCIAS

- Allan, B. B. (2020). *Techno-Nationalism and the Future of Global Power*. Harvard University Press. <https://doi.org/10.4159/9780674249115>
- Amnesty International. (2023). Meta's exploitation of African data. <https://www.amnesty.org/en/documents/afroi/6423/2023/>
- Bloomberg. (2024, April 12). NVIDIA's price war in China after Huawei's chip breakthrough. <https://www.bloomberg.com/news/articles/2024-04-12/nvidia-faces-china-price-war>
- Bureau of Industry and Security. (2023). Export controls on advanced computing. U.S. Department of Commerce. <https://www.bis.doc.gov/regulations-docs>
- Financial Times. (2023, November 8). NVIDIA's 1,000% profit margins exposed. <https://www.ft.com/content/a1b2c3d>
- Huawei. (2024). HarmonyOS surpasses 600 million users. <http://www.huawei.com/en/news/2024/harmonyos-milestone>
- The Intercept. (2024, February 15). Palantir's global surveillance deals. <https://theintercept.com/2024/02/15/palantir-dictatorships-surveillance>
- Ministry of Commerce of China. (2024). Restrictions on rare earth exports. <http://english.mofcom.gov.cn/article/policyreleas>
- National Security Commission on AI. (2023). Final report. U.S. Government. <https://www.nscai.gov/reports>
- Reuters. (2024, March 15). SMIC's 7nm chips: A challenge to TSMC. <https://www.reuters.com/technology/smic-7nm-chips>
- South China Morning Post. (2024, May 3). China's rare earth strategy shakes global markets. <https://www.scmp.com/economy/china-economy>
- State Council of China. (2022). New Generation AI Development Plan. http://www.gov.cn/zhengce/content/2022-08/15/content_5705385.htm
- Wall Street Journal. (2024, January 10). U.S. pressures ASML to block China sales. <https://www.wsj.com/articles/asml-china-ban>
- Xinhua. (2023, November 20). Digital Silk Road: China's tech diplomacy. http://www.xinhuanet.com/english/2023-11/20/c_1310712345.htm

IDEOLOGÍA VS. ALGORITMO: IMPACTO DIGITAL EN LA COMUNICACIÓN POLÍTICA

**Posverdad y propaganda en la era
de la inteligencia artificial**



INGRID RAMÍREZ ARIZA

“No vivimos una era de cambios, sino un cambio de era” — decía Gramsci desde su celda en Turi. Si pudiera ver TikTok, lloraría de emoción (o de espanto). Porque sí, Antonio: la hegemonía ha mutado, se ha vuelto líquida, viral, y ahora baila con filtros de perrito mientras el fascismo retuitea memes.

Gramsci escribió esto desde una celda fascista, sin saber que casi un siglo después sus palabras cobrarían vigencia entre pantallas LED, trending topics y deepfakes. Los monstruos de hoy no llevan uniforme militar, sino cuentas verificadas, micrófonos de podcast y algoritmos entrenados para premiar la furia. El campo de batalla ya no es el Estado-Nación; es el campo digital, y sus balas son datos.

La irrupción de las plataformas digitales no solo ha transformado la forma en que se comunica la política: ha reconfigurado la base misma de la democracia, la producción de sentido, y la manera en que se construye lo real. Como en la física cuántica, que presentó un universo nuevo ante nuestros ojos (a través de microscopios, claro está), rompiendo todas nuestras leyes conocidas así mismo la lógica digital ha roto los paradigmas de la comunicación tal como los conocíamos. Y como en la física cuántica, pocos la entienden, pero todos la sufren.

I. Medios tradicionales vs. medios digitales: una ruptura epistemológica

Durante el siglo XX, los medios tradicionales —prensa escrita, radio, televisión— fueron los canales hegemónicos de validación de la realidad. No eran neutros, claro está. Como advirtió Herman y Chomsky en *Manufacturing Consent*, operaban dentro de marcos ideológicos funcionales al poder, pero aún había una estructura, una jerarquía de la información, y un mínimo código ético profesional.

Esa estructura se ha fracturado. No por evolución, sino por disrupción. El salto de lo analógico a lo digital no fue una transición: fue una explosión. Como en el universo cuántico, donde las partículas se comportan de manera impredecible, el ecosistema digital introdujo una lógica caótica donde cualquiera puede emitir, virilizar y desinformar, sin mediaciones, sin editores, sin filtros.

Los medios digitales, lejos de democratizar la palabra en sí mismos, han sido absorbidos por la lógica de mercado. Como señala Shoshana Zuboff en *La era del capitalismo de vigilancia*, las plataformas no son medios de comunicación: son máquinas extractivas de atención y comportamiento, donde el contenido es apenas el cebo para capturar datos. En este contexto, el periodismo ha dejado de ser una labor social para convertirse en un producto emocional optimizado por algoritmos.

II. El periodismo crítico no ha muerto: lo están asesinando

Conviene hacer una distinción fundamental. Cuando hablamos del colapso de los medios tradicionales, no nos referimos al periodismo como práctica crítica, valiente y verificada. Esa labor sigue existiendo, aunque cada vez más arrinconada, mal pagada y criminalizada. El colapso alude al aparato mediático tradicional, que ha perdido no solo su centralidad, sino también su credibilidad.

En países como Perú, la brecha entre los medios limeños corporativos y el periodismo regional es cada vez más evidente. Mientras los primeros actúan como correa de transmisión del poder económico y político, los segundos, muchas veces desde condiciones precarias, son quienes sostienen lo que queda de la función social del periodismo. Lo digo con ironía, pero también con convicción: “Los periodistas de regiones somos quienes movemos el país”.

La informalidad y precarización se han disparado. No es casual, sino estructural. En el modelo económico actual —neoliberalismo tardío o tecnofeudalismo, como lo bauticé en La distopía del tecnofeudalismo—, todo se convierte en mercancía: incluso la verdad. El periodismo que no vende, no sobrevive. El que cuestiona, es silenciado. Y el que incomoda, es eliminado.

III. El algoritmo como productor de hegemonía

Gramsci entendería perfectamente lo que está ocurriendo. El algoritmo es hoy el nuevo aparato ideológico de masas. Ya no se trata solo de educar, entretener o informar: se trata de moldear la percepción colectiva según criterios de rentabilidad. Y eso implica que lo escandaloso, lo emocional y lo polarizante tienen prioridad sobre lo complejo, lo contextual y lo verificable.

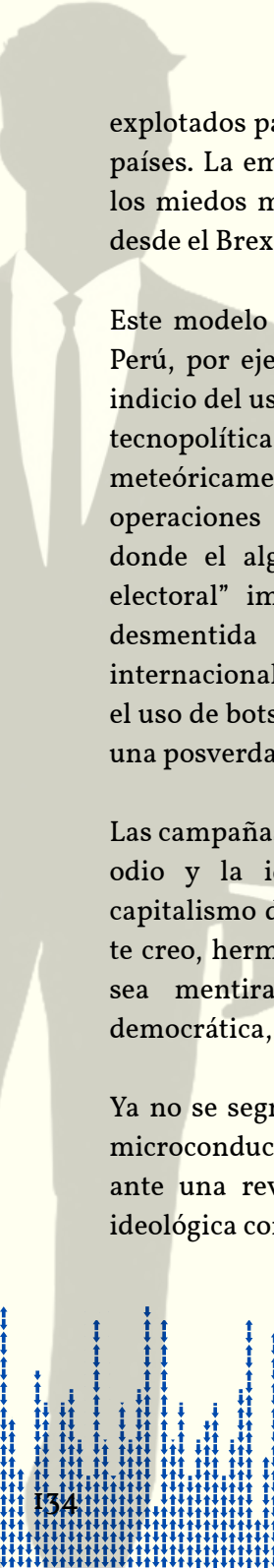
Byung-Chul Han lo resume con precisión quirúrgica: “En la era digital, la verdad se subordina a la viralidad”. Los medios ya no forman consenso: fabrican afectos. Y esos afectos, como advierte Slavoj Žižek, son la materia prima de la ideología contemporánea, que opera no ocultando la verdad, sino saturándola con versiones contradictorias hasta vaciarla de sentido.

¿El resultado? Una ciudadanía hiperinformada y desinformada a la vez. Capaz de repetir slogans sin saber de dónde vienen. Convencida de que toda opinión vale lo mismo, incluso si está basada en mentiras. Este es el caldo de cultivo ideal para el ascenso de proyectos autoritarios y ultraconservadores, que no apelan a la razón, sino a las tripas.

Los discursos virales de corte ultraconservador no aparecen por arte de magia: son producto de una nostalgia manufacturada, una puesta en escena emocional que idealiza un pasado jerárquico, desigual y autoritario. En TikTok y YouTube abundan los clips de “tradwives” — esposas tradicionales que promueven la sumisión femenina como estilo de vida estético—, influencers que romantizan el old money como si el clasismo fuera un perfume francés, o canales que promueven el terraplanismo y el negacionismo científico como rebeldía antisistema. Esta oleada de contenido no solo es viral: es funcional. Como advierte Zizek, el neofascismo contemporáneo no se impone con botas, sino con likes. En un mundo inestable y desencantado, la promesa de orden, pureza y “valores tradicionales” ofrece una ilusión de control que muchos abrazan, incluso a costa de sus propios derechos. Las plataformas no sólo permiten que estas narrativas se difundan: las promueven, porque generan engagement, polarización y, sobre todo, ganancias.

IV. De la campaña electoral a la ingeniería emocional

El uso de inteligencia artificial, big data y microsegmentación ha transformado la campaña electoral en una operación quirúrgica de manipulación emocional. Ya no se busca persuadir al votante promedio, sino predecir y condicionar su comportamiento con precisión algorítmica. El caso paradigmático es el de Cambridge Analytica, revelado por el documental de Netflix The Great Hack (2019), donde se expone cómo millones de perfiles de Facebook fueron



explotados para manipular elecciones en EE.UU., Reino Unido y otros países. La empresa británica no vendía ideas políticas, sino acceso a los miedos más íntimos de cada usuario. Y lo que vendía, funcionó: desde el Brexit hasta Trump.

Este modelo de cibercampañas llegó también a América Latina. En Perú, por ejemplo, el caso de Julio Guzmán en 2016 fue un primer indicio del uso intensivo de redes para la construcción de una imagen tecnopolítica —"el candidato outsider moderno"—, que ascendió meteóricamente y se desplomó igual de rápido, víctima de operaciones digitales que potenciaron su caída. Pero fue en 2021 donde el algoritmo mostró sus dientes: la narrativa del "fraude electoral" impulsada por el fujimorismo, a pesar de haber sido desmentida por todas las instancias oficiales y organismos internacionales, se sostuvo gracias a una campaña digital masiva, con el uso de bots, influencers de derecha y cuentas anónimas, generando una posverdad nacional con efectos políticos aún latentes.

Las campañas ya no apelan al razonamiento: operan sobre el temor, el odio y la identidad tribal. Como explica Naomi Klein, en el capitalismo de marca, las emociones son capital. Y en política, el "yo te creo, hermana" ha sido reemplazado por el "yo comparto, aunque sea mentira". En lugar de plataformas para la deliberación democrática, tenemos granjas de clicks que alimentan la polarización.

Ya no se segmenta por clase, territorio o ideología: se segmenta por microconductas digitales. Como explica Evgeny Morozov, no estamos ante una revolución tecnológica, sino ante una contrarrevolución ideológica conducida por Silicon Valley.

En Brasil, la maquinaria digital bolsonarista utilizó redes como WhatsApp y Telegram para inocular odio, miedo y desinformación a niveles industriales. En Argentina, Javier Milei se convirtió en presidente no solo gracias a su histrionismo libertario, sino a una arquitectura de medios, bots y virales cuidadosamente diseñada. En Perú, las narrativas conspiranoicas del “fraude electoral” se esparcieron como pandemia desde cuentas anónimas y redes sin control.

El fujimorismo construyó una maquinaria digital durante la segunda vuelta del 2021 para sembrar la idea del fraude. Un estudio de El País (2021) mostró que esta estrategia articulaba fake news, TikToks, hilos virales y bots en un plan orquestado que precedió a las acciones legales de la candidata Keiko Fujimori. Es decir, el terreno digital ya había ganado parte del consenso antes de la derrota formal.

La política del espectáculo —que Guy Debord (1967) anticipó con lucidez— se reinventa en la política de los influencers. Por citar un ejemplo, esta campaña de desinformación encontró eco en figuras como Pancho de Piérola, Vanya Thais y otros influencers de derecha, quienes no solo amplificaron el discurso del fraude, sino que lo entrelazaron con argumentos ultraconservadores sobre la invasión española, el “comunismo internacional” y un supuesto destino providencial del Perú. Así, el algoritmo no solo facilitó la propagación de mentiras, sino que reforzó relatos colonialistas y antidemocráticos con fuerte carga ideológica y emocional.

La izquierda no está exenta. Muchos sectores progresistas subestimaron el poder del relato en redes, quedando atrapados en una lógica reactiva. La desconfianza hacia los medios tradicionales no se tradujo en una estrategia sólida en el entorno digital. ¿Qué narrativa popular se está construyendo hoy? ¿Qué vínculos reales genera un retuit? ¿Qué organización se articula desde un like?



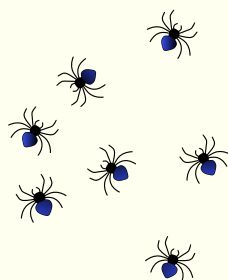
En América Latina, los gobiernos populares del ciclo progresista lograron interpelar a las masas desde canales propios, pero hoy enfrentan un nuevo enemigo: la infoxicación. La cantidad desmedida de datos, combinada con la fragmentación de audiencias, dificulta la construcción de sentido. Incluso el uso de la inteligencia artificial en campañas —como lo demuestra el reciente caso de Javier Milei en Argentina— ha transformado el debate en espectáculo, memes y réplicas virales, despolitizando el contenido.

Las campañas ya no buscan convencer: buscan desbordar emocionalmente. Como bien plantea Naomi Klein en su crítica a las marcas, el nuevo marketing político no vende ideas, vende identidades. Te interpela no como ciudadano, sino como tribu. Y si la tribu odia, tú odias.

V. Posverdad: el síntoma estructural del sistema

La posverdad no es un accidente ni una moda pasajera: es un síntoma estructural de un modelo económico desigual que ha convertido la información en una mercancía más. En sistemas donde la concentración de riqueza se traduce también en concentración mediática, la “verdad” se vuelve negociable, editable, vendible. Y en este mercado de relatos, los que tienen capital tienen megáfono. Como ha advertido Chomsky, la fabricación del consentimiento ha mutado: ya no se trata solo de ocultar, sino de saturar con versiones múltiples hasta que ninguna se sostenga.

Este ecosistema ha sido fértil para que discursos manipulados sirvan a los intereses más oscuros: desde lobbies empresariales hasta grupos fuera de la ley que, mediante narrativas de victimización o anti-establishment, logran infiltrar la conversación pública.



En el Perú, por ejemplo, ciertas organizaciones delictivas y sectores vinculados al narcotráfico o la minería ilegal han usado las redes y el discurso de la “libertad” para oponerse a la fiscalización ambiental o justificar actos de violencia, apelando a la desconfianza en el Estado y al hartazgo ciudadano. La posverdad, así, no solo distorsiona la realidad: la privatiza.

La responsabilidad no es de las tecnologías en sí mismas, sino del sistema que las pone al servicio del lucro y no del bien común. ¿Es culpable el hacha por cortarle el cuello a un hombre? No. Pero si el hacha tiene inteligencia artificial, WiFi, y es propiedad de un conglomerado financiero... tal vez debamos replantear la pregunta.

VI. ¿Qué hacer? (Hasta Lenin se lo preguntaría)

¿Qué hacer cuando todo arde? No tenemos todas las respuestas, pero hay algunas certezas:

La alfabetización mediática y digital ya no es un lujo, sino una necesidad democrática. Como planteaba Paulo Freire, sin conciencia crítica no hay ciudadanía plena. Hay consumidores, no sujetos políticos.

El periodismo no puede seguir siendo esclavo de los clics. Necesitamos modelos alternativos: cooperativas, fondos públicos, suscripciones comunitarias, redes regionales. No es utopía, es supervivencia.

La regulación de las plataformas no es censura, es justicia. El poder que tienen sobre el debate público requiere contrapesos institucionales. No podemos dejar que el algoritmo defina lo que es verdad.

Frente a este panorama, urge recuperar una comunicación política que no solo informe, sino que organice. Que no solo denuncie, sino que proponga. Que no solo emocione, sino que politice. Necesitamos

una narrativa que vuelva a poner en el centro al sujeto colectivo. Como escribió Paulo Freire (1970), “la palabra verdadera es la que transforma el mundo”. Y esa palabra se construye en diálogo, no en monólogos de pantalla.

Por eso, es urgente crear estrategias de comunicación que combinen el poder de lo digital con el arraigo territorial. Que articulen redes, pero también calles. Que disputen el algoritmo, pero no olviden la ideología. Que abracen lo nuevo, sin perder la raíz.

Contra el algoritmo, el héroe colectivo

En esta era donde los algoritmos nos conocen mejor que nuestras madres y las verdades se licúan más rápido que un meme, resistir no es solo un acto político, sino un gesto de cordura. No basta con denunciar la tecnodistopía o lamentar la precarización del periodismo: necesitamos volver a creer en el poder de lo colectivo, de lo común, de lo humano. Por eso es tan significativo que, en pleno 2025, Netflix haya estrenado *El Eternauta*, adaptación de la obra de Héctor Germán Oesterheld, censurada por la dictadura argentina y escrita con la sangre de quien creyó hasta el final en la revolución. A diferencia del superhéroe individualista que resuelve todo con fuerza o carisma, *El Eternauta* propone otra cosa: el verdadero héroe es el héroe colectivo, el que se organiza, el que lucha en grupo, el que entiende que sobrevivir no es aislarse, sino hacer causa común.

Que esta historia se proyecte globalmente desde una Argentina gobernada por un discurso libertario involucionado, autoritario y profundamente antisocial, es casi un acto de rebeldía cultural. Porque mientras Milei cita a Hayek y dinamita el Estado, Oesterheld nos recuerda —a través de la ciencia ficción y la resistencia barrial— que ninguna inteligencia artificial podrá suplantar el calor de una marcha, de un sueño de muchos, ni el algoritmo podrá entender lo que significa

pelear, codo a codo, por la dignidad. “Poner la sangre en las ideas” como diría Mariategui, le es imposible, materialmente.

Epílogo: Luchar también es comunicar

Estamos frente a un cambio civilizatorio. Como toda transición, está plagada de peligros... pero también de oportunidades. El periodismo crítico tiene la tarea urgente de resistir, reinventarse y reapropiarse del relato. La comunicación política no puede ser solo reactiva: debe proponer, educar, emocionar y confrontar.

Hay que comunicar la esperanza con la misma potencia con que el algoritmo comunica el miedo. Hay que producir contenido con rigor, pero también con sentido estético, narrativo y estratégico. Porque si no lo hacemos nosotros, lo harán ellos. Y ya sabemos lo que eso significa.

Gramsci estaría extasiado. No porque la hegemonía se haya vuelto digital, sino porque la batalla sigue siendo cultural. Y en esta nueva guerra de memes, hashtags y filtros, la ideología no ha muerto: solo ha cambiado de rostro. ★

BIBLIOGRAFÍA

- Chomsky, N. & Herman, E. (1988). *Manufacturing Consent: The Political Economy of the Mass Media*. Pantheon Books.
- Zuboff, S. (2019). *The Age of Surveillance Capitalism*. PublicAffairs.
- Han, B.-C. (2017). *La expulsión de lo distinto*. Herder Editorial.
- Žižek, S. (2009). *First as Tragedy, Then as Farce*. Verso Books.
- Morozov, E. (2011). *The Net Delusion: The Dark Side of Internet Freedom*. PublicAffairs.
- Klein, N. (2010). *No Logo*. Knopf Canada.
- Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI Editores.
- Gramsci, A. (1971). *Selections from the Prison Notebooks*. International Publishers.

- Oesterheld, H.G. & Solano López, F. (1957–1959). El Eternauta. Editorial Frontera.

REFERENCIAS HEMEROGRÁFICAS / AUDIOVISUALES

- Jehane Noujaim & Karim Amer (Directores). (2019). The Great Hack [Documental]. Netflix.
- El País. (2021). Así fue la campaña digital del fujimorismo para sembrar la idea del fraude electoral en Perú.
- Ojo Público. (2021). Análisis forense digital confirma uso de bots y páginas falsas en la campaña presidencial peruana.
- La Mula. (2023). La comunicación política en tiempos de Milei: entre la provocación y el algoritmo.
- Netflix (2025). El Eternauta [Serie].

TRUMP Y LAS CONTRADICCIONES DE LA DEMOCRACIA COLONIAL

TONY LUCERO



“Obama era lo que aspirábamos a ser, Trump es quien somos.”

— D.L. Hughley

Esta frase tragicómica del comediante afroamericano D.L. Hughley, pronunciada unos días después de las elecciones de 2016, pone sobre la mesa la profunda contradicción que muchos estadounidenses experimentamos tras el triunfo de Donald Trump. Para muchos ciudadanos, la elección de Barack Obama en 2008 fue vista como un avance hacia una sociedad más justa, más inclusiva y alineada con los ideales democráticos que EE. UU. proclama como propios: igualdad, diversidad y progreso. En cambio, la elección de Trump en 2016, y nuevamente en 2024, con su retórica nacionalista, misógina y abiertamente racista, pareció dar marcha atrás.

Esta contradicción no es nueva. La historia estadounidense siempre ha oscilado entre los ideales democráticos y las realidades de múltiples exclusiones. Es la nación de la Declaración de Independencia y del genocidio de los pueblos indígenas, del New Deal y de la segregación, del sueño americano y de la desigualdad estructural. Tal vez, entonces, Obama y Trump no sean opuestos absolutos, sino expresiones de esa dualidad constitutiva del país: aspiración y negación, igualdad para algunos, exclusión para otros.

Este ensayo pretende iluminar las condiciones que han facilitado el ascenso del trumpismo y describir la situación actual en los EE. UU., que sin duda avanza hacia el autoritarismo. En los días en que escribo este texto, el gobierno de Trump ha activado a elementos de la Guardia Nacional y ha enviado marinos a California en un esfuerzo por reprimir las protestas en Los Ángeles contra las redadas migratorias que aterrorizan a las comunidades latinas. Si bien las deportaciones masivas de migrantes no son nuevas (Obama es el presidente que ha deportado a más personas en la historia del país), Trump ha innovado, de forma diabólica, al enviar migrantes a terceros países, como en el caso de venezolanos destinados a El Salvador y cubanos enviados a Sudán del Sur. Además, ha resucitado deseos imperiales, amenazando el anexo de territorios en Canadá, Panamá y Groenlandia.

Sin embargo, en las acciones recientes de Trump se pueden escuchar los ecos de momentos anteriores de la historia

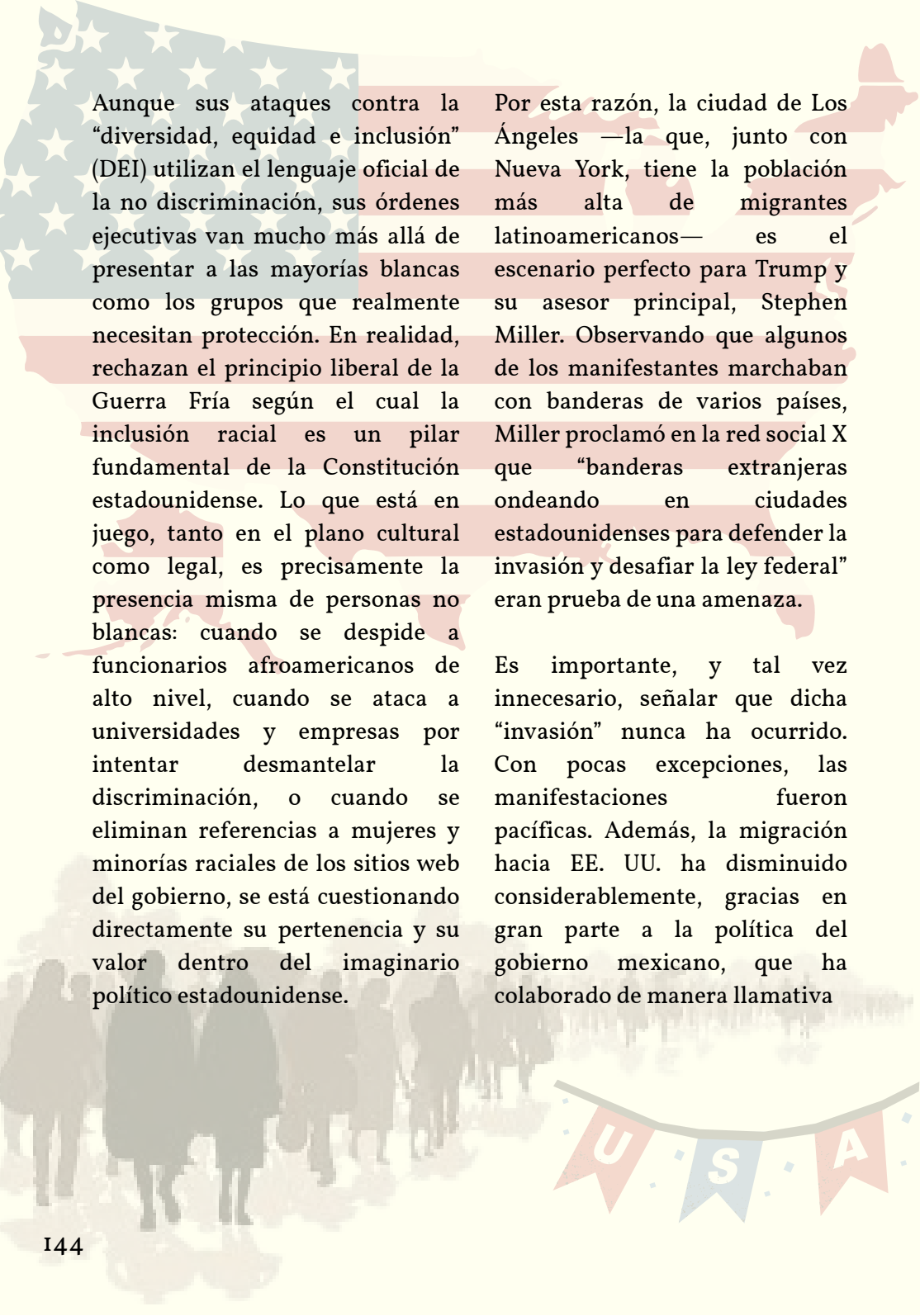
estadounidense, en los cuales la “democracia” se construyó a costa de comunidades indígenas y racializadas, al servicio de una lógica de “seguridad” que justificó una violencia abierta tanto contra otros países como contra ciudadanos disidentes.

Reconocer esta dualidad puede ser el primer paso para enfrentar de manera más honesta los desafíos actuales. El peligro no reside solo en figuras como Trump, sino en los sistemas e imaginarios que las hacen posibles. Entender estas dimensiones estructurales y las tradiciones históricas de la política estadounidense también nos ayuda a ver cómo el neoliberalismo acomoda tanto al progresismo cosmopolita de Obama como al populismo reaccionario de Trump. Las rupturas y continuidades que representa Trump nos permiten situar las experiencias recientes de los Estados Unidos en un marco más amplio y global.

I. Trump: ruptura y continuidad

Como destaca Aziz Rana, catedrático de derecho en Boston College, en sus dos primeros meses de regreso al poder, Trump ha desafiado los elementos fundamentales del pacto constitucional estadounidense del siglo XX. Rana describe este pacto como un acuerdo basado en el liberalismo racial, sostenido tanto por fuerzas domésticas como internacionales. Desde los años sesenta, el liberalismo racial ha sido quizás el componente más importante para legitimar el orden constitucional de EE. UU. Para muchos estadounidenses, el desmantelamiento legal de la segregación representó una prueba concreta del compromiso nacional con la igualdad. Fallos judiciales como *Brown v. Board of Education* en 1954 —que declaró que “separados pero iguales” era una doctrina inherentemente desigual— convencieron tanto a las élites como al público general de que las instituciones estadounidenses, especialmente la Corte Suprema, podían guiar al país hacia un futuro democrático.

Rana también explica cómo, en el extranjero, estos avances fueron utilizados para marcar una diferencia entre la hegemonía estadounidense y los regímenes coloniales europeos, reforzando así la legitimidad del liderazgo de Estados Unidos sobre un mundo mayoritariamente no blanco. En este contexto, el ataque de Trump a USAID (la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional) resulta especialmente revelador. Esta institución, fundada en 1961 como parte del esfuerzo ideológico de la Guerra Fría, conectaba el relato interno de progreso racial con una narrativa global de prosperidad material liderada por Washington. Su desmantelamiento, junto con la amenaza de retirarse de organismos multilaterales creados por el propio EE. UU., constituye una ofensiva directa contra la proyección internacional del proyecto constitucional norteamericano.



Aunque sus ataques contra la “diversidad, equidad e inclusión” (DEI) utilizan el lenguaje oficial de la no discriminación, sus órdenes ejecutivas van mucho más allá de presentar a las mayorías blancas como los grupos que realmente necesitan protección. En realidad, rechazan el principio liberal de la Guerra Fría según el cual la inclusión racial es un pilar fundamental de la Constitución estadounidense. Lo que está en juego, tanto en el plano cultural como legal, es precisamente la presencia misma de personas no blancas: cuando se despide a funcionarios afroamericanos de alto nivel, cuando se ataca a universidades y empresas por intentar dismantlar la discriminación, o cuando se eliminan referencias a mujeres y minorías raciales de los sitios web del gobierno, se está cuestionando directamente su pertenencia y su valor dentro del imaginario político estadounidense.

Por esta razón, la ciudad de Los Ángeles —la que, junto con Nueva York, tiene la población más alta de migrantes latinoamericanos— es el escenario perfecto para Trump y su asesor principal, Stephen Miller. Observando que algunos de los manifestantes marchaban con banderas de varios países, Miller proclamó en la red social X que “banderas extranjeras ondeando en ciudades estadounidenses para defender la invasión y desafiar la ley federal” eran prueba de una amenaza.

Es importante, y tal vez innecesario, señalar que dicha “invasión” nunca ha ocurrido. Con pocas excepciones, las manifestaciones fueron pacíficas. Además, la migración hacia EE. UU. ha disminuido considerablemente, gracias en gran parte a la política del gobierno mexicano, que ha colaborado de manera llamativa

con la administración estadounidense. A pesar de las diferencias ideológicas entre los gobiernos de Andrés Manuel López Obrador y Claudia Sheinbaum con Trump, ambos países han endurecido sus políticas migratorias. Según un informe del Migration Policy Institute, “las autoridades mexicanas han encontrado más migrantes que las autoridades estadounidenses cada mes desde mayo de 2024, lo que marca un cambio histórico para las agencias mexicanas, que operan con una fracción del presupuesto de sus contrapartes estadounidenses.”

Sin embargo, la inexistencia de una invasión no impide que el gobierno de Trump utilice el vocabulario de guerra y emergencia para justificar un sinnúmero de decretos y discursos antimigrantes. De hecho, la ley que Trump ha utilizado para deportar migrantes a El Salvador, Sudán y otros terceros países es una ley del siglo XVIII: el Insurrection Act de 1792 (la Ley de Insurrección de 1792). Actualizada por otros actos legislativos en el siglo XIX, esta ley

autoriza al presidente a desplegar fuerzas militares dentro del país para “reprimir insurrecciones y repeler invasiones.” Es la principal excepción a la Posse Comitatus Act, bajo la cual las fuerzas militares federales tienen prohibido participar en actividades civiles de aplicación de la ley. Aunque Trump no ha citado esta ley explícitamente para las acciones en Los Ángeles, ha recurrido a otros estatutos que otorgan poderes extraordinarios al presidente en momentos de “emergencia”, como desastres naturales. El gobierno federal puede usar las fuerzas armadas en estos casos, pero normalmente lo hace tras una solicitud de los gobiernos estatales o locales. En el caso de Los Ángeles, las autoridades locales han declarado que la presencia de fuerzas federales desplegadas por Trump no solo es innecesaria, sino peligrosa.



Este tipo de conflicto entre poderes locales y federales no se había visto en EE. UU. desde las décadas de 1950 y 1960, cuando los presidentes Eisenhower y Kennedy utilizaron fuerzas militares para promover la integración racial en los colegios del sur. En otras palabras, en el siglo pasado el gobierno federal usó el poder militar en nombre del “liberalismo racial” incluyente. Trump está haciendo lo opuesto.

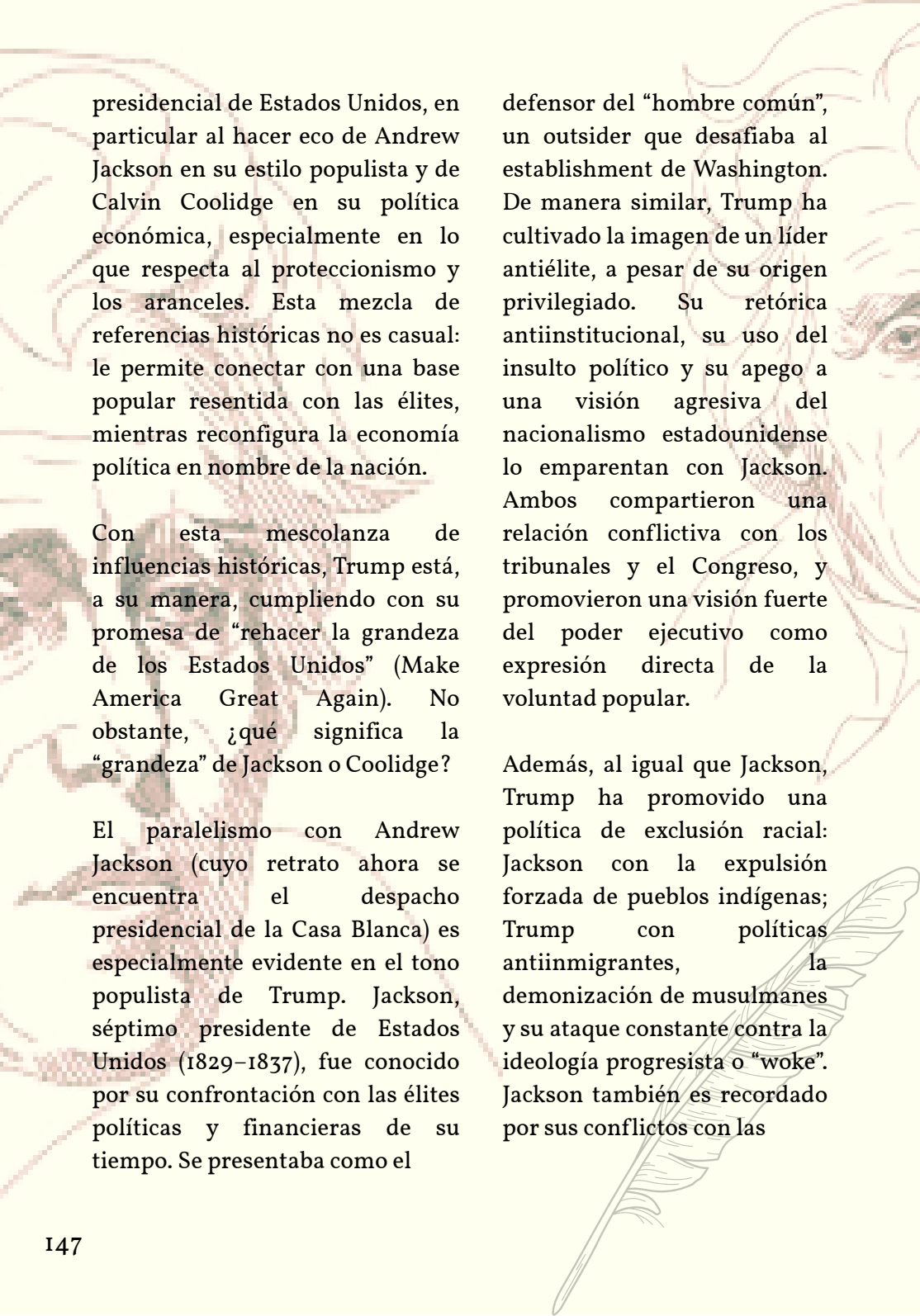
Nuevamente, esta “ruptura” — como el mismo Trump sugiere— puede entenderse también como un retorno a un momento previo de la supuesta “grandeza” de la república. De hecho, la Declaración de Independencia de 1776 demuestra una preocupación explícita con las insurrecciones, especialmente por parte de “los indios bárbaros y feroces cuyo método conocido de hacer la guerra es la destrucción de todas las edades, sexos y condiciones.” Este documento, famoso por su ratificación de los principios republicanos —“Sostenemos que estas verdades son evidentes por sí mismas: que todos los hombres

son creados iguales y dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables”— es, al mismo tiempo, un documento imperialista que otorga a los colonos anglosajones el derecho de eliminar a los “indios bárbaros”, con el argumento implícito de que estos no son sujetos políticos con los mismos derechos que los blancos.

Además, el lenguaje de igualdad fue siempre compatible con la realidad de la esclavitud y el racismo. Desde su inicio, la democracia estadounidense —como todas las repúblicas del continente— ha estado marcada por lo que Aníbal Quijano llamaría la colonialidad del poder.

Los ecos de los siglos pasados

Donald Trump no es un estudiante serio de la historia. Sin embargo, ha construido su presidencia recuperando elementos del pasado



presidencial de Estados Unidos, en particular al hacer eco de Andrew Jackson en su estilo populista y de Calvin Coolidge en su política económica, especialmente en lo que respecta al proteccionismo y los aranceles. Esta mezcla de referencias históricas no es casual: le permite conectar con una base popular resentida con las élites, mientras reconfigura la economía política en nombre de la nación.

Con esta mescolanza de influencias históricas, Trump está, a su manera, cumpliendo con su promesa de “rehacer la grandeza de los Estados Unidos” (Make America Great Again). No obstante, ¿qué significa la “grandeza” de Jackson o Coolidge?

El paralelismo con Andrew Jackson (cuyo retrato ahora se encuentra el despacho presidencial de la Casa Blanca) es especialmente evidente en el tono populista de Trump. Jackson, séptimo presidente de Estados Unidos (1829–1837), fue conocido por su confrontación con las élites políticas y financieras de su tiempo. Se presentaba como el

defensor del “hombre común”, un outsider que desafiaba al establishment de Washington. De manera similar, Trump ha cultivado la imagen de un líder antiélite, a pesar de su origen privilegiado. Su retórica antiinstitucional, su uso del insulto político y su apego a una visión agresiva del nacionalismo estadounidense lo emparentan con Jackson. Ambos compartieron una relación conflictiva con los tribunales y el Congreso, y promovieron una visión fuerte del poder ejecutivo como expresión directa de la voluntad popular.

Además, al igual que Jackson, Trump ha promovido una política de exclusión racial: Jackson con la expulsión forzada de pueblos indígenas; Trump con políticas antiinmigrantes, la demonización de musulmanes y su ataque constante contra la ideología progresista o “woke”. Jackson también es recordado por sus conflictos con las

cortes. Después de un fallo de la Corte Suprema, liderado por John Marshall, que limitaba el poder del estado de Georgia para despojar a la nación cheroqui, Jackson supuestamente replicó: “John Marshall ha tomado su decisión; a ver si puede implementarla.” Esta cita es apócrifa, no está documentada. Sin embargo, lo que sí es cierto es que Jackson ignoró el fallo y, poco tiempo después, forzó a miles de cheroquis a sufrir la violencia del Sendero de las Lágrimas.

Por otro lado, Trump también revive aspectos clave del enfoque económico de Calvin Coolidge, presidente entre 1923 y 1929, particularmente en su uso de aranceles como herramienta para proteger la industria nacional. Coolidge fue un defensor del laissez-faire, pero también aprobó leyes como el Tariff Act of 1922 (conocido como Fordney-McCumber Tariff), que elevó las tarifas aduaneras para proteger productos agrícolas e industriales estadounidenses frente a la competencia extranjera. Trump adopta una lógica similar con su

política arancelaria, aunque con un lenguaje más abiertamente conflictiva. Impuso aranceles a productos de China, Canadá, México, la Unión Europea y otros países, justificándolos como defensa de la soberanía económica y protección de los trabajadores estadounidenses. Como Coolidge, Trump parte del supuesto de que el crecimiento económico nacional depende de limitar las influencias externas y de reforzar el poder del capital doméstico. Trump mezcla esa lógica con ataques teatrales contra corporaciones que no se alinean con su agenda, mostrando así una versión populista del proteccionismo clásico. Sin embargo, su flexibilidad ideológica permite a Trump mezclar estas políticas proteccionistas con los experimentos neoliberales como las criptomonedas, la inteligencia artificial y otros sueños de sus aliados en Silicon Valley.

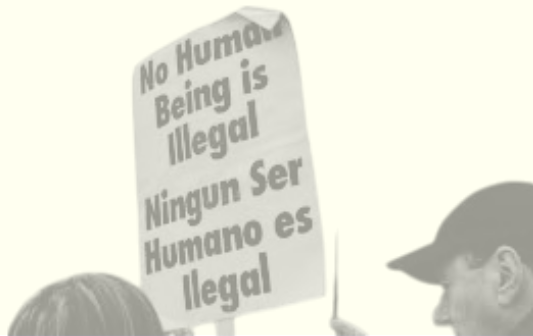


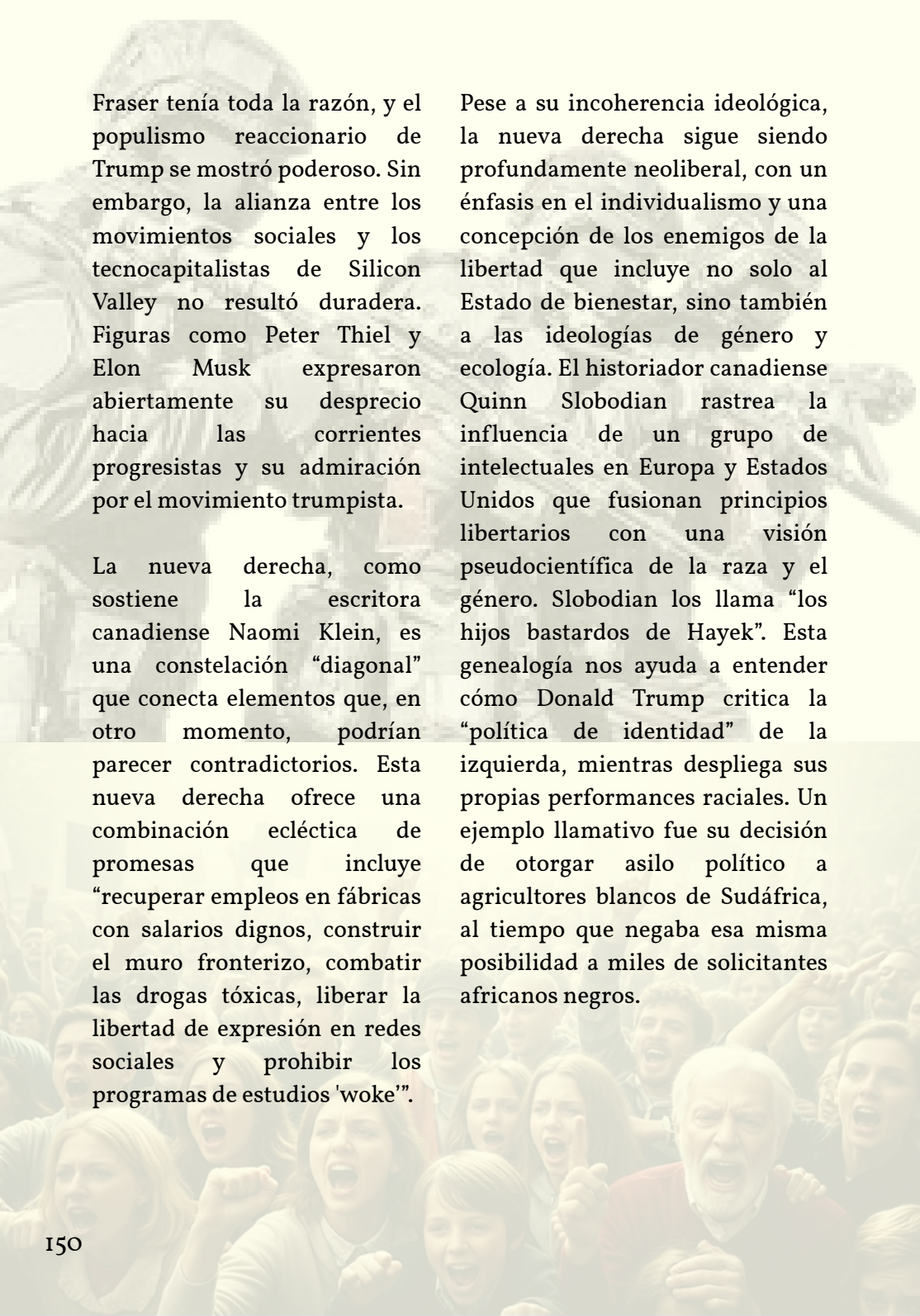
La combinación de estas múltiples herencias revela una tensión interna en el proyecto político de Trump. Por un lado, busca canalizar el descontento popular a través de una retórica antiélite que remite a Jackson; por otro, aplica una política económica nacionalista que recuerda a Coolidge, pero adaptada al contexto de la globalización neoliberal. En ambos casos, Trump se apropia del pasado presidencial para legitimar un modelo autoritario y excluyente, que él presenta como el verdadero retorno “a la grandeza de Estados Unidos.”

El final del neoliberal progresista, otra vez

En 2017, la filósofa estadounidense Nancy Fraser acertó al observar que la primera victoria de Donald Trump marcó el final de un periodo que ella denominó la era del *neoliberalismo progresista*:

La victoria de Trump no es solamente una revuelta contra las finanzas globales. Lo que sus votantes rechazaron no fue el neoliberalismo sin más, sino el neoliberalismo progresista. Esto puede sonar como un oxímoron, pero se trata de una alineación, aunque perversa, muy real: es la clave para entender los resultados electorales en EE. UU., y acaso también para comprender la evolución de los acontecimientos en otras partes. En la forma que ha tomado en EE. UU., el neoliberalismo progresista es una alianza entre las corrientes principales de los nuevos movimientos sociales (feminismo, antirracismo, multiculturalismo y derechos LGBTQ), por un lado, y por el otro, sectores empresariales de gama alta “simbólica” y de servicios (Wall Street, Silicon Valley y Hollywood).





Fraser tenía toda la razón, y el populismo reaccionario de Trump se mostró poderoso. Sin embargo, la alianza entre los movimientos sociales y los tecnocapitalistas de Silicon Valley no resultó duradera. Figuras como Peter Thiel y Elon Musk expresaron abiertamente su desprecio hacia las corrientes progresistas y su admiración por el movimiento trumpista.

La nueva derecha, como sostiene la escritora canadiense Naomi Klein, es una constelación “diagonal” que conecta elementos que, en otro momento, podrían parecer contradictorios. Esta nueva derecha ofrece una combinación ecléctica de promesas que incluye “recuperar empleos en fábricas con salarios dignos, construir el muro fronterizo, combatir las drogas tóxicas, liberar la libertad de expresión en redes sociales y prohibir los programas de estudios ‘woke’”.

Pese a su incoherencia ideológica, la nueva derecha sigue siendo profundamente neoliberal, con un énfasis en el individualismo y una concepción de los enemigos de la libertad que incluye no solo al Estado de bienestar, sino también a las ideologías de género y ecología. El historiador canadiense Quinn Slobodian rastrea la influencia de un grupo de intelectuales en Europa y Estados Unidos que fusionan principios libertarios con una visión pseudocientífica de la raza y el género. Slobodian los llama “los hijos bastardos de Hayek”. Esta genealogía nos ayuda a entender cómo Donald Trump critica la “política de identidad” de la izquierda, mientras despliega sus propias performances raciales. Un ejemplo llamativo fue su decisión de otorgar asilo político a agricultores blancos de Sudáfrica, al tiempo que negaba esa misma posibilidad a miles de solicitantes africanos negros.

En su etnonacionalismo y su obsesión con la masculinidad y la heteronormatividad, resulta irónico que el político más preocupado por las cuestiones de identidad sea el propio Trump. Por supuesto, Trump no es el único político del continente que exhibe estas tendencias. Tal vez el ejemplo más obvio sea el presidente argentino Javier Milei, un economista libertario y “anarcocapitalista” con escasa paciencia para las ideas “woke”.

En su campaña electoral, una motosierra fue el símbolo ubicuo de la austeridad, y pronto Milei fue más allá de lo simbólico: en su primer día de gobierno emitió un decreto que redujo el número de ministerios de 18 a 9. El Cato Institute, un think tank libertario en Washington, observó en enero de 2024: “El argentino Javier Milei está recortando el gran gobierno: podemos hacer lo mismo en Estados Unidos”. Asesores de Trump estudiaron con atención el modelo de austeridad argentino, dejando de lado el hecho de que las condiciones económicas de ambos países eran muy diferentes.

Trump y las rebeldías conservadoras en América Latina

Pablo Stefanoni, historiador y periodista argentino, ha acuñado el concepto de “rebeldía de derecha” para describir un fenómeno contemporáneo que subvierte las coordenadas tradicionales del conflicto político. Ya no se trata simplemente de una lucha entre izquierda y derecha, sino de una pugna por el sentido común, la autoridad moral y el monopolio de lo “popular”. En este nuevo escenario, figuras como Javier Milei en Argentina, Nayib Bukele en El Salvador y Donald Trump en Estados Unidos encarnan una derecha que no teme presentarse como insurgente, rebelde y antisistema, desdibujando los límites entre populismo, autoritarismo y neoliberalismo radical.

La noción de rebeldía conservadora es paradójica pero reveladora. Mientras que la rebeldía ha sido

históricamente asociada con la juventud, la disidencia y los movimientos progresistas, hoy es apropiada por líderes que promueven agendas regresivas en nombre de la libertad, el orden o la identidad nacional. En lugar de defender el statu quo, esta nueva derecha se presenta como una fuerza disruptiva que viene a romper con las “élites globalistas”, el “marxismo cultural” o el “consenso progresista”. Stefanoni lo sintetiza con agudeza: se trata de una “derecha que se volvió punk”.

Javier Milei representa quizá el caso más explícito de esta lógica en América Latina. Economista libertario y autodenominado “anarcocapitalista”, Milei ha hecho del insulto, la motosierra y la teatralidad sus principales armas políticas. Ataca con virulencia al “Estado parásito”, prometió cerrar el Banco Central y reivindica figuras como Friedrich Hayek y, especialmente, Murray Rothbard. Según Stefanoni:

La estrategia trazada por Rothbard buscaba, fundamentalmente, sacar a los libertarios de su aislamiento político. Según sus pronósticos, una alianza con fuerzas de derecha conservadoras y reaccionarias les permitiría ‘llegar al pueblo’. Su proyecto anticipó fenómenos posteriores como el Tea Party o el trumpismo.

Sin embargo, Milei lo hace desde una estética outsider, apelando a los jóvenes, rechazando la corrección política y ocupando un lugar emocional en la vida pública que antes era propio de la izquierda. Su triunfo en Argentina no solo refleja el fracaso de las élites políticas tradicionales, sino también el poder simbólico de una derecha que se presenta como víctima de censura, como “la verdadera resistencia”.

Quinn Slobodian explica que hay que ver a:

Milei menos como un desertor del orden capitalista global que como su último animador fotogénico. [En Davos] posó para selfis con el director gerente del FMI... al igual que posaría más tarde con Tim Cook, Mark Zuckerberg y Elon Musk, y subiría al escenario de la Institución Hoover, presentado por su directora, Condoleezza Rice. Muchos supuestos disruptores del statu quo son menos agentes de una reacción contra (backlash) el capitalismo global que de una reacción frontal (frontlash) dentro de él.

En 2025, Trump nombró a Elon Musk como director del “Departamento de Eficiencias Gubernamentales” (DOGE, por sus siglas en inglés), que no era un departamento estatal formal, pero sí tenía el poder de cerrar oficinas y despedir funcionarios, justo como lo había hecho Milei. Para que no quedara duda de la conexión, en febrero de 2025, Milei asistió al congreso del Conservative Political Action Conference (CPAC), la reunión anual más importante de los conservadores estadounidenses, y le entregó a Musk una motosierra.

Si Milei es un puente económico hacia América Latina, Nayib Bukele representa un vínculo con un estilo de autoritarismo que combina la política de “mano dura” del siglo XX con una estrategia de comunicación del siglo XXI. Bukele, autodenominado “el dictador más cool del planeta”, ha logrado combinar autoritarismo tecnocrático y comunicación digital para instalarse como el nuevo modelo de liderazgo regional. A pesar de sus ataques a la separación de poderes, su control sobre el aparato judicial y sus políticas punitivas — especialmente en el manejo de las pandillas—, mantiene altos niveles de aprobación.

Bukele también se presenta como una figura “rebelde” frente a las viejas estructuras partidarias, y su dominio del lenguaje de las redes sociales le permite conectar directamente con una ciudadanía harta de la

inseguridad y la corrupción. La suya es una rebeldía que se legitima en la eficiencia, el orden y la promesa de modernidad, a costa de las libertades democráticas. Además, ha perfeccionado el modelo que Trump está ensayando: gobernar a través de un estado de excepción. Desde el 27 de marzo de 2022, un régimen de excepción ha reemplazado al estado de derecho. Si bien las tasas de criminalidad han bajado, el costo ha sido considerable. Como sostiene Ana Piquer, de Amnistía Internacional:

Lo que el gobierno llama ‘paz’ en realidad es un espejismo que pretende esconder un sistema represivo: una estructura de control y opresión que abusa de su poder y descarta los derechos de quienes ya habían sido invisibilizados —las personas que viven en pobreza, bajo el estigma estatal y la marginación— en nombre de una supuesta seguridad definida de forma muy limitada.

Donald Trump es el representante más visible de esta corriente, una que corre no solo por nuestro continente, sino por todo el mundo, pasando por la Hungría de Viktor Orbán, la Italia de Giorgia Meloni y la India de Narendra Modi. Existe hoy un internacionalismo de derecha que se basa en asaltos a las normas institucionales, retóricas xenófobas y guerras contra los medios tradicionales. Como plantea Stefanoni, estas disrupciones del statu quo liberal funcionan para pintar a conservadores como Trump como figuras de “rebeldía” que canalizan las frustraciones de sectores sociales que se perciben como desplazados cultural y económicamente.

Trump, al igual que Milei y Bukele, no representa una restauración del viejo conservadurismo, sino una mutación: una derecha radicalizada, emocional, mediática y performativa.



En conjunto, estos líderes muestran que la rebeldía conservadora no es una contradicción, sino una estrategia eficaz en un mundo saturado de desconfianza. Frente a la crisis del liberalismo y la fragmentación social, figuras como Milei, Bukele y Trump construyen hegemonía desde la confrontación y la apropiación de un lenguaje de cambio. Como advierte Stefanoni, el reto no es solo político, sino cultural: disputar el significado mismo de la rebeldía, la democracia y la libertad.

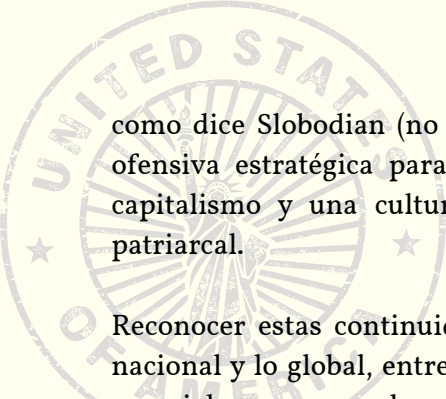
A manera de conclusión

En este momento de protesta y reacción, es fundamental entender que Trump no es una anomalía ni un simple accidente electoral, sino una expresión coherente, aunque perturbadora, de las tensiones estructurales que han definido la democracia desde sus orígenes coloniales en nuestro continente.

Aziz Rana nos recuerda que la democracia liberal en Estados Unidos siempre ha estado construida sobre una lógica de ciudadanía racia-

lizada, una estructura que limita quién puede pertenecer plenamente a la comunidad política. El auge del autoritarismo trumpista, con sus redadas, retórica xenófoba y represión estatal, es una actualización contemporánea de esa historia: una forma de democracia colonial y imperial que reclama libertad mientras niega derechos fundamentales a los otros racializados, y sueña con anexar territorios canadienses y centroamericanos.

Por su parte, Quinn Slobodian ha mostrado cómo esta nueva derecha no rechaza el orden global neoliberal, sino que lo reinventa desde dentro, fusionando discursos de soberanía nacional con redes transnacionales de poder corporativo, como se evidencia en las alianzas entre Trump, Musk y Milei. Este “frontlash”



como dice Slobodian (no “backlash”), más que un retroceso, es una ofensiva estratégica para reconfigurar el mundo a imagen de un capitalismo y una cultura política más excluyente, racializado y patriarcal.

Reconocer estas continuidades —entre pasado y presente, entre lo nacional y lo global, entre Obama y Trump, entre el norte y sur— es esencial para no quedarnos atrapados en falsas dicotomías. Nuestra tarea no es simplemente resistir a Trump, sino disputar los cimientos ideológicos, económicos y culturales que lo hacen posible. Como sociedad, estamos llamados a imaginar un horizonte democrático que no se limite a las aspiraciones estéticas del “progreso”, sino enfrentar, de manera radical y estructural, las exclusiones que siempre han acompañado a la democracia. Solo así podremos transformar el “quiénes somos” en un “quiénes podríamos ser” verdaderamente inclusivo.

REFERENCIAS

- Amnistía Internacional. (20 diciembre 2024). El Salvador: Mil días de régimen de excepción, un modelo de “seguridad” a costa de los derechos, <https://www.amnesty.org/es/latest/news/2024/12/el-salvador-mil-dias-regimen-excepcion-modelo-seguridad-a-costa-derechos-humanos/>
- Chapman, M. (12 enero 2024). Argentina’s Javier Milei Is Slashing Big Government – We Can Do the Same in America, <https://www.cato.org/blog/argentinas-javier-milei-slashing-big-government-we-can-do-same-america>.
- Fraser, N. (1 diciembre 2017). El final del neoliberalismo “progresista”. Sin Permiso, <https://www.sinpermiso.info/textos/el-final-del-neoliberalismo-progresista>.
- Goitein, E. (11 junio 2024). A Guide to Emergency Powers and Their Use, <https://www.brennancenter.org/our-work/research-reports/guide-emergency-powers-and-their-use>.
- Gómez Licón, A. (22 febrero 2025). At CPAC, Argentina’s Milei explains his chainsaw methods and likens them to Musk’s DOGE, AP News, <https://apnews.com/article/musk-chainsaw-milei-trump-cpac-doge-d8fa68fb9aecd355772ed6529fcb615e>.



- Klein, N. (2023). *Doppelganger: A Trip Into the Mirror World*. Penguin Books.
- Rana, Aziz. (12 marzo 2025). *Constitutional Collapse*. *New Left Review*, , <https://newleftreview.org/sidecar/posts/constitutional-collapse>.
- Quijano, A. (2014) *Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina*, en *Cuestiones y horizontes: de la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder*. Buenos Aires : CLACSO.
- Ruiz Soto, A. , D. Meissner y A. Selee. (mayo 2025). *Facing New Migration Realities: U.S.-Mexico Relations and Shared Interests*, *Migration Policy Brief*, <https://www.migrationpolicy.org/research/us-mexico-relations-interests>.
- Slobodia, Q. (17 julio 2021). *Los hijos bastardos de Hayek*. , Sin Permiso, <https://www.sinpermiso.info/textos/los-hijos-bastardos-de-hayek>.
- Stefanoni, P. (2021) *¿La rebeldía se volvió de derecha?* Buenos Aires: Siglo XXI.
- Stefanoni, P. (marzo 2023) *El paleolibertario que agita la política argentina*, *Nueva Sociedad*, <https://nuso.org/articulo/el-paleolibertario-que-agita-la-politica-argentina/>.

GUERRA EN MEDIO ORIENTE

En medio de la masacre al pueblo palestino, Operaciones militares "León Ascendente" (Israel) y "Operación Promesa Verdadera III" (Irán) encienden el polvorín de la guerra de medio oriente.



Cronología de los Hechos (desde el viernes pasado, aproximadamente 13-16 de junio de 2025):

Viernes, 13 de junio de 2025: Israel lanzó un "ataque masivo" contra Irán.

Objetivos: Los ataques se dirigieron principalmente contra instalaciones militares, depósitos de misiles y centros de comando de la Guardia Revolucionaria. También fueron alcanzadas bases asociadas al programa nuclear iraní, identificando centros clave como Natanz y Arak como amenazas prioritarias. La infraestructura relacionada con la producción de gas (South Pars) también fue atacada por drones. **Coordinación:** Esta ofensiva intensificó la tensión en torno al enriquecimiento de uranio.

Respuesta iraní: Irán anunció el lanzamiento de unos 100 misiles y prometió más represalias. Irán también declaró el estado de emergencia, impuso censura mediática y cortó las comunicaciones externas en Teherán y otras ciudades principales.



Sábado, 14 de junio de 2025 – Contraofensiva iraní e impacto en Kirya:

✦ **Ataques iraníes:** Irán lanzó tres oleadas de ataques, una con drones y dos con cientos de misiles balísticos, hacia territorio israelí. La ola inicial de misiles se dirigió hacia Israel. Se activaron las sirenas y se escucharon explosiones en Jerusalén y Tel Aviv. Irán informó haber alcanzado objetivos en Tel Aviv, Haifa y Bat Yam.

Impacto en Israel: Si bien los sistemas de defensa de Israel (Cúpula de Hierro, Arrow, Saint David) interceptaron algunos misiles, varios evadieron las defensas. Al menos 24 personas murieron y más de 500 resultaron heridas en Israel. Un misil aterrizó cerca del consulado de EE. UU. en Tel Aviv, causando daños menores, pero sin heridos entre el personal estadounidense. Hubo un impacto directo en el Complejo Militar Kirya de Tel Aviv, causando daños estructurales y evacuaciones de emergencia. Un rascacielos de 20 pisos en PETA Tiga colapsó después de un impacto directo de misil. Ochenta israelíes resultaron gravemente heridos y hospitalizados.

Respuesta israelí: El ministro de Defensa de Israel, Israel Katz, advirtió que "Teherán arderá" si Irán seguía lanzando misiles, prometiendo que Irán pagaría un alto precio. Israel también lanzó ataques contra objetivos vinculados al Ministerio de Defensa, estaciones de televisión estatal y redes logísticas. Se emitieron advertencias de evacuación a los civiles iraníes, generando caos en Teherán. Netanyahu declaró que Israel está trabajando para eliminar la amenaza nuclear de Irán y tiene control aéreo sobre Teherán.

Domingo, 15 de junio de 2025 – Nuevas oleadas de ataques iraníes:

Irán lanzó otra oleada de ataques aéreos contra Israel, impactando en Tel Aviv y Haifa. Esta ofensiva fue descrita como la más fuerte de los últimos tres días, con misiles hipersónicos dirigidos a una refinería y una central eléctrica en Haifa. Irán afirma que sus misiles hipersónicos eludieron fácilmente las defensas antibalísticas israelíes.

Lunes, 16 de junio de 2025 – Expansión regional del conflicto y escalada:

Segunda gran ofensiva iraní: Irán continuó sus ataques, con un nuevo aluvión que golpeó el centro de Israel, descrito como el más mortífero hasta la fecha, causando un aumento de las bajas. El número de víctimas mortales israelíes ascendió a ocho, con muchos heridos críticos. Los misiles balísticos de Irán impactaron en al menos cuatro lugares. Casas civiles colapsaron y se estaban llevando a cabo esfuerzos de rescate.

Diplomacia iraní: El Wall Street Journal informó que Irán busca urgentemente un cese de hostilidades y la reanudación de las conversaciones sobre su programa nuclear, enviando mensajes a Israel y EE. UU. a través de intermediarios árabes. Irán declaró que volvería a las negociaciones si EE. UU. se mantenía al margen del conflicto. Irán pidió específicamente a Qatar, Arabia Saudita y Omán que presionaran a Donald Trump para que impulsara a Israel a un alto el fuego inmediato, ofreciendo flexibilidad en las negociaciones nucleares con EE. UU. a cambio.

Agresión israelí continuada: Israel parece estar optando por una mayor escalada. Aviones de guerra israelíes se preparan para atacar la televisión estatal iraní en Teherán. El ministro de Defensa israelí declaró que el "órgano de propaganda" de Irán estaba "a punto de desaparecer" y que se había iniciado la evacuación de residentes de la zona. Israel anunció ataques contra objetivos militares en el centro de Irán y el centro de Teherán, con informes de que la televisión estatal era el objetivo.

Implicación indirecta de actores regionales: Pakistán emitió un comunicado de apoyo diplomático a Irán. EE. UU. confirmó su presencia en el Mediterráneo oriental, con 30 aviones cisterna volando hacia la región. El ejército estadounidense está ayudando a Israel a interceptar misiles. Donald Trump ha expresado su deseo de un alto el fuego, pero duda que ocurra.

La actual escalada entre Israel e Irán, desencadenada por el "ataque masivo" inicial de Israel a la infraestructura militar y nuclear iraní, representa una fase peligrosa en la dinámica regional. Desde una perspectiva crítica, este conflicto sirve a múltiples intereses geopolíticos, particularmente los de Estados Unidos y sus aliados, al tiempo que pone de manifiesto vulnerabilidades inherentes y errores de cálculo estratégicos de las partes involucradas.



El conflicto no solo refleja intereses estratégicos contrapuestos, sino que también sirve a la agenda geopolítica de Estados Unidos y sus aliados. Irán ha demostrado capacidad de represalia, particularmente con misiles hipersónicos, pero intenta ahora evitar una guerra prolongada y abrir paso a negociaciones. Sin embargo, la postura actual del gobierno de Netanyahu apunta a continuar las operaciones con el objetivo de eliminar las supuestas capacidades nucleares iraníes antes de que estas se consoliden.

Los escenarios más probables son un conflicto prolongado, con destrucción creciente y posible colapso interno del régimen iraní, y una extensión regional si se ven involucrados grupos proxy o si Irán decide cerrar el Estrecho de Ormuz. Israel, con el apoyo logístico y de inteligencia de EE. UU., está empleando una campaña bélica sofisticada, intensificando los ataques a infraestructura estratégica y civil. Mientras tanto, Irán responde con limitaciones materiales pero intenta mantener abiertas vías diplomáticas para evitar una catástrofe mayor, consciente del alto costo interno y externo que supondría una guerra total.

EE. UU. mantiene una postura ambigua: públicamente llama a la contención, pero en los hechos respalda la ofensiva israelí como una forma de debilitar a Irán y reafirmar su hegemonía en la región. Otros actores regionales, como Pakistán o varios estados árabes, optan por la neutralidad activa, ofreciendo respaldo diplomático sin implicarse militarmente. En este contexto, la posibilidad de desescalada es mínima sin una presión externa fuerte, mientras el costo humano y las consecuencias geopolíticas aumentan con cada día de conflicto.

NUESTRO SUR

NUESTRO PERÚ

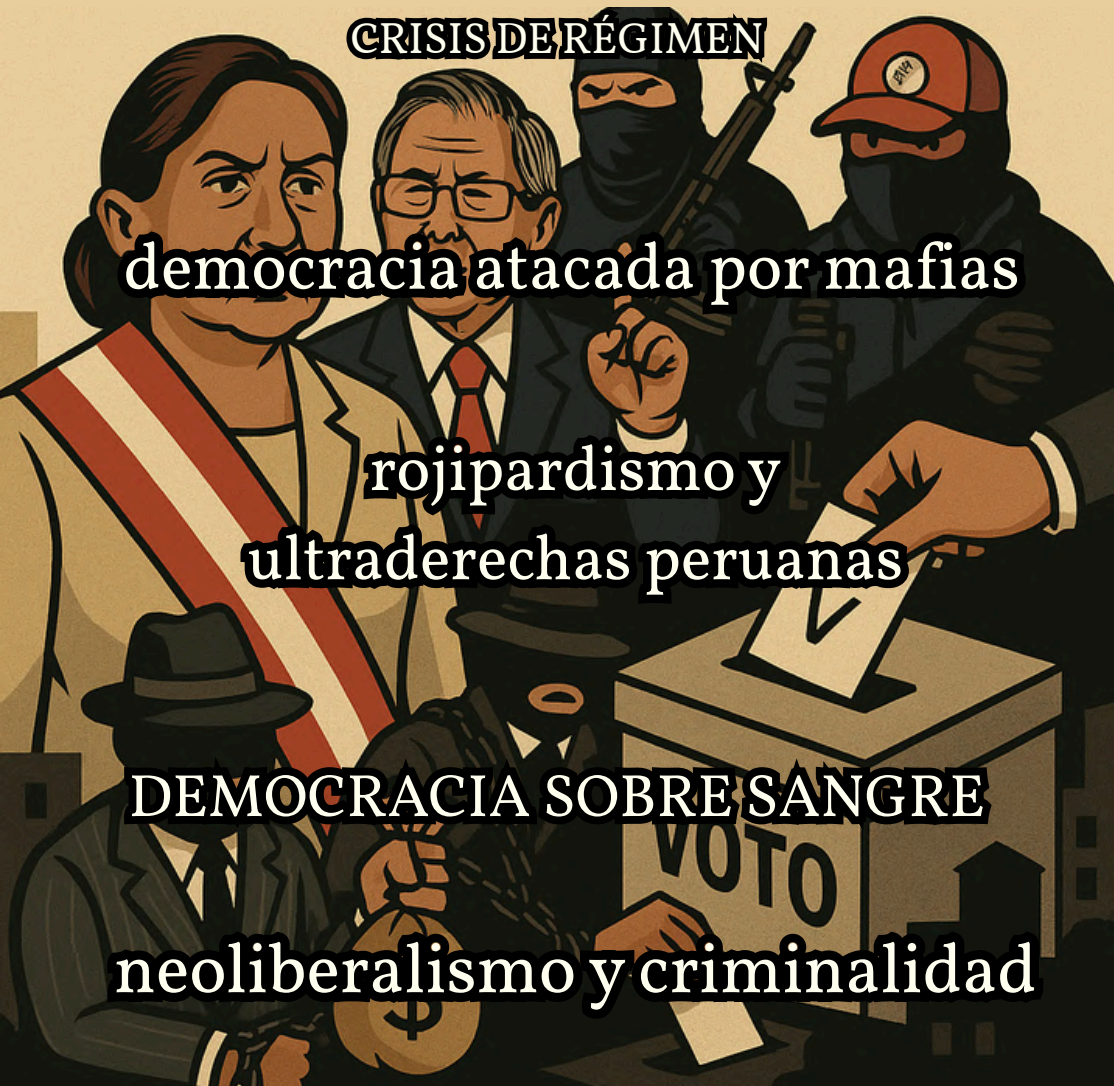
PROCESO CONSTITUYENTE
Y
CRISIS DE RÉGIMEN

democracia atacada por mafias

rojo pardismo y
ultraderechas peruanas

DEMOCRACIA SOBRE SANGRE

neoliberalismo y criminalidad



LA EXTORSIÓN NEOLIBERAL

La criminalidad, el trabajo y la promesa rota del “emprendedurismo” en el modelo económico vigente



CATHERINE EYZAGUIRRE

El escenario de crisis política que vivimos es generalizado y multidimensional. El impacto de esta crisis en la economía local y particularmente en los trabajadores se ve expresada en ingresos promedio por debajo de los niveles obtenidos en 2019, una clase media cada vez más reducida y vulnerable y el incremento de la pobreza. Para hacer más compleja esta situación, el incremento de la criminalidad en el país golpea con más fuerza a los pequeños empresarios y trabajadores transformando a la economía local en una economía del miedo. En este artículo exploramos los vínculos entre el modelo económico, la criminalidad y las vidas de los trabajadores en este país en crisis.

La vulnerabilidad de los trabajadores y “emprendedores” urbanos bajo la estructura económica vigente

Desde los noventa el Estado introduce una concepción de ciudadanía como condición económica más que política, en la que los nuevos ciudadanos son los “emprendedores” (Cuenca et al, 2021). Se promueve, así como horizonte de éxito a los emprendimientos o negocios familiares como una estrategia de resiliencia ante una estructura económica incapaz de generar suficientes puestos de trabajo formales para absorber el total de la oferta laboral en zonas urbanas. El discurso emprendedor se constituyó como un mito respecto a la posibilidad de alcanzar mejores condiciones económicas en base al esfuerzo individual desde un ethos en el que el autoempleado es un empresario que, siguiendo a Foucault (2007), se convierte en su propio capital, su propio productor y su fuente de ingresos.

La estructura económica peruana impulsada desde los noventa concentró los esfuerzos en el ingreso de inversión extranjera directa y la generación de marcos favorables para el aprovechamiento de “ventajas comparativas” estáticas. Es decir, en mantener una estructura económica primario extractiva con gran capital extranjero. El despliegue de esta estrategia se ve reflejado en la composición de nuestra canasta exportadora al 2022. Nuestros 10 principales productos de exportación son recursos naturales, por presentar a los cinco primeros: i) cobre (26.4%) ; ii) gas natural (6.1%); iii) cobre refinado (5.1%); iv) mineral de zinc (3%) ; v) mineral de hierro (3%) y vi) bayas (2.8%). La reprimarización de las economías es una tendencia que se observa entre la mayoría de países latinoamericanos en el marco del boom de precios de los commodities. Sin embargo, algunos países de la región han hecho esfuerzos por sostener estructuras económicas un tanto más complejas como México que incluye a máquinas de estadística, vehículos automotores y camiones entre sus 3 principales productos de exportación; Uruguay y Brasil también han incorporado a automóviles, camiones y hasta aeronaves entre sus 10 principales productos de exportación en las últimas décadas (CEPALSTAT).

Una estructura económica más compleja, con mejores niveles de productividad y más eslabonamientos productivos, garantiza mayor cantidad de puestos de trabajo disponibles, mejores salarios y la dinamización de la economía en su conjunto. En las últimas décadas, aun con altas tasas de crecimiento económico en el Perú no hemos caminado hacia brindarle valor agregado a los recursos naturales que exportamos en bruto. El ejemplo del cobre es muy claro, por más de encontrarnos entre los 3 principales exportadores de cobre en el mundo, ocupamos el noveno lugar en términos de cobre refinado de acuerdo al Observatorio de Complejidad Económica, lo que podría asegurarnos mejores precios y mayores ganancias.



Los sectores primario extractivos, como la minería, son poco intensivos en el uso de mano de obra. La minería en el Perú no logra emplear ni al 2% del total de población económicamente activa del país. En contraste, la manufactura es el sector con mayor cantidad de encadenamientos productivos, es decir logra dinamizar otros sectores económicos a través del incremento de su producción (MEF, 2021). Este sector que no cuenta con beneficios tributarios especiales, como la minería y la agroindustria, se ha debilitado en las últimas décadas tanto en su participación en el producto bruto interno como en el total de puestos de trabajo que genera (PRODUCE, 2022). Aun así, es el tercer sector económico con mayor contribución a la economía peruana aportando el 12.7% del PBI nacional en 2021. Este sector actualmente está concentrado en la producción de bienes de bajo o nulo contenido tecnológico y con bajos niveles de competitividad debido a las dificultades que enfrenta para acceder a financiamiento, la poca capacidad para absorber tecnología y problemas de competencia y de articulación a mercados (PRODUCE, 2022).

El debilitamiento de la manufactura y la industria nacional ha generado una orientación de la fuerza laboral hacia sectores como los servicios (36%), agricultura (25%) y comercio (20%)[1]. Estos sectores son particularmente vulnerables a la informalidad y baja productividad. De acuerdo a CEPAL, el sector servicios triplica los niveles de informalidad en el sector industrial, construcción y transporte en los países de América Latina (CEPAL, 2024[2]). Durante las últimas décadas, aún con las altas tasas de crecimiento los índices de informalidad en el país se mantuvieron por encima del promedio latinoamericano. Los datos de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) para 2022 posicionan al Perú como el segundo país de América del Sur con mayor incidencia de informalidad, solo detrás de Bolivia. La informalidad laboral supera el 80% del total de trabajadores en 17 regiones del país y el 90% del total de trabajadores en regiones como Puno, Huancavelica y Apurímac (MTPE, 2021)[3].

Es decir, trabajar en situación de autoempleo, sin un contrato laboral y sin acceso a derechos sociales en el país no es una excepción, sino que es casi la regla en muchas regiones del Perú.

En esa línea, los pequeños negocios son la principal fuente de empleo en el país. El 75% de peruanos se encuentra trabajando en micro y pequeñas empresas y las mypes constituyen el 99% del total de unidades económicas en el país (PRODUCE, 2022). Si bien se ha construido un discurso de promoción hacia los emprendedores, en términos concretos no han existido mecanismos eficientes para incentivar mejoras en la productividad de estos sectores y es justo en esa ausencia en la que se refuerza su vulnerabilidad.

Un factor clave para la mejora de la productividad de las mypes es el acceso al crédito. Las cifras de PRODUCE (2024) sostienen que sólo el 28.6% del total de MYPES registradas ante SUNAT accede a crédito formal en el país. Las tasas de interés para el crédito que estas empresas reciben del sistema financiero es de 42.4% en la banca privada en el caso de las microempresas, cifra que quintuplica la tasa de interés de la gran empresa. Con niveles tan bajos de inclusión financiera formal, algunas de estas unidades económicas buscan otros mecanismos de crédito por fuera del sistema financiero para acceder a préstamos de forma rápida. IPE (2024), por ejemplo, estima que 200 mil familias en el Perú accedieron a crédito informal en la modalidad “gota a gota” en 2024. La Federación Peruana de Cajas Municipales de Ahorro y Crédito ha estimado que en suma 500 mil personas en todo el país deben préstamos gota a gota y que en muchos casos solicitan estos préstamos para pagar otras deudas.

La Amazonía es la región con mayor incidencia de crédito informal de acuerdo al estudio de IPE, con 31% de encuestados afirmando haber recibido algún mecanismo de crédito informal en el año, seguido por el Norte del país con un 11% del total de hogares urbanos encuestados.

Los mecanismos intimidatorios aplicados por prestamistas del mecanismo “gota a gota” en algunas ocasiones incluye intimidación, acciones violentas y de extorsión que ponen en riesgo la salud y la vida de quien accedió al crédito. Así, la falta de inclusión financiera contribuye al incremento de la extorsión en el país. El Estado le da la espalda a los “emprendedores” sin oportunidades para acceder a crédito formal y expuestos a la criminalidad que amenaza con sus vidas.

La criminalidad y la economía del miedo

El marco institucional favorable al crimen organizado aprobado por el Congreso, ha contribuido al incremento de la criminalidad en el país. Esta crisis de inseguridad ciudadana afecta principalmente a estos pequeños negocios que han sido objeto de extorsiones y amenazas por cobros de cupos. De acuerdo a las cifras de la Policía Nacional, en el 2024 hubieron más de 19 mil denuncias por extorsión que se concentraron principalmente en pequeños comerciantes y autoempleados. La Asociación de Bodegueros tiene la estimación de que 13 mil microempresarios han formalizado una denuncia ante actos delincuenciales en el 2023 y más de 2600 bodegas han cerrado en los últimos meses a causa de esta situación.^[1] La inseguridad y el avance del crimen se concentra en los “emprendedores” y no en el gran capital debido a que estos últimos tienen más recursos para contratar empresas de seguridad privada y otros mecanismos para su defensa personal.

El impacto de la criminalidad sobre la economía peruana es alarmante. Un estudio del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) estimó que el costo de la violencia y el crimen en el Perú supera los 30 mil millones de soles anuales, lo que representa alrededor del 3.1% del Producto Bruto Interno. Pero más allá de las cifras, la criminalidad tiene efectos profundamente desestabilizadores sobre las trayectorias de vida de los trabajadores informales. Las víctimas de estos delitos son, en su mayoría, trabajadores informales de mercados, pequeños

transportistas, y emprendedores de barrios populares, que carecen de medios para defenderse o denunciar.

El resultado es una “economía del miedo” que paraliza actividades productivas, desalienta la movilidad laboral y debilita el tejido económico local. Comerciantes que deben pagar “cupos” a bandas criminales, transportistas que abandonan rutas por amenazas, o familias que reducen sus horarios de trabajo por temor a la violencia, son solo algunas manifestaciones de un fenómeno que restringe el derecho al trabajo y a una vida digna.

La fragilidad del modelo económico y el alza de pobreza

Los impactos de la pandemia del COVID-19 en el Perú fueron particularmente graves como resultado de la fragilidad del modelo económico y la desprotección de los trabajadores. Fuimos el país con mayor incidencia de mortalidad per cápita en el mundo, la caída del producto bruto interno de la economía peruana fue la más grande de América Latina y millones de peruanos pasaron a situación de pobreza y pobreza extrema revirtiendo dos décadas de avances en la reducción de la pobreza monetaria en el país (Banco Mundial, 2023). En su informe sobre el contexto socioeconómico peruano post pandemia, el Banco Mundial sostiene que el Perú enfrentó el mayor retroceso en términos de progreso social en toda América Latina y el Caribe (Banco Mundial, 2023. p.11). Este proceso reveló la fragilidad del modelo económico implementado en el país. Se perdieron más de 6 millones de puestos de trabajo en el peor momento de la pandemia, los trabajadores más vulnerables fueron los informales quienes quedaron desprotegidos, sin ningún mecanismo de redes de protección social que pudieran permitirles “quedarse en casa” para cuidar su salud y la de sus familias.

Cinco años después, envueltos en una crisis persistente y multidimensional, la situación no presenta mejoras. Las cifras más recientes cifras de pobreza monetaria presentadas por el INEI (2025) dan cuenta de que los trabajadores en Lima metropolitana y el Callao perciben en promedio 256 soles mensuales menos de lo que recibían en 2019. Esta disminución de los ingresos promedio mensuales se extiende a nivel nacional y ha generado consecuencias en el incremento de los niveles de pobreza, particularmente en el Perú urbano en el que los niveles de pobreza se han duplicado entre 2019 y 2024 (INEI, 2025).

La movilidad social descendente ha afectado a casi todos los sectores socioeconómicos. La clase media se redujo en 1.2 millones de personas entre 2019 y 2024 siendo uno de los principales factores el deterioro de la calidad del empleo (IPE, 2025). Los datos del 2024 sustentan que la pobreza monetaria golpea al 27.6% de peruanos y la vulnerabilidad a la pobreza a otro 31.8%. Es decir, entre 2019 y 2024, la cifra de peruanos en situación de pobreza creció en 2 millones 900 mil. En suma, más de 20 millones de peruanos se encuentran en situación de pobreza o vulnerabilidad a la misma. Las cifras de pobreza extrema, es decir, la imposibilidad de cubrir una canasta básica de alimentos también se ha incrementado con 1 millón 800 mil peruanos enfrentando esta grave situación, esta cifra supera incluso el nivel de pobreza extrema del año 2020 en el medio del peor momento de la pandemia.

Es importante mencionar que aun cuando las cifras ya son expresión de una situación socioeconómica grave, el indicador de pobreza monetaria nos presenta sólo una dimensión de las condiciones de vida que enfrentamos los seres humanos. Este indicador se construye en función del gasto per cápita mensual, sin tomar en cuenta otros factores que pueden incidir en el bienestar y la calidad de vida. Una caracterización más compleja del contexto socioeconómico en términos multidimensionales podría presentar una situación aún más precaria.

Las limitaciones del indicador de pobreza monetaria se expresan en el caso de la región Madre de Dios. Esta región es la tercera con niveles más bajos de pobreza monetaria en el país en 2024 y, sin embargo, presenta las tasas más altas de trabajo infantil, denuncias de trata de personas y una fuerte incidencia de deforestación y daño ambiental causada por el despliegue de economías ilegales. La consolidación de economías ilegales en el territorio es otro factor que contribuye a la vulnerabilidad de las vidas de los trabajadores en muchas regiones del país, con un Estado que parece cruzado de brazos ante esta amenaza y que incluso presenta autoridades vinculadas a estos sectores.

El debilitamiento de la calidad de vida que azota a los trabajadores no es un fenómeno aislado, sino el resultado previsible de un sistema que ha institucionalizado la precariedad y la exclusión. Esta situación demuestra la incapacidad del actual modelo económico para garantizar un crecimiento inclusivo, sostenible y seguro. El vínculo entre la vulnerabilidad de los trabajadores en el denominado “sector informal” y criminalidad no puede comprenderse sin considerar el debilitamiento institucional que atraviesa al Estado peruano. Los problemas que enfrentamos distan de ser coyunturales, están enraizados en las características estructurales de la economía y en las instituciones políticas. Resolver el entramado de crisis que enfrentamos no podrá ser posible con nuevas leyes que posteriormente sean implementadas por las mismas autoridades electas bajo estas reglas de juego. Resolver la crisis de criminalidad, económica, social y política pasa por una transformación estructural de los acuerdos sociales en el país respecto al rol que cumple el Estado en la sociedad y la economía. Es también repensar que implica ser ciudadano en el Perú en términos de acceso a derechos y un horizonte compartido de prosperidad y desarrollo que nos incluya a todos.



NOTAS

[1] Cifras trabajadas por Fernando Cuadros Luque con datos de la Encuesta Nacional de Hogares (2024)

[2] CEPAL (2024) Empleo informal en América Latina: grupos más propensos.

[3] MTPE (2021) Situación de la Informalidad Laboral por Regiones
https://cdn.www.gob.pe/uploads/document/file/4225658/Bolet%C3%ADn%20laboral%20N%C2%BDI_Red%20OSEL.pdf?v=1678207572

[4] INFOBAE (2024) Comerciantes son las principales víctimas de extorsión en el Perú según la PNP
<https://www.infobae.com/peru/2024/12/28/comerciantes-son-las-principales-victimas-de-extorsion-en-peru-segun-informe-de-la-pnp/>



LA TRAICIONES DEL ROJIPARDISMO

■ Del discurso socialista al pacto mafioso: Perú Libre como engranaje del régimen autoritario

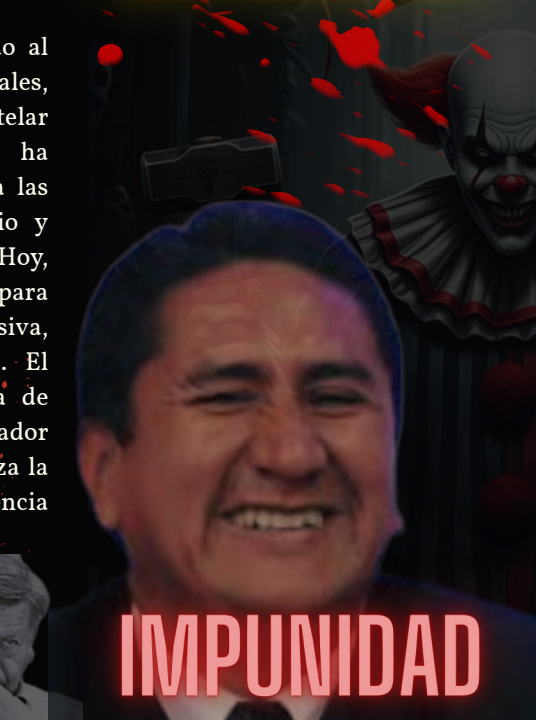
Perú Libre, liderado por Vladimir Cerrón, ha abandonado cualquier agenda transformadora para convertirse en un sostén del actual régimen neoliberal autoritario. A través de acuerdos con el fujimorismo, Renovación Popular, Avanza País y APP, su bancada ha blindado a Dina Boluarte, bloqueado el adelanto de elecciones y copado instituciones clave como la Defensoría del Pueblo y el Tribunal Constitucional. El objetivo: garantizar la impunidad de Cerrón frente a sus procesos por corrupción. Su rol no es oposición, sino bisagra funcional entre el poder mafioso y una izquierda desacreditada.

■ Erosión democrática y desmovilización popular: las secuelas del rojipardismo

La complicidad de Perú Libre ha permitido al Congreso capturar organismos electorales, presionar al Ministerio Público, y dismantelar mecanismos de fiscalización. Este pacto ha fracturado a la izquierda, desmoralizado a las bases sociales que votaron por el cambio y alimentado la desmovilización ciudadana. Hoy, el discurso socialista sirve de coartada para justificar una arquitectura de poder represiva, excluyente y profundamente reaccionaria. El cerronismo no solo traicionó su promesa de transformación: se convirtió en el operador parlamentario de un régimen que profundiza la crisis democrática y normaliza la violencia estatal.



IMPUNIDAD



IMPUNIDAD



nuestro sur

CRIMEN Y MERCADO

**Neoliberalismo y criminalidad en el Perú.
De la estabilización al despojo: génesis del
neoliberalismo autoritario**



PIER PAOLO MARZO

Este artículo explora la relación entre el neoliberalismo y la creciente criminalidad en Perú, enfocándose en el crimen organizado y las economías ilegales. Se examinan las estructuras económicas y sociales que han permitido el florecimiento de actividades ilícitas, así como su impacto en la inseguridad ciudadana. Se argumenta que la implementación del neoliberalismo, al debilitar las instituciones públicas y promover el individualismo en las relaciones humanas, no sólo ha exacerbado las desigualdades sociales, sino que ha facilitado la expansión del crimen organizado. Al final se presentan reflexiones para un modelo alternativo.

El contexto político del discurso neoliberal: Auge y agotamiento

La dictadura de Alberto Fujimori – y apoyada por Vladimiro Montesinos y en su primera fase por Nicolás de Bari Hermoza – tras el golpe del 5 de abril de 1992 consolidó un gobierno autoritario – neoliberal que favoreció a la oligarquía financiera y minera, así como a la vinculada al comercio internacional y a las telecomunicaciones. Para asegurar su permanencia, implementó dos estrategias, una dirigida a la sociedad y otra para el Estado. La primera fue el debilitamiento del tejido social mediante el acoso a dirigentes, exacerbación de debilidades organizacionales y promoción del individualismo extremo. La segunda fue la entrega de la administración estatal a una tecnocracia neoliberal, inspirándose en el

modelo de Pinochet en Chile, con privatización, desregulación financiera, apertura comercial, eliminación de la planificación estatal y corte abrupto de subsidios. Si bien se controló la inflación y se logró una estabilización macroeconómica (Banco Central de Reserva del Perú, 2020), los despidos masivos tanto del sector público como de las industrias peruanas dispararon la informalidad económica, con la consiguiente exclusión de sectores vulnerables, aumento de desigualdad, deterioro de servicios públicos y debilitamiento social. El debilitamiento del sector público propició el fortalecimiento de economías ilegales con redes de crimen organizado que en algunos territorios disputan la seguridad con el Estado.

Cuando cayó el régimen fujimorista, el discurso se mantuvo ("fujimorismo sin Fujimori"), aunque con programas sociales paliativos y una nueva tecnocracia en los sectores gubernamentales. Esta se enfocó en mejoras puntuales en la redistribución de los mayores ingresos producto del alza de precios internacionales de las materias primas de exportación.

A fines de la década pasada el modelo mostró su agotamiento. Mientras las mayorías ciudadanas percibían que no respondía a sus intereses, los sucesores de Fujimori, al haber conseguido una mayoría congresal aprovechando las normas electorales que venían de los 90, vieron la oportunidad de retomar el control directo del Ejecutivo. La pandemia terminó de desnudar el fracaso neoliberal en garantizar un Estado eficiente para tareas elementales. En medio del confinamiento los herederos del proyecto conservador neoliberal, lograron una mayoría congresal que dio un golpe de Estado encubierto con la figura constitucional de "vacancia presidencial", instalando un régimen neoconservador. Sin embargo, una inesperada reacción ciudadana logró un contragolpe instalando un presidente socioliberal que se encargó del proceso electoral del año 2021, en el que la mayoría de electores y electoras decidió cancelar el modelo votando por el profesor sindicalista Pedro Castillo y su plan "Bicentenario sin corrupción", con un fuerte

componente de intervención estatal, sobreponiéndose a la coalición de herederos del neoliberalismo fujimorista: medios masivos, gran banca, tecnocracia y probablemente cúpulas policiales y militares. A pesar de esta victoria democrática, la coalición de gobierno colapsó por ausencia de compromiso real con su programa por parte de sus integrantes mayoritarios. En su reemplazo los herederos del neoliberalismo fujimorista, que tienen como financistas a representantes de economías criminales han capturado los poderes Legislativo y Ejecutivo, sin liderazgo ni proyecto.

El impacto del neoliberalismo en la economía peruana

Alarco Tosoni (2019) sintetiza el neoliberalismo peruano:

"Para la vertiente peruana los intereses privados o particulares conducen siempre al bienestar común. Quieren un Estado mínimo con la presión tributaria más reducida posible. Su ideal es la liberalización y flexibilidad absoluta de todos los mercados. Los trabajadores son un insumo más de la producción que genera sobrecostos a las empresas, no el elemento central de la producción. A diferencia de lo que ocurre en Chile o Colombia, ninguna empresa estatal es justificable. No quieren regulación alguna a las organizaciones empresariales. Para ellos no es admisible política alguna para enfrentar la elevada desigualdad. En el mejor de los casos admiten algunas medidas puntuales contra la pobreza, a la par que se establece una mítica igualdad de oportunidades mediante una mejor educación para todos. Ni siquiera hay garantía alguna para la salud de toda la población. Su estrategia de crecimiento considera a los sectores extractivos, en particular la minería, como el motor principal de la economía." (ps.50-51).

En Latinoamérica, las políticas del Consenso de Washington (adaptado a Perú con el llamado Consenso de Lima) configuraron estructuras primario-exportadoras legitimadas por un discurso de exacerbación de la responsabilidad individual que ocultaba las raíces estructurales de la pobreza. Esto trajo un proceso de desindustrialización, comenzando por el desmantelamiento de empresas públicas vía privatizaciones que aún dejan secuelas, como la deuda tributaria de Movistar, y continuando con una liberalización comercial que destruyó buena parte de la industria local textil y siderúrgica, entre otras. Al final de la década Perú se encontraba en recesión, con las mismas cifras de pobreza de 1990.

Tras caer la dictadura se impulsaron reformas institucionales que mejoraron el clima de inversión. El PBI mostró una recuperación gradual tras la crisis asiática de 1998 y la recesión 1999-2000 (INEI, 2021). Estas reformas permitieron aprovechar el superciclo de minerales y productos agropecuarios 2004-2014, con un crecimiento promedio de 6% anual (MEF, 2015), concentrado en sectores formales de alta productividad: minería, finanzas y agroexportación. Desde 2015, con el fin del superciclo, el crecimiento se desaceleró. La creación de empleo formal fue limitada: entre 2014-2022 la ocupación formal creció solo 1% mientras el empleo informal aumentó 38% (INEI, 2023).

Para 2022, el 70.5% de la población urbana ocupada permanecía informal (OIT, 2023), es decir, con derechos laborales limitados. Lo que es consecuencia de que, hasta el presente, no haya habido ninguna propuesta sostenible de industrialización, más allá de tímidos programas sectoriales de diversificación productiva. En ese contexto, Chávez Cruz (2018) considera que las economías informales "fomentan la corrupción y el crimen organizado", siguiendo la investigación de Acuña Sáez (2016), que mostró que la informalidad genera un clima propicio para justificar actos corruptos de

autoridades locales. Más recientemente Neffa (2023) ha evidenciado cómo las redes de contrabando en zonas fronterizas surgen como extensiones del comercio informal, impulsando clientelismo político y el paso de prácticas informales hacia prácticas ilegales como sobornos para que agentes de control "miren para otro lado", erosionando la legitimidad estatal. Asimismo, Cacciamali (2023) ha mostrado que un sector informal de gran magnitud distorsiona la recaudación fiscal y multiplica delitos económicos (contrabando, sobornos, malversación). Mientras que, como lo evidenció Iturralde (2023), la retórica meritocrática neoliberal facilita al Estado desplazar la atención hacia la represión, aplicando la ley como control social sobre los pobres.

No es de extrañar entonces que, como lo ha documentado Corcuera (2019) "El crimen organizado ha proliferado especialmente en la costa norte del Perú, una de las principales beneficiadas por el crecimiento económico, del que ha surgido en paralelo". La permisividad estatal frente a economías informales y el narcotráfico facilitó que mafias locales reconfiguraran el panorama delictivo.

Esta dependencia extractiva ha favorecido una economía dual donde el crecimiento no redujo significativamente la informalidad ni promovió diversificación productiva (Dancourt, 2019), manteniendo desigualdades y vulnerabilidades estructurales (Mendoza, 2018). Y la abundancia de minerales en un territorio sin control público ha facilitado el auge de organizaciones criminales alrededor de la minería. En general, hay suficiente evidencia de que en Perú el neoliberalismo ha favorecido un círculo donde la exclusión socioeconómica se convierte en caldo de cultivo para la criminalidad organizada y economías ilícitas, que mantienen alejados a los agentes estatales, perpetuando la exclusión del desarrollo.

El crimen organizado como consecuencia de las economías ilegales

El ciclo neoliberal peruano nació en la criminalidad vinculada a la corrupción y el narcotráfico - recordemos los casos “Vaticano” y “narcoavión” -. En el reciente quinquenio, el Perú ha experimentado un incremento significativo de la criminalidad violenta, evidenciado por un aumento del 50,7% en los homicidios entre 2021 y 2024, según datos del Observatorio de Seguridad Ciudadana del Ministerio del Interior. Este notable incremento es también el de extorsiones y delitos vinculados al narcotráfico (Cárdenas, 2025), así como a la minería ilegal: sicariato, trata de personas y lavado de activos (Valdés y Basombrío, 2024). Este último suele realizarse vía operaciones de compraventa y refinamiento del oro extraído ilegalmente. La minería ilegal, al carecer de controles ambientales, laborales y tributarios es fuente además de graves problemas sociales, ambientales y económicos, al punto de considerarse “una real amenaza para la seguridad nacional” (Superintendencia de Banca, Seguros y AFP, 2023). Según la Fundación para la Conservación y el Desarrollo Social, entre 2003 y 2023 esta actividad habría movido más de USD 165.000 millones (unos S/610.500 millones) en el país. Para el 2025 se estima una exportación de al menos US\$12.000 millones, más de 60% por encima de lo registrado en el 2024 (IPE, 2025). “Frente a esa cantidad de dinero, el presupuesto estatal destinado, este año, para combatir la minería ilegal es de S/70 millones (Ojo Público, 2025). En un contexto donde el sector minero aporta el 15% del PBI y el 20% de los ingresos fiscales (Energiminas, 2024) vía el 69.5% de las exportaciones, que han ascendido a US\$ 64,000 millones de exportaciones (Instituto de Ingenieros de Minas del Perú, 2024), donde el cobre representó 35.7% (US\$ 23,005 millones) del total exportado.



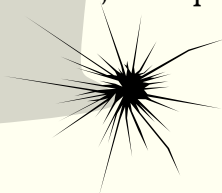
Este auge sin medidas correspondientes del Estado, ha llevado a la proliferación de esquemas de protección armada de operadores mineros. Por ejemplo, en Madre de Dios, "Guardianes de la Trocha" funciona como grupo paramilitar que brinda "seguridad" a la minería ilegal imponiendo control territorial mediante asesinatos y desplazamiento de comunidades (Calloquispe, 2025). En Pataz han aparecido organizaciones locales, algunas en conexión con Los Pulpos. En Arequipa se sabe de vínculos de mandos policiales con organizaciones de protección de mineros ilegales. Un dato curioso es que en la Amazonía es el Estado el que ha facilitado la operación de organizaciones criminales, vía la construcción de infraestructura vial sin previsión de impactos sociales (Fundación para la Conservación y el Desarrollo Sostenible -FCDS, 2024): en Loreto y Ucayali dicha inversión ha beneficiado a 12 zonas cocaleras y 8 cuencas donde operan economías ilegales. Sumando a las antiguas organizaciones de protección territorial del narcotráfico, como los remanentes de Sendero Luminoso en el VREAM.

Otro tipo de organizaciones criminales es la de operaciones internacionales. Allí destacan el Tren de Aragua, de origen venezolano, el Primer Comando de la Capital (PCC) y el Comando Vermelho, surgidas en cárceles de Brasil. La primera ha establecido operaciones de extorsión en al menos 6 distritos de Lima, 2 de Arequipa y 1 de Trujillo, controlando parte del negocio de las extorsiones mediante un modelo que incluye explotación sexual, sicariato, trata de personas y préstamos 'gota a gota'. Las organizaciones brasileñas comenzaron operando en las fronteras amazónicas y han establecido relaciones con la primera. La presencia de Erick Moreno Hernández, conocido como 'El Monstruo' en un barrio de Brasil controlado por el PCC ha mostrado su presencia en Lima.



Entre las organizaciones de origen local han destacado Los Pulpos, originalmente una pandilla de Trujillo dedicada al robo de automóviles, evolucionada hacia una organización criminal especializada en asesinatos, secuestros, extorsión y cobro de cupos. Su modelo de negocio ha incluido operaciones transfronterizas de lavado de dinero hacia Chile, con denuncias de extorsiones registradas desde 2021. La organización ha logrado infiltrar estructuras policiales, como evidencian las acusaciones de vinculación entre policías y la banda. En el ámbito urbano metropolitano, bandas como "Los Malditos de Bayóvar" han establecido sistemas de extorsión territorial en San Juan de Lurigancho. Investigaciones periodísticas han inventariado estas organizaciones (por todas, Solar Silva, 2025). Cabe resaltar que las liberalidades respecto de las empresas de telefonía y bancarias usadas por las bandas y organizaciones criminales para planificar, extorsionar y mover el dinero obtenido ilícitamente, ha facilitado el éxito de sus actividades.

Finalmente, es fundamental no perder de vista las estructuras de crimen organizado relacionadas con el aparato estatal, vía la corrupción sistémica consolidada con el régimen de Boluarte y las bancadas congresales que lo sostienen. Se trata de tráfico de influencias, lavado de activos y asociación ilícita para delinquir en contrataciones públicas, donde empresas formales usan la legalidad para aparecer como proveedores o contratistas del Estado y saquear el erario público mediante sobrefacturaciones, obras fantasma y cárteles de licitaciones. El cártel emblemático fue el "Club de la Construcción", que se formó con grandes empresarios del rubro que le da el nombre, para negocios con Odebrecht y OAS, que comenzaban con el financiamiento de campañas electorales. Este esquema se ha descentralizado y ahora tenemos clubes de la construcción regionales, que financian campañas al Congreso, gobiernos locales y regionales, de modo que habiéndose eliminado casi todos los contrapesos de los poderes corruptos en el Ejecutivo y en el Congreso, se ha convertido nuestro país en un territorio donde el crimen organizado "no solo sobrevive, sino que se expande sin mayores dificultades" (Cárdenas, 2025).



La parte más violenta de esta infiltración es la que se ha dado en la Policía Nacional: Ojo Público (2025) ha reportado que entre 2019 y 2024, al menos 96 policías fueron investigados por vínculos con la minería ilegal. Lo que redunda en una seria debilidad para enfrentar eficazmente al crimen organizado, a pesar de los incrementos del presupuesto destinados al sector Interior que en 2025 han ascendido a S/12.214,8 millones (Ministerio del Interior del Perú, 2024). Si aplicamos a esa cifra el porcentaje de 12,7% estimado por la Contraloría General de la República (2024) de perdida por corrupción, tendríamos que en términos absolutos, en 2023 más de S/1400 millones se desviaron a causa de actos corruptos en dicho sector, drenando el financiamiento policial efectivo.

¿Otro mundo es posible?

A diferencia de Perú y otros países de América Latina, y en parte del país promotor de la ideología neoliberal, Estados Unidos, países que adoptaron otros modelos de desarrollo han llegado al fin del primer cuarto de siglo, en una mejor situación, en lo que atañe a la criminalidad violenta.

País/Región	Tasa de Homicidios (por 100k hab)	Índice de Criminalidad (2025)*
Vietnam	1.84 (2018)	40.80
China	0.53 (2020)	24.02
Cuba	4.46 (2019)	34.39
Perú	6.0 (2024)	67.12
América Latina (promedio)	20.2	60-80+
Estados Unidos	5.76 (2023)	49.22
Unión Europea (promedio)	0.87 (2023)	45.0

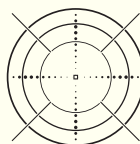
Como se ve de la tabla anexa, países que han adoptado desde hace décadas un modelo de desarrollo distinto del neoliberal, mantienen tasas de homicidios y criminalidad marcadamente menores a los de Perú, del promedio de América Latina y del propio Estados Unidos, país al que los recursos no le faltan. Igualmente, los países de modelos socialdemócratas, europeos, marcan cifras muy por debajo de Estados Unidos. En general, parece que hay una correspondencia entre crecimiento industrial con redistribución social legitimada culturalmente de parte de las ganancias (algo de lo que Estados Unidos carece) y tasas bajas de homicidios y criminalidad.

En ese sentido, Hasta el Banco Mundial (2025), propone, como punto de partida para contener las organizaciones criminales en Latinoamérica, un enfoque integral que fortalezca las instituciones y promueva oportunidades económicas legales, además de políticas basadas en evidencia para reducir la violencia y la criminalidad.

Lo que nos queda

A modo de conclusiones, presento las siguientes reflexiones finales:

1. El neoliberalismo aplicado en Perú es buen ejemplo de la ideología como “un conjunto de ideas pertenecientes a una clase social que sirven para legitimar el poder y la dominación” (Marx, 1974). Pues las ideas de desarrollo individual en un mercado con libre comercio han encubierto de un lado un Estado operado para darle ventaja a ciertos grupos oligárquicos y de otro, que ese mismo Estado se reduzca en su control efectivo del territorio al punto de dar libertad al crecimiento de organizaciones criminales constituidas para obtener ganancias de la explotación sin control de recursos naturales y de las personas necesarias para ello, o para la extorsión directa.



2. Hago mía la reflexión de Alarco (2019): “Se ufanan del manejo macroeconómico de los últimos 25 años, pero se olvidan de los escándalos asociados a la corrupción que comprometen no sólo a los partidos políticos sino a la tecnocracia que nos ha dirigido en estas últimas décadas. Asimismo, quieren que nos olvidemos de que el mayor vehículo para la corrupción han sido los proyectos de APP”.

3. Al agotamiento del modelo neoliberal ya a finales de la década pasada, confirmado durante la pandemia (Durand, 2020), ahogado por la corrupción sistémica que él mismo favoreció, se han sumado la liberalización de los entornos de las economías criminales, comenzando por el narcotráfico y la minería ilegal y terminando en el negocio de las extorsiones. Todo lo cual, junto a la falta de inversión efectiva en seguridad pública - investigación policial y fiscal, prevención social - y al debilitamiento de los equipos especializados policiales y fiscales, ha impulsado el crecimiento del crimen organizado alrededor de economías ilegales.

4. La captura de los poderes Ejecutivo y Legislativo por representantes de estas economías está evidenciando lo engañoso del concepto de “legalidad” para diferenciar las actividades económicas según su capacidad de aportar valor social o, por el contrario, de degradar la convivencia. Hemos visto como leyes del Congreso pueden “legalizar” actividades extractivas basadas en la destrucción del ambiente, la sobre explotación de las personas y el control violento del territorio, así como excluir del concepto legal de organización criminal a delitos de corrupción cometidos por congresistas o sus cómplices en el Ejecutivo y en empresas contratistas. En la práctica, el neoliberalismo ha degenerado en una cleptocracia con una legalidad propia.



5. Un nuevo modelo de desarrollo que genere paz social para las personas en todas sus dimensiones - cultural, económica, familiar – implica actuar sobre el Estado y la sociedad, en sentido inverso a los implementadores del agotado modelo neoliberal. Para el Estado se requiere generar un cuerpo de servidores públicos que pueda imponer las normas de orden público a cualquier interés privado, comenzando por los del crimen organizado. Asimismo, una nueva descentralización que permita gestionar los territorios, incluyendo las respuestas regionales al crimen organizado, de la mano con las poblaciones y sus organizaciones sociales, en orden a objetivos nacionales de desarrollo y lineamientos de planificación concertada. Y para la sociedad requerimos de políticas que propicien el fortalecimiento de organizaciones sociales, así como un sentido común que sin dejar de valorar los mercados como instancias de intercambio económico y la estabilidad monetaria, recupere tradiciones comunitarias de nuestra experiencia histórica, adaptándolas al presente. ★

REFERENCIAS

- Acuña Sáez, H. D. (2016). Corrupción legitimada: ¿Influye la informalidad? Evidencia del Perú [Tesis de maestría, Pontificia Universidad Católica de Chile]. Repositorio Institucional PUC. <https://economia.uc.cl/biblioteca/corrupcion-legitimada-influye-la-informalidad-evidencia-del-peru/>
- Alarco Tosoni, G. (2019). Una agenda post neoliberal. Otra Mirada.
- Banco Central de Reserva del Perú. (2020). Memoria anual 2019. BCRP.
- Banco Mundial. (2025). Crimen organizado y violencia en América Latina y el Caribe. <https://www.bancomundial.org/es/region/lac/publication/perspectivas-economicas-america-latina-caribe>
- Cacciamali, M. C. (2023). Consecuencias de la economía informal/subdeclarada. En R. V. de Oliveira, P. Varela & A. M. Calderón (Eds.), *Informalidad en América Latina* (pp. 179–184). Universidad de Alicante.
- Calloquispe, M. (2025, 28 de marzo). «Chili», el presunto nuevo líder de la minería ilegal en Madre de Dios vinculado a recientes crímenes. Info región. <https://inforegion.pe>
- Cárdenas, V. (2025, 23 de marzo). Perú en crisis: La inseguridad que consume al país y amenaza a la región. CIPER Chile.
- Chávez Cruz, M. S. (2018). Crítica de las políticas neoliberales en el Perú. *Economía (PUCP)*, 41(81), 183–188. <https://doi.org/10.18800/economia.201801.008>

- Contraloría General de la República. (2024). Incidencia de la corrupción e inconducta funcional, 2023: Documento de investigación.
- Corcuera, J. (2019). Crimen organizado en Perú: Crecimiento y expansión del fenómeno extorsivo a nivel nacional. Real Instituto Elcano. <https://www.realinstitutoelcano.org>
- Dancourt, O. (2019). Crecimiento y empleo en el Perú: 2011–2018. Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Durand, A. (2020). Coronavirus y neoliberalismo en el Perú. Revista CELAG. <https://www.celag.org/coronavirus-y-neoliberalismo-en-el-peru/>
- El País. (2025, 22 de febrero). Los Pulpos, la banda de cuatro hermanos que siembra el terror en Perú y Chile. <https://elpais.com/chile/2025-02-22/los-pulpos-la-banda-de-cuatro-hermanos-que-siembra-el-terror-en-peru-y-chile.html>
- Energiminas. (2024, 23 de febrero). 69.5% de las exportaciones del país son generadas por el sector Energía y Minas. <https://energiminas.com/2024/02/23/69-5-de-las-exportaciones-del-pais-son-generadas-por-el-sector-energia-y-minas/>
- Fundación para la Conservación y el Desarrollo Social. Perú. (2024). ¿Hacia la resiliencia de las cadenas logísticas del narcotráfico y la minería ilegal? https://fcds.org.pe/wp-content/uploads/2024/11/INFORME_HACIA-LA-RESILIENCIA-DE-LAS-CADENAS-LOGISTICAS-DEL-NARCOTRAFICO-Y-LA-MINERIA-ILEGAL.pdf
- Instituto Nacional de Estadística e Informática. (2021). Evolución de la pobreza monetaria 2009–2020. INEI.
- Instituto Nacional de Estadística e Informática. (2023). Situación del mercado laboral en Lima Metropolitana. INEI.
- Instituto Peruano de Economía (IPE). (2025). <https://ipe.org.pe/en-el-2025-exportaciones-de-oro-ilegal-superarian-los-us12-mil-millones/>
- Iturralde, M. (2023). Neoliberalism and crime control fields in Latin America. En B. A. Arrigo & R. A. K. Aitchison (Eds.), *The weight of empire: Crime, violence, and social control in Latin America—and the promise of southern criminology* (pp. 1–20). Oxford University Press.
- Marx, K. (1974). *La ideología alemana*. Barcelona. Citado por Calle, Y. (2021). <https://revistapares.com.ar/wp-content/uploads/2021/06/3-Tamayo-Calle-Yeimy-Leccett-EL-CONCEPTO-DE-IDEOLOGIA-FRENTE-A-LAS-RELACIONES-DE-PRODUCCION.htm>
- Ministerio de Economía y Finanzas. (2015). Marco macroeconómico multianual 2016–2018. MEF.
- Ministerio del Interior del Perú. (2024, 30 de septiembre). Presupuesto 2025 del Mininter fortalecerá la lucha frontal contra la criminalidad organizada [Nota de prensa]. Portal del Estado Peruano.
- Neffa, J. (2023). Informalidad y delito en América Latina. En R. V. de Oliveira, P. Varela & A. M. Calderón (Eds.), *Informalidad en América Latina* (pp. 97–104). Universidad de Alicante.
- Ojo Público. (2025). Matanza en Pataz revela el poder de nuevos actores en la minería ilegal. <https://ojo-publico.com/5660/matanza-pataz-revela-poder-nuevos-actores-la-mineria-ilegal>
- Ojo Público. (2025, 25 de mayo). Redes criminales: 96 policías investigados por nexo con minería ilegal. <https://ojo-publico.com/tag/crimen-organizado>
- Organización Internacional del Trabajo. (2023). Panorama laboral 2023: América Latina y el Caribe. OIT.

- Paredes, G. (2022). Narcoterrorismo y tráfico ilícito de drogas en Perú: Un problema de difícil solución. *Revista de Ciencia e Investigación en Defensa*, 3(2).
<https://doi.org/10.58211/recide.v3i2.69>
- Piketty, T. (2014). *Capital in the twenty-first century* (A. Goldhammer, Trans.). Harvard University Press.
- Ramos Navarro, M. J. (2023). El fenómeno de la informalidad en el Perú: Desafíos y oportunidades para la seguridad nacional. *Revista Cuadernos de Trabajo*, 25, 41–53.
- Revista PUCP. (2024). Crítica de las políticas neoliberales en el Perú.
<https://repositorio.pucp.edu.pe/index/handle/123456789/123456>
- Solar, D. (2025). <https://www.infobae.com/peru/2025/01/02/un-ano-bajo-el-terror-del-sicariato-y-la-extorsion-el-avance-de-las-bandas-criminales-en-el-peru-y-lo-que-podria-pasar-el-2025/>
- Superintendencia de Banca, Seguros y AFP (SBS). (2023). Análisis de la minería ilegal como delito precedente. SBS.
- Valdés, R., & Basombrío, C. (2024). Las economías criminales y su impacto en el Perú. CHS Alternativo. https://chs-peru.com/wp-content/uploads/2024/07/Version-Resumida-espanol-e-ingles_vf.pdf



REGRESIÓN DEMOCRÁTICA Y CONTRAGOLPE AUTORITARIO

1. Asedio y deslegitimación del gobierno de Castillo

Pedro Castillo fue elegido democráticamente, pero desde su triunfo enfrentó una ofensiva sistemática de deslegitimación por parte del fujimorismo, medios de comunicación y sectores conservadores. Estas fuerzas promovieron discursos racistas y clasistas, además de acusaciones infundadas de fraude electoral para socavar su mandato.



2. Golpe parlamentario y represión estatal

Frustrados en su intento de destituirlo legalmente, estos sectores radicalizaron su estrategia. Tras el fallido intento de Castillo por disolver el Congreso (7 de diciembre de 2022), se consumó lo que muchos consideran un "contragolpe". El gobierno de Dina Boluarte respondió a las protestas con represión: entre diciembre de 2022 y marzo de 2023, más de 50 muertos y 1,400 heridos.



3. Consolidación autoritaria y pacto político

La continuidad del régimen de Boluarte se sustenta en un pacto entre el fujimorismo, el cerronismo y otras fuerzas conservadoras, quienes controlan el Congreso, el Poder Judicial, el Tribunal Constitucional y presionan a organismos electorales. Este bloque busca impunidad mutua y la protección de intereses políticos y económicos, mientras la figura de Boluarte opera como fachada.



4. Crisis electoral y riesgo democrático

De cara a las elecciones de 2026, la proliferación de partidos y la captura institucional amenazan la transparencia del proceso. La fragmentación del voto podría favorecer a candidatos autoritarios, como Keiko Fujimori o Rafael López Aliaga. El debilitamiento institucional y la concentración de poder comprometen seriamente la calidad democrática del país.



¿ASAMBLEA CONSTITUYENTE CIUDADANA O PLURINACIONAL?



NICOLÁS LYNCH

Introducción

Este es un texto que parte del desconcierto. De observar cómo las fuerzas progresistas de izquierda son capturadas por eslóganes de los cuales no tienen mayor explicación, salvo que suenan bien, que parecen correctos porque otros los repiten. Es el caso de la plurinacionalidad para caracterizar la construcción nacional en el Perú. Resulta que ahora ya no somos una sino varias naciones, aparentemente en construcción. Esta cuestión, salvando las distancias por supuesto, ya la resolvió José Carlos Mariátegui en el texto “El problema de las razas en América Latina”, llevado por Hugo Pesce a la Primera Conferencia Comunista en Buenos Aires, en junio de 1929, ¡hace casi un siglo! Esto para polemizar con los comisarios de la Internacional Comunista que buscaban imponer la idea de propiciar repúblicas con entidad étnica ancestral; mutatis mutandis, lo que parecería pretender hoy nuestros ocasionales adversarios. Pero no solo Mariátegui; también toda una saga de científicos sociales de las décadas de 1960, 1970, 1980 y 1990 del siglo XX desarrollaron este pensamiento mariateguista, como mostraremos en el texto. La polémica es antigua cuando se trata de la cuestión nacional, es el debate entre lo primordial, el ancestro, y el proyecto, lo que proponemos para el futuro. El marxismo, cómo olvidarlo, tiene mucho que decir en el debate, que, sin la brillantez de José Carlos Mariátegui en nuestras lindes y el austromarxista Otto Bauer en el Occidente capitalista, no hubiera avanzado mucho. Pero nosotros, como peruanos y latinoamericanos, también hemos tomado la palabra, tal como reseño, en los últimos cien años. O sea que, afortunadamente, en este tema también somos creadores de un pensamiento propio, que va más allá de los primordialismos y las nostalgias que se quieren pasar como novedades.

Nuevamente, otra coyuntura decisiva

Conforme avanza la coyuntura de cara a las elecciones de 2026, queda muy claro que la salida debe ser planteada en términos no solo democráticos y electorales, sino también constituyentes. La razón está, y la he señalado muchas veces en mí ya largo activismo a favor de una Nueva Constitución, en el tipo de crisis que vivimos.

No se trata de una crisis solo coyuntural, de gobierno, que se soluciona cambiando personas, sino de otra mucho más profunda, de régimen político, de las instituciones ya putrefactas de esto que todavía quiere llamarse democracia. Esta democracia, entonces, ya no tiene compostura; necesitamos otra democracia. Pero la crisis no termina allí, no se queda en gobierno y régimen político, sino que es también de Estado, de ese órgano que directa e indirectamente debe ser capaz de reproducir la dominación del capitalismo neoliberal en el que vivimos. Y este Estado ha perdido —lo vemos también todos los días en las noticias— lo que en la política se señala como el elemento fundamental para considerarlo eje de la dominación: el monopolio de la violencia física legítima sobre un territorio y una población determinada. ¿Qué monopolio de violencia física legítima puede existir en medio de la descomposición moral actual? Sería un chiste considerar violencia física legítima el sicariato, la extorsión criminal y la masacre a la que fueron sometidos, a todas luces por agentes gubernamentales, los peruanos que se rebelaron contra el contragolpe congresal de diciembre de 2022.

Frente a esta situación, a una crisis de fondo corresponden soluciones de fondo. De allí la necesidad de una salida constituyente, que busca regresar a las fuentes mismas del poder: la soberanía del pueblo, para encontrar un camino de salida. No son solo remiendos de lo existente lo que necesitamos, sino recreación sobre lo que tenemos entre manos, lo que debemos hacer.

En esta circunstancia, creo que es muy importante considerar varias cosas. Una cuestión crucial son los tiempos, que en este caso están definidos por la capacidad de los actores. Por ello, es muy importante señalar que, por la profundidad de la crisis y la debilidad de los actores, tanto de izquierda como de derecha, este problema de fondo no va a tener solución en este período político, lo que no significa cruzarse de brazos porque la correlación que se forje hoy definirá la que se establezca mañana. Sé que esto desanima a los que ya tienen listos sus maquillajes de campaña, pero es la verdad. Hay que prepararse para un cambio de período, más duro que el actual, que ojalá nos tenga, cosa que no sucede ahora, disputando el liderazgo. Pero, para que ello ocurra, debemos redoblar esfuerzos, desde ahora, para afianzar el camino constituyente.

¿De qué constitución se trata?

En este horizonte, nos toca avanzar en el contenido del proyecto constituyente que buscamos. ¡Ojo!, no se trata solo de lo que quisiéramos, sino de lo que el Perú necesita en el actual momento histórico que vivimos. Para avanzar en el contenido, tenemos que definir primero en qué camino estratégico estamos. Parece mentira, pero aquí asoma la nostalgia. No se terminan de sacar las consecuencias de hechos históricos muy tozudos que cambiaron la época, en especial para la izquierda, en la que vivimos. Luego de la caída del muro de Berlín y el colapso de la Unión Soviética, ya no se trata de asaltar el poder, en el modelo de la revolución rusa o más cerca de la cubana, para tenerlo luego todo a disposición e implementar el proyecto de transformación que se quiera. Esa posibilidad ha desaparecido.



El desarrollo democrático en América Latina, que se debe sobre todo a nuestros pueblos, nos señala que el camino es la democratización de la democracia, la extensión y profundización y sobre esa base la transformación democrática de lo que hemos tenido (no solo de lo que tenemos ahora) como democracia. En esta democratización, para que sea tal, los movimientos sociales y los partidos políticos de izquierda y progresistas deben construir un liderazgo para que esta transformación sea efectiva, pero un liderazgo plural en competencia con los que son distintos y plantean otras alternativas. Este planteamiento en el Perú, por la experiencia política vivida, significará una transformación revolucionaria, por más que en la práctica no sea, en homenaje a los tiempos idos, una “vuelta de la tortilla”, sino un proceso de reformas, pero en serio y sostenido, que nos lleve finalmente a establecer otra orientación social y política.

De allí que la principal dirección de un proceso constituyente debe ser política y democrática, en el sentido más amplio del término. Esta dirección empieza en el órgano que debe procesar los cambios: una Asamblea Constituyente. Esto no es solo un eslogan, sino que expresa la necesidad de una herramienta que está definida por su naturaleza: nuevamente, expresión de la fuente más profunda del poder: la soberanía popular. La soberanía es una palabra que ha buscado ser devaluada en el último tiempo, a partir de la globalización neoliberal del planeta. Nos han tratado de convencer de que los Estados nacionales eran cosa de otro tiempo y que debíamos pactar con el poder transnacional y, mejor todavía, con el imperio de turno. Los Estados Unidos se desesperan por esto en la “era Trump”. La soberanía, sin embargo, persiste como la bandera fundamental de los pueblos y gobiernos que aspiren a un mundo más democrático y justo. Sin ella, como propuesta y realidad, estamos entregando nuestro futuro a otros que ya deciden y quieren seguir decidiendo por nosotros. Por ello, desde la Revolución Francesa, se define al poder constituyente como el pueblo reunido en una asamblea elegida para el fin específico de dar una constitución (Sièyes, 1989).

La composición de la Asamblea Constituyente

Lo siguiente es la composición de la Asamblea, para que sea un órgano capaz de representar el conjunto de la población peruana. Aquí viene la referencia que se hace en el título de este artículo y que creo fundamental para definir el futuro del proceso constituyente. ¿Se trata de recuperar una representación universal de la población peruana, que ha estado ausente en nuestra historia, o de mantener alguna forma de representación particularista, como ha impuesto la oligarquía y sus sucedáneos neoliberales después, y parecen insistir algunas tendencias de izquierda? Me interesa tomar esta contraposición en el análisis, pero sobre todo analizar lo último por ser banderas equivocadas que pueden llevar a estruendosos fracasos.

La visión corporativa de la representación popular

El afán de entronizar representaciones particularistas está presente en dos eslóganes, porque no conozco alguna fuente más extensa que desarrolle sus argumentos: me refiero a “Asamblea Constituyente Popular” y a “Asamblea Constituyente Plurinacional”. El primer eslogan es fácilmente descartable porque alude a la necesidad de que la Asamblea Constituyente que se propone esté conformada por delegados de organizaciones populares. Sin embargo, hay que prestarle atención porque en este mundo de “frases que suenan”, su referencia directa al pueblo le da cierto lustre. En la realidad, es un punto de vista sostenido por aquellos que todavía proponen el asalto al poder, sin reparar en la pérdida de vigencia de esta estrategia luego del cambio de época al que aludimos. Este es un formato corporativo que obvia individuos y clases y pretende que la representación esté en manos de determinados sectores organizados de las clases oprimidas. Pero en el terreno de la izquierda, este ya demostró su fracaso en los inicios de la revolución rusa, cuando el naciente poder soviético cerró una Asamblea Constituyente elegida por voto universal, por el pequeño detalle de que los bolcheviques perdieron la elección,

quedaron segundos luego de los socialistas revolucionarios (Arato, 2017). Los soviets posteriores, con los que el bolchevismo naciente terminó con el pluralismo político, significarían la defunción de la democracia socialista, como lo dijeron en su momento socialistas tan importantes como Karl Kautsky (1975) o Rosa Luxemburgo (1980). Por lo demás, en el Perú actual enfrentan un problema que no parece resoluble: ¿quién define cuáles son las organizaciones populares a representar? Recordemos que allí donde se ha escogido esta fórmula, ha sido la tendencia dominante la que ha cumplido esta función, pero con ello, nos despedimos también del pluralismo y la competencia política. En resumen, es una propuesta de quienes no están interesados en refundar una polis o comunidad política plural y democrática donde convivamos unos y otros para construir el Perú diverso que anhelamos.

La cuestión plurinacional

Sin embargo, me interesa más el segundo de los eslóganes, “Asamblea Constituyente Plurinacional”, porque lo encuentro más cerca de mi preocupación por reivindicar la realidad diversa de una nación en formación y porque tiene cierta popularidad en la juventud militante de izquierda, por más, repito, que no existan argumentaciones desarrolladas sobre el tema. Creo, lamentablemente, que es la moda en algunos países latinoamericanos y una cierta manera, sin perspectiva política, de asumir nuevas sensibilidades. El calificativo “plurinacional” al planteamiento de Asamblea Constituyente, hasta donde alcanzo a comprender, refiere a que estaríamos en un país compuesto por varias naciones, que deberían tener de manera preferente representación en dicha Asamblea. Este planteamiento plurinacional se opone a la bandera que hasta hace pocos años levantaban diversos sectores e intelectuales de izquierda que consideran al Perú una nación en formación. Creo que se cae en el error de mirar a otros países, como Bolivia y Ecuador, en lugar de empezar por mirar al Perú.

Creo que este planteamiento plurinacional tiene graves errores: teóricos, históricos y políticos. Primero, confunde etnias con naciones. Para que una etnia, entendida como un grupo de personas que se identifican con un origen, un territorio, una tradición, una cultura y tienen una lengua común, se convierta en nación, debe tener un mínimo de economía y una estructura política que le den poder para constituirse, en la identidad de uno o de varios pueblos en un proceso histórico (Calhoun, 2007). Se dice, por ello, que la nación es un artefacto moderno, creado sobre un linaje étnico, pero desarrollado como un proyecto de hegemonía cultural y política con determinados objetivos al respecto. Otto Bauer (1979) lo resume como la formación de una comunidad de destino para forjar una comunidad de carácter. Recoge así lo ancestral en la historia y lo articula con un proyecto de presente y futuro.

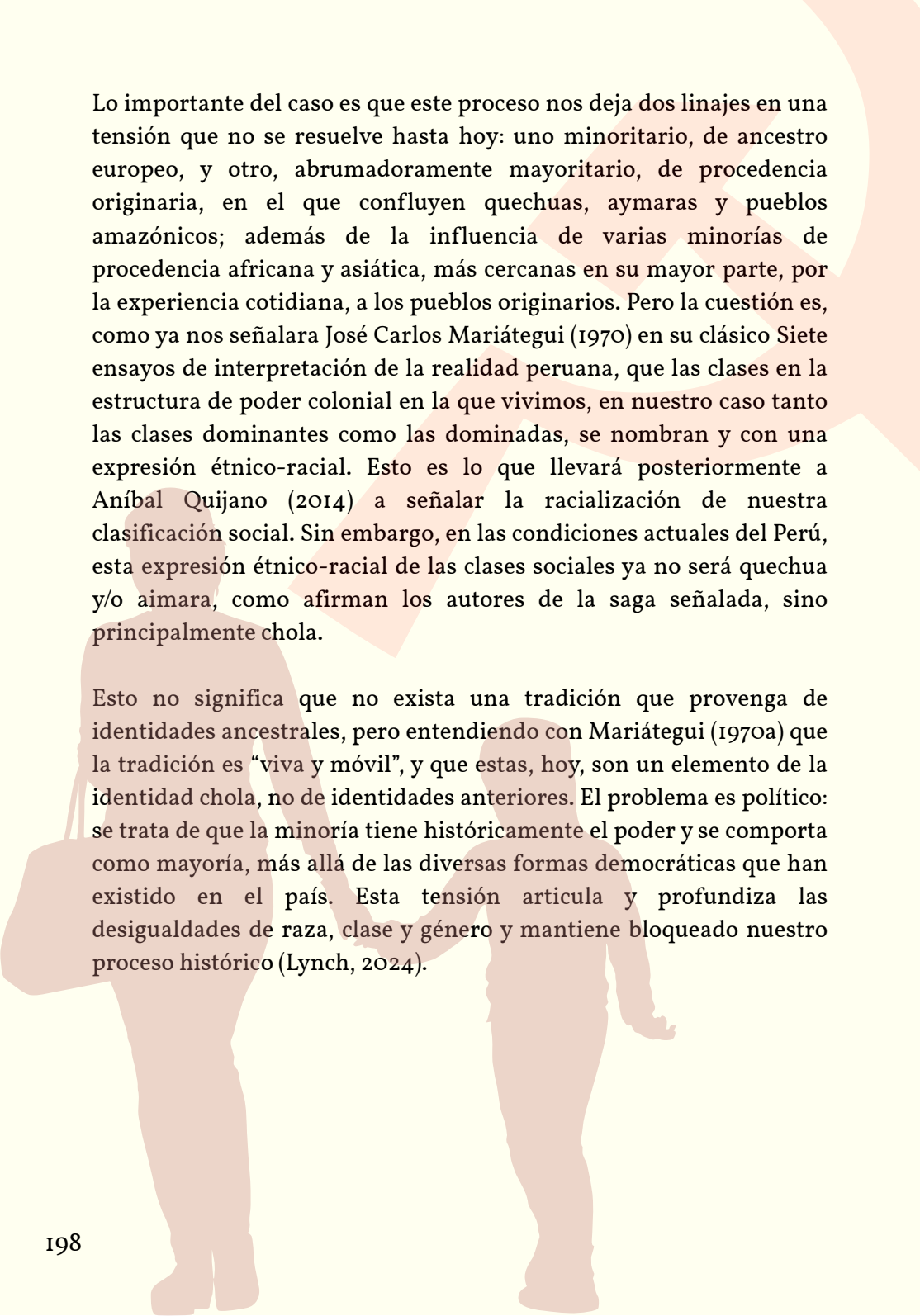
Nuestro proceso histórico, por otra parte, está definido por el hecho colonial. Los pueblos del Perú antiguo sufrieron la conquista y la colonización española. Procesos brutales que liquidaron a la mayor parte de la población existente (Cook, 2010). Dos cuestiones al respecto caben resaltar: la larga guerra de conquista, de 40 años de duración, que terminó con entre el 80% y el 90% de la población existente, y la extinción del movimiento nacional Inka del siglo XVIII (Rowe, 1976), cuya expresión más alta es la derrota del levantamiento de Túpac Amaru II a fines del siglo XVIII. Sinesio López (1979) nos señala que estas derrotas, en especial la última, destruyeron a las élites indígenas, tanto a la nobleza imperial –si cabe el término– como a los kurakas, un grupo intermedio que mediaba entre los españoles y el resto de la población originaria.

Esta destrucción de la élite indígena y la conversión de los pueblos originarios, nos dice el mismo López, en campesinado siervo, en algunos casos semiesclavo, limitó drásticamente sus posibilidades de tener un futuro como nación o naciones originarias. De allí el carácter criollo de la independencia y la expansión del gamonalismo en el siglo

XIX. Esto abrió camino al papel del capitalismo neocolonial en el siglo XX, una cuestión que es muy importante para explicar el proceso de formación de la nación y sus frustraciones a lo largo de la república.

El desarrollo capitalista en el Perú, de carácter primario exportador, produjo uno de los fenómenos sociales más importantes del siglo XX: la migración campo-ciudad, de los pueblos y comunidades, principalmente andinas, a las ciudades de la costa, sobre todo Lima. Esta migración tuvo como consecuencia un proceso que Aníbal Quijano (1964) denominó cholificación, la conversión del migrante indígena en un nuevo sujeto social urbano, que es como denomina al cholo. Este proceso es el que Carlos Iván Degregori (2014), en su crítica al libro de Alberto Flores Galindo *Buscando un Inka* (1988), resume señalando que el campesino andino no está esperando un Inka sino un camión que lo traiga a Lima. Sin embargo, es una saga de pensamiento mayor en la que continúan Carlos Franco (1985, 1991), Sinesio López (1997) y el mismo Degregori (2014).

Esto nos lleva a la cuestión del mestizaje, que tiene mala prensa entre los sectores progresistas, porque se le emparenta con el mestizaje oligárquico que ha planteado, por lo menos desde la vuelta del siglo entre el XIX y el XX, la integración nacional desde arriba, en un intento hegemónico de redimir la herencia católica que nos vendría de la conquista española, de la cual creo que es el mejor ejemplo el libro *Peruanidad* de Víctor Andrés Belaúnde (1987). Sin embargo, como hemos señalado (Lynch, 2016), también existe una tradición de reflexión intelectual, desde la dinámica popular, que alienta un pensamiento distinto y que plasma como nadie Arguedas (1983) en su discurso “Yo no soy un aculturado...” en el que no solo plantea sino se regocija y a la vez sufre el acervo cultural del que viene y lo que este ha hecho de su presente.



Lo importante del caso es que este proceso nos deja dos linajes en una tensión que no se resuelve hasta hoy: uno minoritario, de ancestro europeo, y otro, abrumadoramente mayoritario, de procedencia originaria, en el que confluyen quechuas, aymaras y pueblos amazónicos; además de la influencia de varias minorías de procedencia africana y asiática, más cercanas en su mayor parte, por la experiencia cotidiana, a los pueblos originarios. Pero la cuestión es, como ya nos señalara José Carlos Mariátegui (1970) en su clásico *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, que las clases en la estructura de poder colonial en la que vivimos, en nuestro caso tanto las clases dominantes como las dominadas, se nombran y con una expresión étnico-racial. Esto es lo que llevará posteriormente a Aníbal Quijano (2014) a señalar la racialización de nuestra clasificación social. Sin embargo, en las condiciones actuales del Perú, esta expresión étnico-racial de las clases sociales ya no será quechua y/o aimara, como afirman los autores de la saga señalada, sino principalmente chola.

Esto no significa que no exista una tradición que provenga de identidades ancestrales, pero entendiendo con Mariátegui (1970a) que la tradición es “viva y móvil”, y que estas, hoy, son un elemento de la identidad chola, no de identidades anteriores. El problema es político: se trata de que la minoría tiene históricamente el poder y se comporta como mayoría, más allá de las diversas formas democráticas que han existido en el país. Esta tensión articula y profundiza las desigualdades de raza, clase y género y mantiene bloqueado nuestro proceso histórico (Lynch, 2024).

No existen entonces diversas naciones que puedan confluir en un Estado plurinacional, sino un vasto mestizaje en el que el contingente histórico cholo, como nuevo sujeto social que se transforma en la ciudad, hoy ya de cuarta o quinta generación, ha capturado, como decía Franco, la sociedad, al referirse al “carácter básicamente cholo de la sociedad peruana contemporánea” (1985), y solo le falta capturar el Estado. La mayoría puede ganar elecciones, como fue el caso de Pedro Castillo, pero nunca serán considerados iguales, mientras no ocurra una transformación de la estructura social racializada que permita la transformación del Estado.

En estas condiciones, no tiene sentido un proyecto político de Asamblea Constituyente Plurinacional, basado en un sujeto inexistente, porque está condenado al fracaso y al aislamiento político. En el debate sobre la formación de las naciones, esta se consideraría una posición esencialista o primordial, que busca sujetos y valores del pasado para ponerlos nuevamente en actividad. Lo que puede ser encomiable desde el punto de vista de alguna arqueología política, pero que no tiene lugar en la lucha por el poder, en la que son indispensables sujetos reales que produzcan hechos concretos.

La cuestión ciudadana

Pero vayamos a las ventajas de la propuesta de una Asamblea Constituyente Ciudadana. La palabra ciudadanía entre nosotros también suscita reacciones equívocas, porque ha estado asociada con la democracia limitada y muchas veces abiertamente falsa que hemos tenido. Sin embargo, en el caso de la convocatoria a una Asamblea Constituyente es crucial recuperarla porque alude, como decía líneas arriba, a la representación universal de toda la población adulta que aspira a forjar una comunidad política igualitaria. Justamente, si algo han negado los sectores dominantes, oligarcas primero y neoliberales después, ha sido la representación universal. Ellos lo que han buscado es mantener la representación particularista, de grupos de interés, que

eventualmente se organiza como clase y que garantiza sus privilegios. Por esto, la representación ciudadana, seriamente implementada, causa un escozor muy grande y sería entonces un avance muy importante.

El reemplazar particularismo que conduce a privilegios con universalismo que busca el interés general tiene además la virtud de abrir la posibilidad de aprobar un texto constitucional que exprese, sino a toda, a la gran mayoría de la población. Esto me remite a la experiencia de la Convención Constitucional chilena de pocos años atrás, en la que se reemplazaron los particularismos de los de arriba con una enorme lista de particularismos desde abajo, que no permitió recuperar el universal ciudadano y generó finalmente el rechazo de la población. Una vez más, el todo no es igual a la suma de las partes.

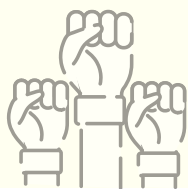
Empero, el núcleo que pone en acción una efectiva representación ciudadana es la ampliación de la igualdad de estatus, de la consideración del otro como igual (Weber, 1979), que no termina con las desigualdades básicas de raza, clase y género; especialmente con la explotación y la sobreexplotación capitalistas que potencian las demás desigualdades. Pero esto no significa que los avances en la igualdad de estatus no puedan producir mejores condiciones para la lucha contra las desigualdades señaladas (Barbelet, 1988; Marshall & Bottomore, 1993). Este entendimiento de la ciudadanía que va más allá del ser miembro de una determinada comunidad política y tener los derechos a elegir y ser elegido podría crear una situación radicalmente nueva en la política peruana y ser un muy importante motor de democratización.



La Torre de Babel de la representación como corolario

Si algo es ejemplo, mejor que muchas otras cosas, de la debilidad de la democracia en el Perú es el desorden en la representación política. No vamos a entrar al detalle porque no nos toca aquí, pero sí señalar cómo la tensión entre la representación ciudadana y la plurinacional pueden dañar aún más la desigualdad electoral existente. A los problemas actuales de barreras muy altas para entrar al sistema electoral y muy bajas para quedarse, a la subrepresentación de la ciudadanía, a la falta de controles de los representantes elegidos, a la ausencia de partidos con elecciones primarias abiertas y a la existencia de un distrito electoral tan grande como Lima, en el que nadie sabe quién es su representante, se suma ahora, parafraseando a Guillermo Nugent (2012), el “laberinto de la choledad”. En un país en el que la identidad étnica del bloque mayoritario es chola, donde cholo, sea de ancestro quechua, aimara, amazónico, afrodescendiente e incluso asiático, se confunde con la mayoría ciudadana y popular del Perú, ¿cómo se va a representar a la población? ¿Se pretende acaso hacer un corte quirúrgico por ancestros étnicos para tener una población adecuadamente representada? ¿O quizás hacer una representación simbólica con escaños dedicados a cada uno de estos ancestros? ¿Cómo van a votar los quechuas? ¿Como andinos, como quechuas, como limeños (donde los expertos señalan que está la mayor población de ancestro quechua), o como cusqueños? ¿Hay necesidad de deshacer este entuerto para salvar nuestro futuro y quizás morir en el intento?

Quizás en el caso de las comunidades amazónicas, que juntan territorio, tradición y estructura política, podría tener sentido una representación directa, pero su número pequeño de personas con relación a la población nacional, hace que no sea el mejor de los ejemplos en cuestión.



Es indudable que ninguna de estas cosas funcionaría para las poblaciones originarias mayoritarias y, es más, el mayor desorden molestaría mucho a una ya indignada población. Me parece que lo que toca, de la mano con el proyecto constituyente, es una amplia reforma tanto partidaria como electoral, que aborde los temas señalados líneas arriba, teniendo como norte una mejor y mayor representación política, que las personas y comunidades se sientan verdaderamente representadas.

La representación política es eficiente en la medida en que conecta a la sociedad organizada con la sociedad política, en especial los partidos, para que estos se conviertan en herramientas de movilización de la ciudadanía.

La refundación del Perú

Por último, una cuestión que se plantea tanto desde la propuesta plurinacional como desde la propuesta ciudadana: la necesidad de una refundación republicana del Perú. Esta es una parte central del asunto, si en el preámbulo de una Nueva Constitución se rediseña la identidad del país como, por ejemplo, “una nación en formación pluricultural y multilingüe”, necesariamente tiene que plantearse también la refundación republicana del Perú. Pero, mucho cuidado, refundación y no fundación, porque el Perú es un país con más de 200 años de existencia y una rica experiencia como tal, más allá del Estado ajeno, los malos gobiernos y la persistente opresión de las mayorías por una minoría a la que le importa poco nuestro destino. Por eso, porque estamos partiendo de lo que existe es que planteamos refundar, pero desde una perspectiva unitaria, como nación en formación.

El planteamiento refundador, sin embargo, si no va dentro de una perspectiva unitaria, pierde su razón de ser, porque ya no tenemos claro qué queremos refundar y lo que es más grave, nuestros enemigos políticos, en especial la extrema derecha que no está interesada en la democracia, tendrá un caballito más de batalla para desaparecerlos. ★

Referencias

- Arato, A. (2017). Epilogue. Breaking the link between revolution and Sovereign Dictatorship. The case of the Russian Constituent Assembly. En *The adventures of the constituent power. Beyond Revolutions?* Cambridge University Press.
- Arguedas, J. M. (1983). No soy un aculturado. En *Obras completas* (Tomo V). Editorial Horizonte.
- Barbelet, J. M. (1988). *Citizenship*. University of Minnesota Press.
- Bauer, O. (1979). La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia. Siglo XXI.
- Belaúnde, V. A. (1987). *Peruanidad*. (Obras completas t. V). Edición de la Comisión Nacional del Centenario.
- Calhoun, C. (2007). *Nacionalismo*. Libros del Zorzal.
- Cook, N. D. (2010). La catástrofe demográfica andina. Perú 1520-1620. Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Degregori, C. I. (2014). Del mito mariateguista a la utopía andina. ¿Cómo despertar a la bella durmiente? Por una antropología en el Perú. Instituto de Estudios Peruanos.
- Flores Galindo, A. (1988). *Buscando un Inca*. Editorial Horizonte.
- Franco, C. (1985). Nación, Estado y Clases: condiciones del debate en los 80. *Socialismo y Participación*, (29). Centro de Estudios para el Desarrollo y la Participación.
- Franco, C. (1991). Imágenes de la sociedad peruana: la otra modernidad. CEDEP.
- Kautsky, K. (1975). *La dictadura del proletariado*. Editorial Grijalbo S.A.
- López Jiménez, S. (1997). *Ciudadanos reales e imaginarios*. Instituto de Diálogo y Propuestas.
- López, S. (1979). De Inkas imperiales a campesinos indígenas. *El Dios Mortal*. Estado, sociedad y política en el Perú del siglo XX. Lluvia editores; Universidad Nacional del Cusco.
- Lynch, N. (2016, 16 de octubre). ¿Ha muerto el mestizaje? Otra Mirada. <https://nicolaslynch.pe/opinion/ha-muerto-el-mestizaje>
- Lynch, N. (2024). *El proceso constituyente en el Perú*. CLACSO; Lluvia editores.
- Luxemburgo, R. (1980). La revolución rusa. En R. Luxemburgo & G. Lukacs, *Sobre la revolución rusa*.

- Mariátegui, J. C. (1970). Siete ensayos de interpretación de la sociedad peruana. Editorial Amauta.
- Mariátegui, J. C. (1970a). Heterodoxia de la tradición. En Peruanicemos al Perú. Editorial Amauta.
- Marshall, T. H., & Bottomore, T. (1998). Ciudadanía y clase social. Alianza Editorial.
- Nugent, G. (2012). El laberinto de la choledad (2.a ed.). Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas.
- Quijano, A. (1964). Lo cholo y el conflicto cultural en el Perú. Dominación y Cultura. Mosca Azul editores.
- Quijano, A. (2014). Colonialidad del poder y clasificación social. En Cuestiones y horizontes. Antología esencial. De la dependencia histórico estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder. CLACSO.
- Rowe, J. (1976). El movimiento nacional Inka del siglo XVIII. En A. Flores Galindo (Ed.), Túpac Amaru-1780. Antología. Retablo de papel ediciones.
- Sièyes, E. (1989). ¿Qué es el Tercer Estado? Ensayo sobre los privilegios. Alianza Editorial.
- Weber, M. (1979). Economía y Sociedad. Fondo de Cultura Económica.



VARGAS LLOSA: ENTRE EL PERO Y EL SIN EMBARGO



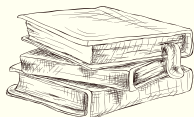
GRACE GÁLVEZ

Creo que todos coincidimos aquí: el Premio Nobel de Literatura obtenido por Mario Vargas Llosa en el 2010 fue más que merecido. Sus cualidades como escritor son innegables. Su trabajo escritural constante tuvo como resultado sus múltiples reconocimientos, tanto en el Perú como alrededor del globo, que finalmente lo llevaron al galardón más apreciado y deseado por un escritor.

Sin embargo, hay un sin embargo. Lamentablemente. Muchos amantes de la literatura hubiéramos querido que quede allí. Hubiéramos querido admirarlo como el gran escritor que fue, apreciar el gran nivel de su obra, celebrar sin cuestionamientos todos los lauros que trajo al Perú. Y aquí viene el sin embargo: no podemos hacerlo por el deplorable papel político que jugó en las últimas décadas.

Solo en el último lustro, recordar su adhesión a la candidatura presidencial de Keiko Fujimori —hija del dictador Alberto Fujimori y procesada por liderar una organización criminal y por lavado de activos— y la recepción de una condecoración de las manos ensangrentadas de la presidenta más impopular del orbe Dina Boluarte genera una espantosa desazón.

Se ha hecho múltiples veces la pregunta sobre si se puede separar la obra del autor. No se puede. Como dijo la periodista Laura Arroyo, el escritor mismo no quiso hacer tal separación. Su apoyo a políticos de ultraderecha con denuncias graves por corrupción y violación de derechos humanos fue activo, abierto y bastante consciente.



Nos encontramos, entonces, entre la espada y la pared al hablar de Vargas Llosa: lo que nos entregó en su literatura, en la que retrata nuestro tiempo y nos eleva culturalmente como país, y lo que nos legó como representante de la derecha más reaccionaria y pútrida. ¿Con qué quedarnos? El periodista César Hildebrandt dice que, con el tiempo, prevalecerá lo primero. Que así sea.

Pero, sin embargo, no obstante...

Cuando se habla de Vargas Llosa, las conjunciones adversativas son inevitables. Sí, es un símbolo cultural y literario del Perú, pero muchas veces jugó un vergonzoso papel político. Sí, fue un escritor de polendas; no obstante, llegó a minimizar acusaciones graves contra candidatos de derecha que él apoyaba.

Sí, escribió joyas literarias como *La ciudad y los perros*, *La Casa Verde* y *Conversación en La Catedral*, en las que explora temas históricos y sociales peruanos, y que lo consolidan como una figura medular en la literatura hispanoamericana;

sin embargo, llegó a despreciar públicamente las lenguas originarias cuando dijo que «no tiene sentido mirar el pasado. En el pasado había 1.500 lenguajes en América y, como en ese entonces no se entendían, entonces se mataban. El español vino a resolver ese problema» (La Tercera, 2022).

Sí, fue parte de la delegación que investigó la matanza de ocho periodistas, su guía y un comunero en Uchuraccay (Ayacucho), en 1983, más en su informe responsabilizó a la comunidad y exculpó al Estado. Y de paso afirmó que los comuneros quechuahablantes de la zona eran presas del «primitivismo y el arcaísmo culturales».

Sí, dedicó su obra *El hablador* (1987) al pueblo indígena machiguenga, empero aseveró en el prólogo

de este libro que le pareció «profundamente estimulante que en una comunidad tan primitiva como la machiguenga existiera esta figura del contador de historias». ¿No refleja eso condescendencia sobre los saberes ancestrales de nuestros pueblos?

Sí, apuntaló y apadrinó a muchos escritores nacientes con mucho talento; no obstante, soltó unas declaraciones atroces sobre la asistencia de escritores fuera del canon o «descentralizados» a la Feria de Guadalajara: «Este año, Perú es el invitado en la Feria de Guadalajara y enviará una representación lamentable. No habrá escritores de verdad» (ABC, 2021).

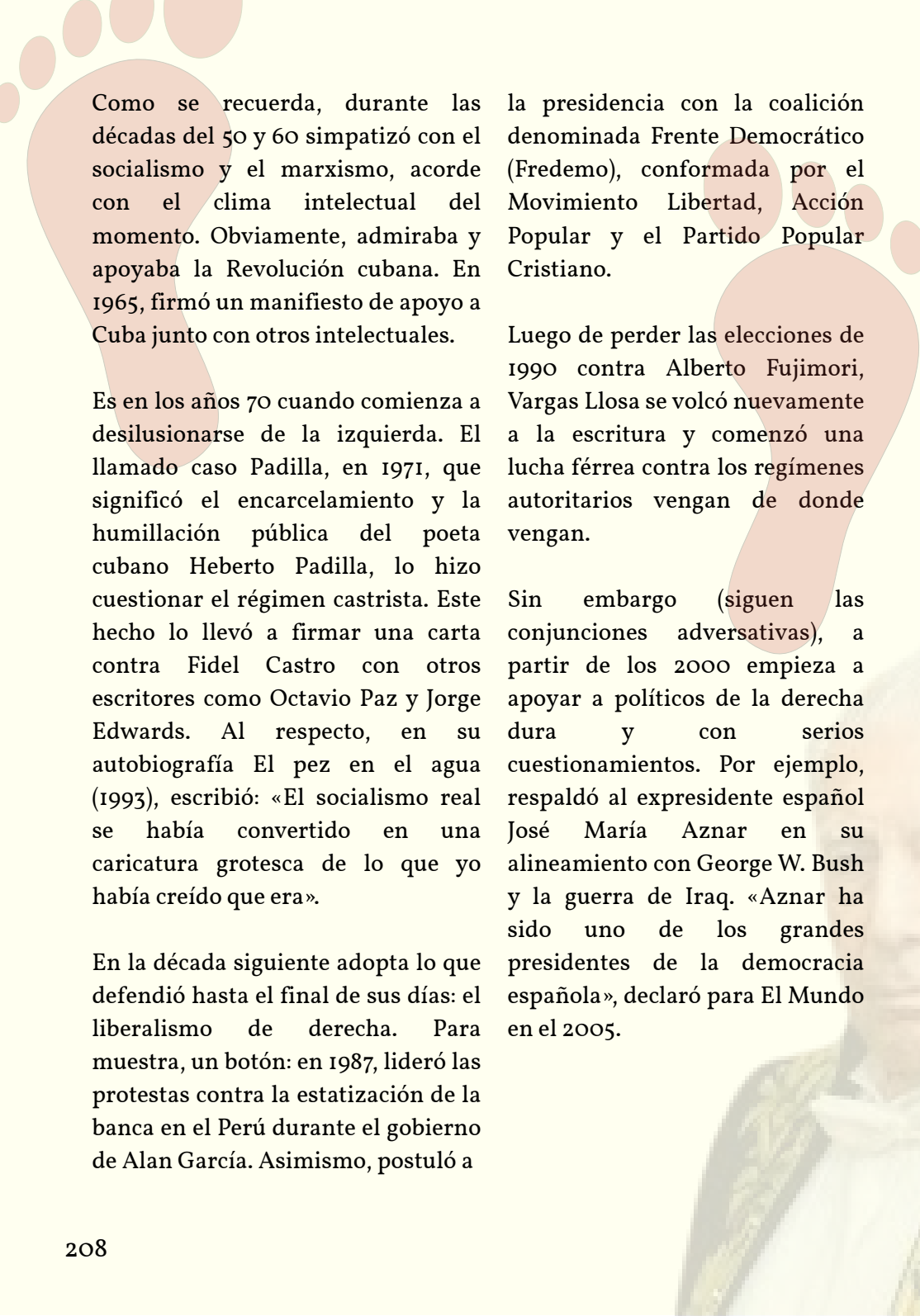
Sí, escribió la novela *El paraíso en la otra esquina* (2003) en la que rescata la vida y obra de Flora Tristán, pionera feminista francesa de ascendencia peruana que luchó por los derechos de la mujer y de los trabajadores, pero en su columna del diario *El País* (2018) llegó a afirmar que el feminismo es un enemigo de la

literatura y está decidido a liquidarla, e incluso lo compara con la religión, los sistemas totalitarios, el comunismo y el fascismo. Y así podríamos seguir: con una mano nos entregaba obras de arte y con la otra nos rompía el corazón.

¿En qué momento se jodió el escritor?

Tal vez esta pregunta sea más fácil de responder que la que se hace al inicio de *Conversación en La Catedral*: «¿En qué momento se había jodido el Perú?». ¿En qué momento, entonces, se jodió el escritor?

El viraje ideológico de Mario Vargas Llosa fue radical y escandaloso: pasó de simpatizar con la izquierda en su juventud a convertirse en un defensor a ultranza del liberalismo de derecha.



Como se recuerda, durante las décadas del 50 y 60 simpatizó con el socialismo y el marxismo, acorde con el clima intelectual del momento. Obviamente, admiraba y apoyaba la Revolución cubana. En 1965, firmó un manifiesto de apoyo a Cuba junto con otros intelectuales.

Es en los años 70 cuando comienza a desilusionarse de la izquierda. El llamado caso Padilla, en 1971, que significó el encarcelamiento y la humillación pública del poeta cubano Heberto Padilla, lo hizo cuestionar el régimen castrista. Este hecho lo llevó a firmar una carta contra Fidel Castro con otros escritores como Octavio Paz y Jorge Edwards. Al respecto, en su autobiografía *El pez en el agua* (1993), escribió: «El socialismo real se había convertido en una caricatura grotesca de lo que yo había creído que era».

En la década siguiente adopta lo que defendió hasta el final de sus días: el liberalismo de derecha. Para muestra, un botón: en 1987, lideró las protestas contra la estatización de la banca en el Perú durante el gobierno de Alan García. Asimismo, postuló a

la presidencia con la coalición denominada Frente Democrático (Fredemo), conformada por el Movimiento Libertad, Acción Popular y el Partido Popular Cristiano.

Luego de perder las elecciones de 1990 contra Alberto Fujimori, Vargas Llosa se volcó nuevamente a la escritura y comenzó una lucha férrea contra los regímenes autoritarios vengan de donde vengan.

Sin embargo (siguen las conjunciones adversativas), a partir de los 2000 empieza a apoyar a políticos de la derecha dura y con serios cuestionamientos. Por ejemplo, respaldó al expresidente español José María Aznar en su alineamiento con George W. Bush y la guerra de Iraq. «Aznar ha sido uno de los grandes presidentes de la democracia española», declaró para *El Mundo* en el 2005.

También apoyó al expresidente colombiano Álvaro Uribe, denunciado por sus presuntos vínculos con grupos paramilitares. «Uribe ha sido un gran presidente, ha recuperado la seguridad en Colombia», afirmó en el Foro de la Libertad, en México, en el 2010.

Fue bastante duro con el chavismo y el socialismo, pero no tenía la misma dureza cuando se trataba de la derecha autoritaria. Verbigracia, habló a favor del expresidente brasileño Jair Bolsonaro y dijo que lo prefería por sobre Lula da Silva porque representaba «el mal menor»: «Entre un corrupto [Lula] y un autoritario [Bolsonaro], prefiero al autoritario», expresó muy suelto de huesos en una entrevista para O Globo en el 2018. Por tanto, no era el autoritarismo lo que lo molestaba, sino que simplemente dependía de su color político.

Y la debacle se agudizó cuando participó en el 2021 en un evento organizado por el partido de ultraderecha español Vox. «No soy de Vox, pero creo que el separatismo es un peligro para España», manifestó para El País. O sea, sí pero no.



Y es en este mismo año cuando tocó fondo: apoyó a Keiko Fujimori en la segunda vuelta versus Pedro Castillo. Su «argumento» del «mal menor» volvió a cobrar vida. «Keiko no es [Alberto] Fujimori, y el comunismo de Castillo sería peor», indicó para el diario La República.

Empero, en el 2011, en una entrevista con CNN en Español, aseveró que «Keiko Fujimori no es una alternativa democrática. Representa la continuación de un régimen autoritario y corrupto. Su padre está en prisión por crímenes contra los derechos humanos, y ella no ha mostrado ningún arrepentimiento por esa herencia».

Asimismo, un año atrás, en una columna para El País, escribió: «Keiko Fujimori no solo es la hija del dictador, sino su heredera política. Apoyarla sería legitimar la corrupción y la violación de derechos humanos de los años 90». Nuevamente, prefiere la corrupción y el autoritarismo de derecha frente a cualquier propuesta de izquierda.

Hasta siempre, Varguitas



"No se cansen de pelear por un mundo mejor. No lo hacen por los demás, lo hacen por ustedes mismos, para ser menos egoístas de lo que nos impone la civilización de mercado en la cual tenemos que vivir."

José Mujica
1935-2025



♥ Hasta siempre, Pepe Mujica

Se va un revolucionario, un militante del pueblo, un hombre que vivió como pensaba.

Desde Nuestro Sur, nos duele su partida, pero reafirmamos nuestro compromiso: **seguir luchando por un mundo justo, con la dignidad y coherencia que él nos enseñó.**

Gracias por entregar tu vida a la causa de los más humildes.
Hasta la victoria siempre, compañero.

RESEÑAS Y RECOMENDACIONES

LA REBELION DE LA REALIDAD CRISIS, DESCOMPOSICIÓN POLITICA Y ESTALLIDO EN EL PERÚ (2016-2024)

Autor: PAJUELO TEVES, RAMÓN

Editorial: LA SINIESTRA ENSAYOS

Año de edición: 2024

Páginas: 328



Por: **Rosemery Roca**

A fines del 2024, la editorial La Sinistra Ensayos publicó una valiosa selección de textos del antropólogo Ramón Pajuelo, que revisitan algunos de los capítulos más complejos y dolorosos de la historia del Perú. El autor nos ofrece una mirada crítica, lúcida y profundamente comprometida con procesos sociales, abordando temas que, lejos de pertenecer al pasado, siguen definiendo el presente del país. En este recorrido por distintos momentos históricos, me interesa detenerme en tres ideas clave desarrolladas por el autor, los cuales permiten profundizar en la comprensión de la complejidad del Perú contemporáneo.

Entre los procesos analizados se encuentra el de la reforma agraria, abordada no solo como un hecho histórico, sino como un proceso de largo aliento que transformó profundamente el paisaje social y cultural del Perú. Pajuelo resalta cómo esta transformación impulsó una nueva autoidentificación en la población indígena, que comenzó a reconocerse como comunera campesina. Desde esa identidad, protagonizó diversas luchas por el pleno reconocimiento de su ciudadanía, incluidas aquellas que se enlazan directamente con el estallido social de 2022, en el que, una vez más, las comunidades campesinas ocuparon un lugar central en la defensa de la democracia y los derechos humanos.

Otro aporte fundamental del libro es la reflexión sobre la memoria en un país atravesado por el conflicto armado interno. Pajuelo subraya la urgencia de reconocernos como una sociedad posguerra para poder afrontar colectivamente el trauma. En esta línea, el autor propone el concepto de antimemoria, como herramienta del poder para despolitizar el pasado y sostener el orden neoliberal. El “terruqueo”, la reescritura de la historia y el intento por dismantelar instituciones simbólicas como el Lugar de la Memoria son ejemplos de cómo esta antimemoria opera en el presente.

El análisis del ciclo electoral del 2021 y del estallido social que siguió a la vacancia de Castillo es otro de los puntos fuertes del texto. El autor no se limita a narrar los hechos, sino que los enmarca como el resultado de una crisis estructural del modelo neoliberal. En este contexto, destaca el protagonismo de las comunidades campesinas como actoras políticas activas y articuladas, a pesar de la exclusión y la criminalización.

Lo que sigue es el análisis del estallido social, en el que Ramón reconstruye con agudeza los acontecimientos que marcaron este momento convulso para el país. Uno de los aspectos más relevantes que destaca es que esta crisis no puede entenderse como un hecho aislado; se trata, más bien, de la superposición de múltiples crisis acumuladas —sociales, económicas, políticas y culturales— que emergen en el contexto de un ciclo neoliberal que ya muestra claros signos de agotamiento. A pesar de ello, existen élites que se atrincheran para sostenerlo, negándose a reconocer su desgaste estructural.

Para ilustrar este fenómeno, Pajuelo recurre a una imagen potente: la del volcán que ha acumulado presión durante años. Ese “volcán” esconde capas profundas de postergación, exclusión, discriminación y pobreza, particularmente hacia las comunidades campesinas e indígenas, históricamente relegadas por el Estado y por el modelo económico vigente.

En ese marco, el autor destaca con claridad el protagonismo de estas comunidades rurales, que, pese a la ausencia de redes de poder institucionalizadas y en medio de una profunda fragmentación del tejido social —una de las características más agudas de la coyuntura actual—, fueron capaces de iniciar los levantamientos en el sur y de sostener durante al menos cuatro meses la fuerza del estallido social. Lejos de agotarse allí, su presencia ha continuado con fuerza en las movilizaciones de 2023 y 2024, y hoy siguen participando activamente en los actos de conmemoración por las víctimas asesinadas bajo el gobierno de Dina Boluarte.

Otro elemento clave que Ramón analiza es la lamentable afirmación de Boluarte, quien sugirió que las demandas de la ciudadanía movilizada debían ser “sociales” y no “políticas”. Esta distinción no solo revela una profunda incomprensión de la naturaleza del conflicto, sino que evidencia también una mirada profundamente racista, en el que se les niega, a los y las protagonistas del estallido social, la capacidad de formular demandas políticas, de aspirar a una ciudadanía plena o de imaginar una democracia distinta. La exigencia de una nueva constitución, en ese sentido, no es una consigna exagerada ni desubicada: es una demanda profundamente política, que apunta a reorganizar el país desde otros sentidos y lugares.

Finalmente, vale la pena detenerse en las ideas expuestas en la introducción del libro. Lo que allí se plantea merece una lectura atenta y una reflexión profunda. No desarrollaré esas ideas aquí, pero sin duda abren preguntas necesarias sobre el momento que atravesamos y el lugar que cada uno de nosotros puede —y debe— ocupar en esta historia en curso.



KATATAY. POLÍTICAS CULTURALES EN LA HISTORIA DEL PERÚ 1821-2023

Autor: VALDIZÁN GUERRERO, GUILLERMO

Editorial: Heraldos Editores

Año de publicación: 2024

Páginas: 300

Por: **Ángela de La Torre**



En estas líneas busco ofrecer una aproximación al libro Katatay. Políticas culturales en la historia del Perú 1821-2023 de Guillermo Valdizán Guerrero, desde una pregunta: ¿cuál es el sentido de un libro sobre políticas culturales en clave histórica en este periodo de crisis multidimensional que atraviesa nuestro cotidiano, nuestro presente y nuestro futuro? Para tentar una respuesta, propongo una ruta: situarnos en la conmoción que sugiere, recorrer la estructura del libro y, por último, hilvanar dos ideas que me resuenan tras su lectura.

Valdizán recurre a la palabra quechua: Katatay -temblor en español- para anunciar que, a lo largo del ensayo, busca sumergirnos en el momento de crisis que habitamos para reconocer las fisuras, la inestabilidad, los resquebrajamientos de la relación política, cultura, Estado y sociedad peruana. Nos propone navegar históricamente (1821-2023) la relación cultura-poder que ordena y jerarquiza nuestro país. Esta es una invitación que proviene de su militancia y del análisis crítico, desde donde recorre las mediaciones y disputas entre Estado y sociedad por el control de los territorios, las subjetividades y las colectividades.

El libro propone una interpretación de doscientos años de políticas culturales que articulan los procesos de construcción del Estado, de proyectos nacionales, de sentidos comunes y de políticas culturales estatales y populares. De este modo, Katatay se inscribe dentro del pensamiento latinoamericano, aborda los debates contemporáneos en torno a la hegemonía, la crisis del neoliberalismo y la autodeterminación. Ofrece una aproximación que desborda la comprensión habitual de las políticas culturales, generalmente circunscritas a las formas en las que el Estado opera en el campo cultural, para abrirlas como campo de disputa y producción de sentido.

El texto se estructura en tres grandes capítulos. En el primero, Valdizán define los marcos teóricos que guían su análisis: bloque histórico, forma de Estado, nación y políticas culturales. El segundo capítulo desarrolla una genealogía crítica de las políticas culturales estatales a través de cuatro grandes bloques históricos: el Estado liberal decimonónico, el Estado oligárquico de la primera mitad del siglo XX, el populismo corporativo del Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas y el Estado neoliberal. Por último, el tercer capítulo plantea la noción de conmociones constituyentes como posibilidad de apertura histórica desde las políticas culturales populares, enfatizando la potencia ofensiva, defensiva o autónoma de estas.

Uno de los aportes del libro reside en la articulación entre historia, política y cultura, en la medida en que las políticas culturales no son entendidas únicamente como instrumentos del aparato estatal, sino como campos de disputa por el sentido, la representación y la construcción simbólica e intersubjetiva. En este punto, Valdizán discrepa con la visión tecnocrática, neutra o meramente institucional de la cultura, apostando más bien por reconocer y relevar su dimensión conflictiva y constituyente.

De este modo, Valdizán politiza el campo de las políticas culturales; en lugar de una historia administrativa o sectorial, Valdizán nos propone una genealogía de las mediaciones entre cultura y poder, en donde lo cultural no es un campo separado sino constitutivo de las correlaciones de fuerzas sociales. Las políticas culturales son analizadas no solo como dispositivos de gestión estatal, sino también como expresiones de proyectos históricos que, en distintos momentos, han buscado instituir, disputar o subvertir el orden social dominante.

Para cerrar, deseo compartir dos ideas que me resuenen tras su lectura. La primera, la urgencia de imaginar con testarudez -contra todo y a contra pelo- un horizonte distinto y posible, un mundo-otro en el que quepamos todxs. La segunda, que abordar las políticas culturales con un lente social y político implica también reconocer el tejido social y la acción de los sujetos individuales y colectivos por repensar la cultura como un campo de lucha y un horizonte transfocador. ★



EL FUTURO EN DEBATE. ANÁLISIS CRÍTICO DE LOS PLANES DE DESARROLLO CONCERTADO REGIONALES. CASO DE LA MACRO REGIÓN SUR.

Autor: Colectivo Laboratorio de Política y Cultura.

Editorial: Pluma Roja Ediciones

Año de publicación: 2024

Número de páginas: 80



Por: **Verónica Mendoza**

A poco más de un año de las elecciones regionales y locales, la lectura de *El futuro en debate. Análisis crítico de los Planes de Desarrollo Concertado Regionales. Caso de la Macro Región Sur* resulta indispensable para quienes desde los espacios políticos o sociales apuestan por recuperar los gobiernos descentralizados como instituciones que representen y atiendan verdaderamente los intereses y necesidades de la ciudadanía.

En este libro, el Colectivo Laboratorio de Política y Cultura nos presenta un análisis crítico de los planes de desarrollo concertado regional de Apurímac, Arequipa, Cusco, Madre de Dios, Moquegua, Puno y Tacna. No lo hace desde una postura meramente técnica ni falsamente neutral sino desde una posición política socialista explícita y la voluntad de “disputar la hegemonía ideológica y cultural a la derecha y ultraderecha en nuestro país” y de construir un “horizonte de democracia integral, justicia social, desarrollo que procure una vida digna a todas y todos los peruanos en armonía con la naturaleza, sin discriminación ni racismo y respetando las diversas orientaciones sexuales de las peruanas y peruanos”.

No por tener una intencionalidad política explícita, el libro deja de tener rigor científico, por el contrario, lejos de las generalidades y especulaciones facilistas que solemos encontrar sobre estos temas, se basa en una lectura detallada de los planes de desarrollo concertado (elaborados entre 2013 y 2017 y con el 2021 como horizonte), enfocándose en la visión, objetivos estratégicos y acciones estratégicas, extrayendo las ideas centrales y organizándolas en matrices que permiten contrastar las “buenas intenciones” con las propuestas concretas que pretenden viabilizarlas, así como contrastar los planes de las distintas regiones entre sí.

A partir de una perspectiva crítica del desarrollo neoliberal y planteando la necesidad de un desarrollo integral con visión holística, que va a la causa de los problemas y pone en el centro a las personas, el análisis se centra en 7 dimensiones: económica, social, medioambiental, territorial, política, cultural y de género, con un análisis complementario del componente de la gestión.

Se devela así “la carencia de un sentido de futuro, de una ‘utopía’, por el contrario, se puede afirmar que se desarrollan de manera inercial en la lógica del capitalismo”. Pero se ofrece también herramientas para revertir esta situación: una evaluación sobre las concepciones subyacentes, alcance, coherencia, ausencias y debilidades de los planes de desarrollo concertado; una línea de base para desarrollar un debate y construcción político-programática con los diversos actores del Sur y cada una de sus regiones y; finalmente, elementos concretos sobre la base de los cuales reflexionar críticamente sobre el desarrollo, el rol del Estado y de la sociedad, así como de los propios procesos de planificación.

En suma, se trata de un análisis que nos invita a poner el futuro de la Macrorregión Sur en debate. ★

INTELIGENCIA ARTIFICIAL Y ESTUPIDEZ NATURAL. REFLEXIONES SOBRE EL CAPITALISMO TECNOLÓGICO

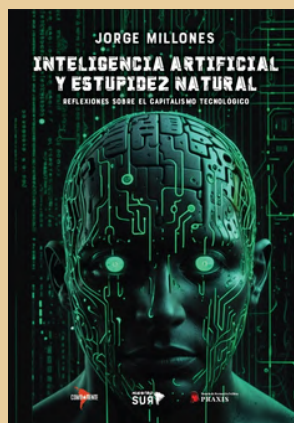
Autor: Jorge Millones

Editorial: Nuestro Sur, Editorial Combatiente,
Escuela Política Práxis

Año: 2025

Páginas: 265

Por: **Camilo La Serna**



El mundo actual es testigo de una revolución tecnológica sin precedentes que está transformando radicalmente las fuerzas y relaciones de producción. Esta nueva era no solo abre puertas a la emancipación, sino que, paradójicamente, también engendra inéditas y profundas formas de dominación. Nos encontramos ante una nueva versión del capitalismo o, como sugiere Yanis Varoufakis, habríamos trascendido incluso este sistema para adentrarnos en un "tecnofeudalismo".

Desde Perú, reflexionar sobre este proceso es crucial. Necesitamos comprender la nueva "escena contemporánea" –como diría Mariátegui– marcada por una "crisis civilizatoria", una "guerra civil mundial" (Maurizio Lazzarato) y nuevas modalidades de explotación y dominación capitalista (tecnológica, cognitiva, digital) y nuevas formas de la lucha de clases y es en este marco que se configura la disputa del futuro de la humanidad. Otra paradoja es que esta "revolución" trae consigo un desdén por el pensamiento crítico, alimentando lógicas reaccionarias y tribalistas que cuestionan incluso los fundamentos científicos que la hicieron posible. Presumimos que esto busca naturalizar y sacralizar las nuevas formas de opresión.

En este contexto de confusión, reavivar el pensamiento crítico desde Perú es vital. El libro de Millones, al recurrir a la rica tradición de la "teoría crítica" –a menudo invisibilizada, o peor aún desarmada después de la moda post–, nos ayuda a desentrañar los fenómenos actuales y a vislumbrar posibles caminos para superar un orden que, lejos de traer paz, parece conducirnos a la destrucción total. La voracidad del capital nos empuja a un retroceso paradójico en derechos, a formas de totalitarismo y al cuestionamiento de la razón y la verdad: es una "desmodernización", exacerbada por las redes sociales, que nos coloca al borde de la extinción con la negada crisis climática, las guerras por los recursos en pleno cambio geopolítico y las pandemias resultantes de la explotación exacerbada de la naturaleza.

Como advirtió Fukuyama en "El Fin de la Historia y el Último Hombre", nos acercamos a una nueva Edad Media, pero equipada con armamento y recursos de alta tecnología. Esta profunda transformación llegó de la mano del miedo y la muerte, con una pandemia que potenció el salto tecnológico y permitió la captura de la subjetividad humana al servicio de la acumulación capitalista.

Todo ello suscita profundas reflexiones existenciales, filosóficas, éticas y políticas sobre la naturaleza de lo humano, la neutralidad (o no) de la ciencia y la tecnología, y su uso para la subsunción total de la vida bajo las lógicas de la dominación y explotación capitalista. Surgen fenómenos que rediseñan nuestra propia humanidad: ¿Qué distingue la inteligencia humana de la artificial? ¿Qué ocurriría si esta última se autonomiza o se fusiona con la nuestra? ¿Hasta qué punto la tecnología "resolverá" los problemas de la humanidad prescindiendo de la naturaleza e incluso de la enfermedad, dando lugar a nuevas formas de existencia, pero también a desigualdades aún más profundas, donde algunos podrían ser casi eternos y otros absolutamente miserables y descartables?

Con la letalidad de los medios de destrucción facilitados por la tecnología bélica, ¿quién decide quién vive y quién no? ¿Qué sociedad es digna de existir y cuál debe desaparecer en lo que se ha llamado "necropolítica"?

Conceptos como "Inteligencia Artificial", "singularidad", "transhumanismo" y "aceleracionismo" describen estos fenómenos que nos arrastran a un mundo nuevo, no necesariamente mejor. Este nuevo escenario, revestido incluso de cierta religiosidad, sugiere que la tecnología desata fuerzas incontrolables. Sin embargo, no son producto de conspiraciones o magia incomprensible, sino de procesos sofisticados de control y concentración del poder económico, político y militar que configuran una sociedad menos libre. Los medios tecnológicos actuales facilitan la creación de un gran panóptico, una sociedad de individuos totalmente aislados, a quienes se les han expropiado sus deseos, saberes, conductas y afectos. Una expropiación del "general intellect". Estos han sido capturados a través del Big Data generado por las redes sociales, convirtiéndolos en máquinas de consumo, en seres carentes de empatía hacia otros humanos, seres vivos o la naturaleza misma.

Con un excelente prólogo del filósofo peruano Eduardo Cáceres, y a través de veinte artículos y una introducción, Millones aborda desde diversas perspectivas los fenómenos del capitalismo tecnológico, sus mecanismos y procesos. Su obra ofrece aproximaciones sucesivas que, más que cerrar debates, los abren y los interconectan. Más allá de generar pesimismo ante el abrumador poder que se configura y el rumbo de la humanidad, es fundamental profundizar nuestra comprensión crítica y radical de lo que está sucediendo. Debemos ser conscientes de que no existe ninguna razón trascendente que nos conduzca inevitablemente a la destrucción o a la dominación, como tampoco a la emancipación, que sería posible con toda la capacidad tecnológica que posee el ser humano ★

PALESTINA. ANATOMÍA DE UN GENOCIDIO

Autor: Faride Zerán, Rodrigo Karmy, Paulo Slachevsky (editores)

Editorial: LOM Ediciones y Tinta Limón

Año de publicación: 2024

Número de páginas: 242



Por: **Álvaro Campana**

En un mundo que a menudo prefiere la ceguera voluntaria, emerge una obra que exige ser vista y escuchada: "Palestina. Anatomía de un genocidio". Editado por los académicos chilenos Faride Zerán, Rodrigo Karmy y Paulo Slachevsky, y publicado por LOM Ediciones (Chile) y Tinta Limón (Argentina), este libro coral reúne las voces de dieciséis intelectuales. Su propósito es inequívoco: dar cuenta del genocidio perpetrado por el Estado Sionista de Israel y exponer sus profundas implicaciones para los valores occidentales y la humanidad en su conjunto.

La relevancia de este trabajo radica en su valiente desafío al silencio. A pesar de ser testigos de un genocidio transmitido por televisión, la brutalidad criminal contra el pueblo palestino ha sido sistemáticamente silenciada, ocultada e incluso justificada por los grandes medios de comunicación occidentales. Esta narrativa distorsionada se ve reforzada por la complicidad de potencias occidentales, especialmente Estados Unidos y Europa, cuya supuesta legitimidad moral se ve seriamente comprometida.

La Impotencia Convertida en Denuncia

Los editores confiesan que este libro nace de la impotencia ante la incapacidad de detener un crimen de tal magnitud. Sin embargo, su objetivo es claro: sumar una voz más, una que convoque a otros a comprender. Y es que, ¿cómo entender racionalmente lo que ocurre en Palestina?

El texto subraya la importancia de distinguir entre el judaísmo y el sionismo, este último un "hijo del colonialismo occidental" que busca erradicar a un pueblo en nombre de otorgar tierra y existencia a otro. Utilizando argumentos religiosos y supremacistas, se deshumaniza al "otro", reduciéndolo a "menos que humano" o "terrorista", merecedor de la destrucción. Las voces judías que repudian los crímenes sionistas alzan el grito de "No en nuestro nombre", y algunas incluso plantean cómo la soberbia sionista israelí encarna una teología colonialista, opuesta a una teología liberadora e igualitaria también presente en las religiones de origen judaico.

Necropolítica y la Lógica del Capitalismo Global

La necropolítica, ejercida por las potencias coloniales en su voracidad por recursos y territorios, se inscribe en un marco de disputas geopolíticas y ambición imperialista. Esta lógica lleva a la limpieza étnica, el apartheid e incluso el genocidio cultural. El libro argumenta que se aplica la "misma racionalidad técnica, económica y militar europea que sostuvo el genocidio nazi" contra los judíos, quienes luego fueron elevados a víctimas absolutas para, irónicamente, convertir a los sionistas en verdugos absolutos en su nombre.

Esto ocurre en un contexto de cambios geopolíticos y la insaciable voracidad capitalista que arrasa con cualquier preocupación ética o marco legal, tal como lo hacen no solo Israel, sino también Estados Unidos. El capital, en su afán de acumulación, desata una guerra interna contra sus propias poblaciones (mujeres, indígenas, migrantes, trabajadores) y una lógica de "guerra civil mundial" más allá de sus fronteras. El genocidio palestino y el papel de Occidente, especialmente Europa y Estados Unidos, no pueden comprenderse fuera de este nuevo ciclo de acumulación por desposesión, que inevitablemente recurre a la guerra.

Desafiar los Conceptos y Repensar la Humanidad

El genocidio palestino nos obliga a revisar y discutir conceptos clave. La maquinaria propagandística sionista, amplificada por los medios occidentales, libra una batalla conceptual y de interpretaciones para legitimar lo ilegítimo. Al mismo tiempo, se ponen en crisis nociones fundamentales que han organizado el horizonte de sentido de Occidente y su hegemonía global. ¿Es una guerra o un genocidio? ¿Cuántas vidas deben perderse para que decidamos detener esta barbarie? ¿La lucha es solo contra Hamás, solo en Gaza, o contra todo el pueblo palestino? ¿Qué significan los derechos humanos en este escenario? ¿Son víctimas que esperan la reconciliación o mártires que luchan día a día por resistir y subsistir?

En Palestina, se juega el destino de la humanidad. Lo que sucede allí resuena en otros lugares, donde la violencia colonialista ha asesinado a ciudadanos vistos como prescindibles por su cultura o color de piel, legitimando el despojo de sus derechos, territorios y su voz en nombre del "dios dinero". Los procesos de acumulación capitalista rompen todas las barreras legales, éticas e institucionales, expresando su racismo colonialista en todas partes. Resulta inevitable recordar las palabras del Che y, por supuesto, repensar el internacionalismo, un internacionalismo que reconozca la humanidad universal, la justicia y la igualdad como sus pilares. "No se trata de desear éxitos al agredido, sino de correr su misma suerte, acompañarlo a la muerte o a la victoria. Cuando analizamos la soledad vietnamita (palestina hoy) nos asalta la angustia de este momento ilógico de la humanidad."



LUIS ROGELIO NOGUERAS (CUBA)

HALT!

Recorro el camino que recorrieron cuatro millones de espectros.

Bajo mis botas, en la mustia, helada tarde de otoño

cruje dolorosamente la grava.

Es Auschwitz, la fábrica de horror

que la locura humana erigió

a la gloria de la muerte.

Es Auschwitz, estigma en el rostro sufrido de nuestra época.

Y ante los edificios desiertos,

ante las cercas electrificadas,

ante los galpones que guardan toneladas de cabellera humana,

ante la herrumbrosa puerta del horno donde fueron incinerados

padres de otros hijos,

amigos de amigos desconocidos,

esposas, hermanos,

niños que, en el último instante,

envejecieron millones de años,

pienso en ustedes, judíos de Jerusalén y Jericó,

pienso en ustedes, hombres de la tierra de Sión,

que estupefactos, desnudos, ateridos

cantaron la hatikvah en las cámaras de gas;

pienso en ustedes y en vuestro largo y doloroso camino

desde las colinas de Judea

hasta los campos de concentración del III Reich.

Pienso en ustedes

y no acierto a comprender

cómo

olvidaron tan pronto

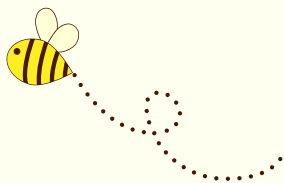
el vaho del infierno.

ANTONIETA OCAMPO (PERÚ)

"Tres poemas para Ana"

I

Cuando partiste, yo te veía
en cada flor, en cada rayo de sol,
en cada reflejo de la luna.
Te veía en el color de la piel de cada
muchacha que caminaba por la calle.
Hoy te sigo viendo en ellas:
algunas tienen tus manos,
otras, tu andar,
alguna, tu perfil.
Pero ninguna tus hermosos ojos
de miel oscura,
disputándole su belleza al sol.
Ninguna tu sonrisa, en la que asomaban
reflejos de luna.
¿Y tu fuerza cuando amabas?
¿Tu rebeldía? Tan tuyas, tan dulces.
Nadie, solo tú, lo llenabas todo.



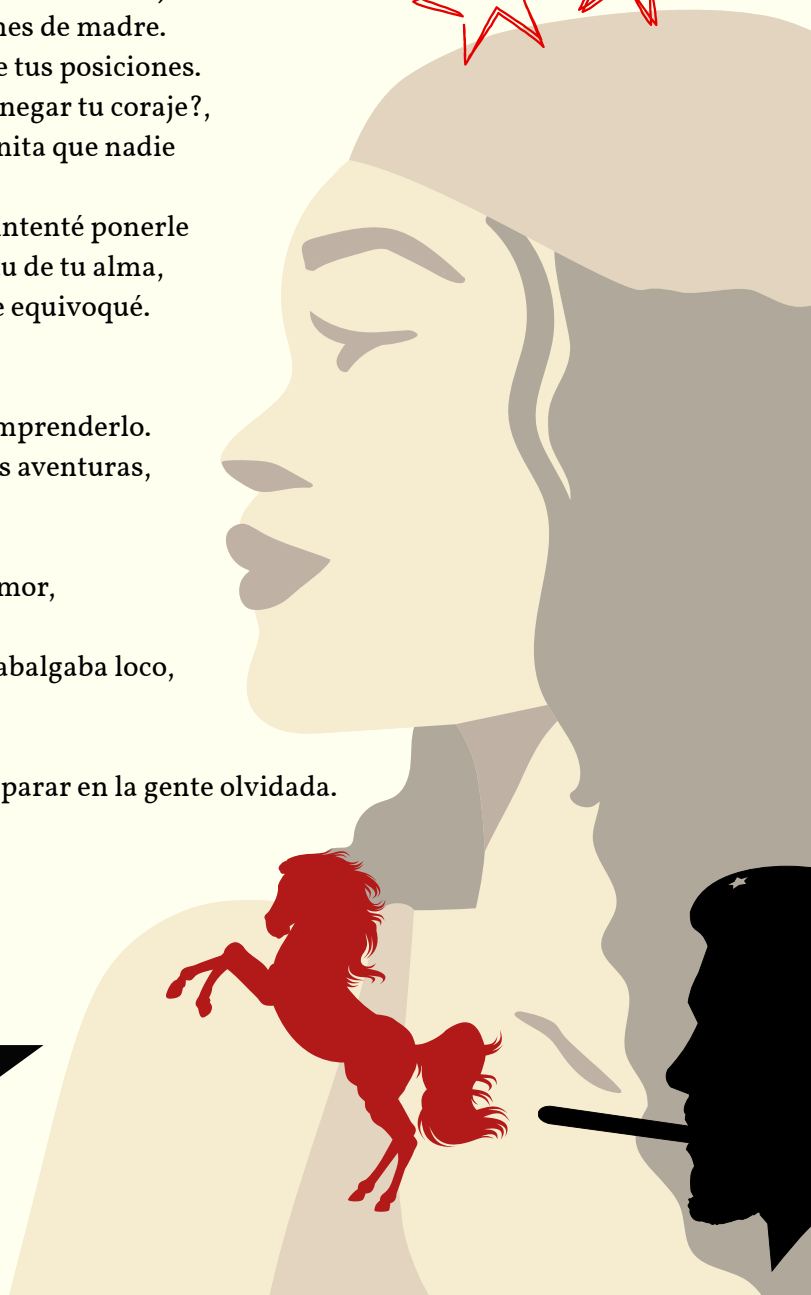
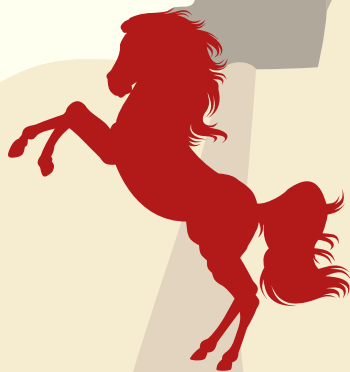
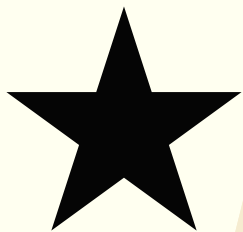
II

Llegaste a mí de pronto,
viniste como un regalo que cayó del cielo.
¿Cómo imaginar entonces
que al partir sin apenas despedirte
mi alma quedaría por siempre desgarrada?
Pero aún tengo el recuerdo:
tus inmensos ojos, que lo iluminaban todo,
viven,
inquietos como eran,
grabados en mi alma.
Mi niña muy cerca,
mirándome con dulzura.
Mi niña enamorada.
Y de pronto,
mi niña cantando una nana.
El tiempo fue pasando,
raudo.
Desde mi ventana,
cada mañana observo tu casa,
aún en pie.
Te imagino en ella,
leyendo o escribiendo,
tan real y tan vívida,
como quiere mi memoria.



III

Algunas veces te vi muy cansada,
vivías a contracorriente,
entre las ansias de tus años jóvenes
y tus obligaciones de madre.
Luchabas desde tus posiciones.
¿Quién podría negar tu coraje?,
esa fuerza infinita que nadie
podía ignorar.
Cuántas veces intenté ponerle
frenos al ímpetu de tu alma,
tantas otras me equivoqué.
Ana,
si eras sabia,
yo no podía comprenderlo.
Hoy extraño tus aventuras,
tus apuestas,
tus peleas.
Hoy añoro tu amor,
infinito,
ese amor que cabalgaba loco,
desbocado,
sin bridas,
amor que iba a parar en la gente olvidada.



PUBLICACIONES Y DOCUMENTOS DE INVESTIGACIÓN

Nuestro Sur

Serie Escenarios

2016-2023:
Un periodo de disputa
por la salida a la crisis en el Perú
en un mundo en crisis

Escenarios 1

[2016-2023: Un periodo de disputa por la salida a la crisis en el Perú en un mundo en crisis](#)

Estallido social y proceso constituyente en el Perú

Guillermo Valdizán Guerrero

Escenarios 2

[Estallido social y proceso constituyente en el Perú – Guillermo Valdizán Guerrero](#)

El Congreso y la Construcción de un Nuevo Autoritarismo: Leyes y Estrategias de Poder en el Perú (2023-2024)

Alonso Parodián Tovar

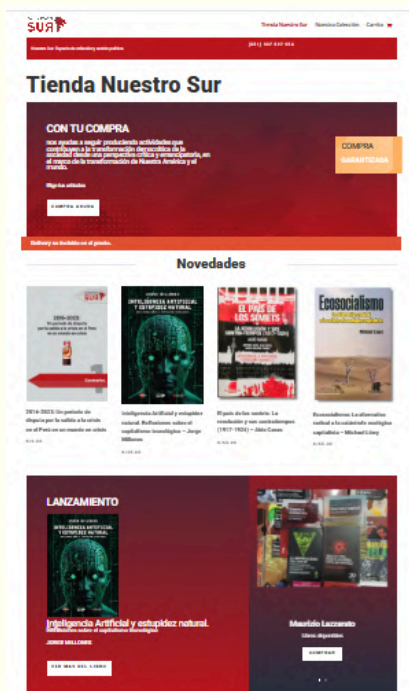
Escenarios 3

[El Congreso y la construcción de un nuevo autoritarismo: Leyes y estrategias de poder en el Perú \(2023-2024\) –](#)

Voluntariado Nuestro Sur - Boletines - Concursos - Debates - Cursos y Talleres



LIBROS Y PUBLICACIONES



Disponibles en nuestra web

NUESTROSUR.PE

<https://tienda.nuestrosur.pe/>



Síguenos en nuestras redes para conocer
nuestras publicaciones y actividades

¿Te gustó esta revista? ¡Hazla posible!

Nuestro Sur es una trinchera de pensamiento libre, hecha desde la autogestión, la militancia intelectual y la urgencia histórica.

Existimos gracias a quienes creen que otra prensa, otro Perú y otro Sur son posibles.

Escanea este QR desde Yape o Plin y apóyanos:

- Agrega “revista” en el mensaje, nombre completo y correo electrónico para envío de recibo.
- Con una colaboración solidaria
- Difundiendo esta revista
- Escribiendo para los próximos números

